

**ALBERTO
ROMERO**



ESPAÑA

ESTA UN POCO MAL

Alberto Romero, vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile y novelista de robusta ejecutoria, fué invitado a participar en el Segundo Congreso de Escritores Antifacistas realizado en Madrid, a mediados de 1937.

Romero recorrió, como él narra en este libro, muchos pueblos; visitó las ciudades amenazadas por la metralla; vió sufrir —y sufrió— al pueblo español.

En uno de sus recorridos, en un reportaje callejero, un chiquillo le salió al encuentro, y a la pregunta insistente del escritor acerca del estado de España, el muchacho le contestó: "España está un poco mal."

Esta frase llena de esperanza y de resignación al mismo tiempo, ha servido a Romero para dar título al presente libro, en el cual no hay partidismo ni prejuicios. Romero no es comunista ni socialista: pertenece al grupo de hombres de buena voluntad que quieren un mundo democrático y libre, en el cual todos puedan expresar a su sabor opiniones y creencias.

"España está un poco mal" es un hito más, digno y limpio, en el camino del novelista de "La viuda del conventillo" y "La mala estrella de Perucho González", hombre de conciencia, de sensibilidad y justiciero.

ERCILLA.

EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1938

ALBERTO ROMERO

ESPAÑA ESTA UN POCO MAL



EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1938

Es Propiedad
Registro N.º 5995

COPYRIGHT by
Ed. Ercilla, S. A., 1938



PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

Presagio de España

Niño de salud precaria, mis primeras jornadas por la vida transcurren en el caserón del bisabuelo, un viejito de noble estampa, al que después de sus días me gustaba acariciar con afectuosa curiosidad en el daguerrotipo conservado por mi madre durante tantos años en el fondo de una cajuela repleta de embelecos familiares, olientes un poco a benjuí y otro poco a caoba, y que yo repasaba, sin poder reprimir una sensación como de angustia que hacía temblar mis dedos de raptor de misterio al contacto de ese mundillo henchido de ternura.

Vieja casona criolla, sus anchos patios empedrados donde crecían naranjos y enredaderas, sus zaguanes penumbrosos, las alacenas talladas en los muros, sus desvanes profundos, constituían un mundo demasiado vasto para la imaginación de un chico enfermizo, a quien la vida parecía condenar a ser el explorador solitario de aquellos rincones henchidos de sorpresas y sonoridades que, como el eco de un pasado lejano, brotaban a la menor presión de la realidad.

Vida amable, melancólica. Un día entraron los "maestros" en el hogar del bisabuelo y la fisonomía del caserón cambió como cambia el rostro de las mujeres viejas después de someterse a las manipulacio-

nes de esos torpes magos de la belleza femenina. Se derribaron muros; una mampara de nogal flamante reemplazó a la verja de hierro; desaparecieron los naranjos que ensombrecían el patio, y yo, resbalando los pies sobre baldosas espejeantes, hube de empezar mi aprendizaje en la vida nueva, que olía a barniz, a pintura fresca.

Transformación definitiva y violenta en la que aparecen y desaparecen cosas en forma inesperada, por esos días surgió para mí el conocimiento del "abuelito español", de quien mi padre conservaba como recuerdo una ajada cartera de apuntes, un monograma grabado en oro, un revólver con cachá de marfil y una boquilla de ámbar que al cogerla dejaba entre los dedos un suave olor a nicotina. Al pequeño patrimonio dejado por ese gran bohemio que fué mi abuelo, hay que agregar una veintena de libros, algunos ilustrados por Doré, en tomos gruesos, con empastaduras deslumbrantes.

El hallazgo genealógico me llenó de sorpresa, de inquietud, y acariciando esa boquilla de ámbar, y sobre todo, el tabuco, sentí que en mi vida, un si es no es apacible y monótona, despertaba la curiosidad de ver, de sentir cosas nuevas, y admiré al abuelo que pigmentaba mi existencia con su espíritu de aventura y su generosidad rumbosa de trotamundos.

Juan, "don Juan" como lo llamaba mi madre, hundiendo mis manos noveleras en el cajón del escritorio donde dormían los trebejos del abuelo, me di con pasión, con amor, a darle vida y sentido al capítulo familiar dentro del cual me sentí el ausente triste

que pudo integrarlo con su aptitud de soñador si el Destino no hubiese dispuesto otra cosa.

Despilfarrador, inquieto, despreocupado, alegre, el misterio de esa vida que era la vida del "abuelito español", se desparramaba en menudas sugerencias al acariciar el ejemplar del Quijote, los enormes tomos de la historia de Lafuente, un Gil Blas y un Balmes que despedían un leve polvillo dorado a contraluz de la ventana.

Cuando estalló el conflicto con España, mi abuelo, que vivía en Valparaíso, marchó a su Sevilla. Parte de la familia quedó acá: mi abuela, chilena; mi padre, chileno, y una hermana suya. Muchos años estuvo ausente; vivió en Madrid, en Andalucía, en París. Y viajó por el mundo, y, como los hombres que viajan mucho por amor al viaje, retornó pobre y achacoso, a refugiar su pobreza y sus achaques en el hogar.

Dadivoso y sin ningún sentido práctico ni la menor ambición, ese don Juan andaluz, de quien heredó mi padre su bondad y su optimismo, sumados a la boquilla de ámbar y al monograma de oro, fué poco a poco adentrándose en mi espíritu, en mi sensibilidad poco trabajada.

Gran tipo de español, de español romántico enamorado de la vida, las cenizas del abuelo descansan bajo un palmo de tierra que mira al mar desde lo alto del cerro porteño donde mis padres solían llevarme las tardes de vacaciones.

El terremoto de 1906 derribó el túmulo y sobre el malezal se alza ahora una losa y sobre la losa queda

el nombre del viejito andariego que ha ido a hacerle compañía a los navegantes del viaje sin fin.

Presagios de españolidad, ancestro removido con el andar despacioso de los años, yo no podría rematar estas glosas sin consignar un recuerdo a la memoria de otro anciano español, conterráneo del abuelo Juan, al que conocí en Valparaíso por la época de esas mis andanzas sentimentales, que han aclarado tantas cosas de mi vida en la edad reflexiva.

Se llamaba Leonardo. Don Leonardo Reina poseía una casa importadora de artículos españoles, situada en la calle Prat.

Obsequioso y acogedor, yo recuerdo a don Leonardo con su jacquet gris claro y una corbata, invariablemente blanca, que se le confundía con el blanco de la barbita y de los bigotazos blancos, por entre cuyas guías afloraba una sonrisa bonachona y cordial.

Alto, enjuto, la senectud no había logrado mellar el organismo del señor Reina, ni restarle agilidad al físico, hecho con los elementos esenciales que aseguran el normal funcionamiento de las células orgánicas.

Don Leonardo estaba casi siempre solo y tenía una frase sacramental para responder al saludo de mi padre:

—Aquí me tiene usted, igual, siempre igual —exclamaba don Leonardo, como resumiendo el resultado de un año de esa su vida apacible de viejo que vive en función de pasado.

Mirado desde el gran ventanal abierto a la calle, el almacén daba una sensación de sótano, que se ate-

nuaba a medida que la pupila iba conformando el diafragma a la luz del interior.

Largo más que espacioso, el local, con su hacina-
miento de mercadería heterogénea y sus pipas de vien-
tre dorado recostadas perezosamente a lo largo del
muro, me atraía con una fuerza extraña, irrefrenable.

Armas forjadas en acero toledano, frascos de acei-
tunas de pulpa sensual, mantones deslumbrantes, cajas
de galletas, lindas cigarreras, affiches con manolas
exuberantes y paisajes impresos en colores agresivos,
constituían ese mundo pintoresco y extraño de don
Leonardo, el que solía después evocar repasando las
láminas de una colección de "Blanco y Negro" que
descubrí en casa.

Todo esto debió ocurrir entre los cinco y los diez
años, que fueron años de almacenamiento de emocio-
nes, de recuerdos; años de reunir pequeñas cosas que
luego tendrían un valor en la conciencia. Don Leo-
nardo debió sucumbir en su soledad de caballero es-
pañol, y yo sucumbí en la mía soñadora, cuando mi
padre habló de cosas serias, del deber, de la respon-
sabilidad.

Pero mi destino de evadido de mí mismo estaba
trazado, y en el colegio seguí viviendo esa existencia
que se estremece cuando suena el pito de las locomo-
toras, cuando frente a la playa cruzan los barcos que
anubarran el cielo con su aliento denso de inquietud.

El abuelito español, su trabuco, la boquilla de ám-
bar, el librito de apuntes y don Leonardo Reina y mis
correrías por el viejo Valparaíso de calles torcidas y
puertas tachonadas de leyendas marineras...

Todo acabó de un modo vulgar y repentino cuando los "maestros" comenzaron a derribar los muros de la casa interior, vieja casi como la casona del bisabuelo, que tenía naranjos y desvanes sombríos y rincones misteriosos.

Perdido en los caminos del viaje imaginario para el cual la vida le da a uno los billetes falsificados que ruedan por ahí, eché a andar.

Naufragó el bachiller, y luego... Una historia larga, tonta como todas las historias sentimentales que puede escribir un hombre frente a un libro de contabilidad.

Pero esta mañana ha repiqueteado el teléfono y tras el auricular he sentido el llamado de una voz de mujer y de española:

—Romero, ¿querría usted ir a España?

Pensé en el abuelito español, en ese don Juan botarate y bueno; y en don Leonardo, y en las aceitunas de don Leonardo y en sus mantones bonitos como mariposas.

¿Presagios de España?

El libro de cuentas tenía cara de risa y el calendario marcaba una fecha: 14 de Abril.

Y bajo este sol lindo del 14 de Abril, me he puesto a redactar unas líneas dirigidas a María Zambrano, y un poco a la buena de Dios ha salido esta glosa, con título y todo:

Presagio de España.

VISPERAS

Marchar a España, antes de ahora, habría significado viajar; realizar una etapa alucinante del itinerario trazado en la niñez; conocer ciudades y paisajes que al retorno uno acaba por hallar inferiores al mundo imaginario que surge de la realidad cotidiana como una reacción del espíritu.

Pero en este 1937 estertoreante y tembloroso, la Península en guerra lanza una interrogación sobre el mundo, y el viaje adquiere un sentido de contornos densos e inquietantes.

En medio de las cosas terribles que sacuden a la tierra madre, ¿lograremos concretar un juicio acerca de la realidad española?

Pienso en Madrid, en el asedio de Madrid y en la resistencia tan significativa de Madrid; y el corazón palpita, grávido de presentimientos oscuros y angustiosos.

Los periódicos no consignan ninguna referencia acerca del Congreso de Escritores que se celebrará en

Julio en Valencia, en Madrid o en algún pueblo de los Pirineos, si el azar de la guerra se empeña en malograr un acuerdo tomado en París, en 1935, por la Asociación Internacional de Escritores, que fijó como sede de la segunda reunión la capital de España.

El chismecillo lugareño surge de esa actitud intencionadamente discreta de la prensa: un congreso rojo, escritores rojos, y hasta no falta quien delire con el oro de Moscú, ni falta quien aconseje prudencia; ni quien deslice una insidia amistosa o un consejo de esos que tienen doble fondo como el cofre de los prestidigitadores.

—No te darán pasaportes, ni podrás entrar en España, ni habrá Congreso — dice uno, más optimista que los otros, que aconsejan tomar los documentos en el consulado francés.

Como he de ir a París, acudo al Consulado de Francia, donde me atiborran de folletos de propaganda de la Exposición y luego visan mis documentos con una anotación breve y precisa: "Non valable par l'Espagne".

España, Madrid: la expectación crece. Los periódicos ahora hablan de los disturbios de Barcelona y de miles de muertos y de un Comité de no Intervención.

Pero pongo el pasaporte en la valija y tranquilo espero el desenlace.

EN MARCHA

26 de Mayo. Una claridad hosca se derrama hacia el interior del aeropuerto que sabe a clínica con sus níqueles brillantes, sus baldosas enceradas, su pulcritud, su sigilo. Los amables muchachos de la Panagra se deslizan sin hacer ruido, y con movimientos diestros preparan al viajero para la operación final.

Visten de blanco como los enfermeros y como los enfermeros en trance de dar cloroformo al paciente, van abriéndose camino por entre esa gente que despierta a los viajeros como a condenados a sucumbir en la mesa misma de la operación.

Un chico coge el pasaporte y luego regresa con un señor que se empeña en revisar el equipaje.

—Vea usted lo que dice aquí: "Non valable par l'Espagne" — me defiende.

Pero el hombre no se convence y quiere enterarse de si entre los trece kilos y medio de equipaje, hay oro y no libros y zapatos, qué revisa de cualquier manera mientras los demás viajeros ocupan su sitio en el avión.

El silbato de aire comprimido sacude la bruma: oro, oro.

Y hay que correr para no quedarse en tierra saldando cuentas con el hombrecito que aplica las normas de ese extraño arancel de exportación.

La mañana aclara suavemente a la altura de la ciudad de Los Andes.

Sin sobresaltos, las hélices comienzan a morder una atmósfera más límpida, que se distiende con una transparencia fría bajo la superficie luminosa de la mañana.

Nuestro destino depende íntegramente de la pericia del piloto e igual que nuestro destino, el piloto no se deja ver.

Por un raro presentimiento anoto el nombre del conductor del "San Martín": J. Pourcell.

(Transcurren meses, y leyendo "La Nación" de Buenos Aires, ese mister Pourcell, tan diestro, tan decidido, se me aparece convertido en una piltrafa de carne carbonizada, convertido en un montón de huesos calcinados que un pobre arriero descubrió recorriendo las montañas de la provincia de San Luis.)

Un zumbido insistente, pero parejo hasta parecer armonioso, delata el funcionamiento de los motores.

El campo semeja una enorme carta geográfica en la que los caminos, los ranchos, los ganados y los accidentes del terreno se insinúan como los signos de un mapa debajo de nosotros.

Luego desaparecen los puntos de referencia y la

cordillera da la sensación de un cetáceo joven que sale a curiosear al camino, en medio del cual se desliza la máquina como un pájaro extraño, al que el animalote saluda sacudiendo sus espaldas cargadas de nieve.

Mister Pourcell acelera el ritmo de ascensión, y en línea recta enfila hacia la cumbre del Aconcagua que brilla como un cono resplandeciente suspendido en el espacio intensamente azul.

La montaña, con sus aristas rugosas, se alarga como el fuelle de un acordeón junto al ventanillo.

Las hélices, cantando, adormecen el oído y una sensación plácida acaba por desconectar al viajero de la realidad, por elevarlo por encima de la realidad.

A la altura de Cacheuta alcanzamos a divisar los viñedos de Mendoza, el Cerro de la Gloria, y luego la ciudad silenciosa y chata surge en el valle, volcándose como las piezas de un tablero de ajedrez, cuando el "San Martín" realiza uno de esos virajes apretados que preceden al aterrizaje.

Mientras visan los pasaportes, bebemos café y fumamos ese tabaco argentino consistente y amargo que hace toser al que no tiene hábito de aspirar su perfume especioso. Un periodista limeño hace frases en torno al paisaje y nos somete, a un colega argentino y a mí, a un concienzudo interrogatorio para establecer la imposibilidad de realizar una descripción honrada de lo que él llama, con frase atrevida, "la grandiosidad y magnificencia de la montaña".

El telégrafo anuncia neblina cerrada en Buenos Aires.

—Y eso ¿qué significa?

—Que no podemos aterrizar y que permanecemos en Mendoza hasta que el tiempo mejore.

Pero el conflicto atmosférico se soluciona y, saltándonos el aterrizaje en Mercedes, tomamos la ruta de la pampa, que se escurre bajo el avión, tersa como un cubrecama hecho con trocitos de todos colores, encajados el uno en el otro, formando una caprichosa geometría.

—Santiago avisa que puede seguir hasta Montevideo — me informa el asistente, que está disponiendo las mesas para el almuerzo.

Hace hambre a dos mil metros y devoramos rápidamente nuestra ración de caldo, los emparedados, el ave, la macedonia.

Luego nos coge una somnolencia amable y el "San Martín" y la pampa se tornan una visión confusa; una visión larga, larga, que dura hasta Buenos Aires, que es otra visión confusa, con jardines, techos alargados, torres altísimas y rieles y banderas. Las banderas rezagadas del 25 de mayo se estremecen entre los jirones de neblina que flotan a la vera del río, y pasamos delante de ellas tajando el aire con una velocidad desesperada, para, diez minutos más tarde, emprender el vuelo en un anfibio que nos lleva por encima del Plata hasta Montevideo, la ciudad jardín, llena de intimidad y alegría.

Tras la máquina van quedando, desparrainados, los barcos que hacen la carrera Buenos Aires-Montevideo.

—El "Almanzora" — grita el piloto, señalando a

lo lejos una silueta oscura y alta que se desliza con lentitud sobre el agua turbia.

Y a las cuatro vuelve a gritar:

—Montevideo.

Mi reloj no ha variado; pero sí mi posición de hombre que a las ocho de la mañana cruzara la calle de Huérfanos y saltando por encima de Mendoza, cruzando la pampa y Buenos Aires, se da el placer de beber una caña frente al otro océano.

—A las nueve en el puerto, amigo — saluda el representante de Cook, hombre excelente y ruiseño.

Entreveo ingenuamente un alamito chileno, el último alamito que dejé aterido entre la niebla de Santiago, y ya tengo que pensar que a las nueve cogeré el barco para echarme aguas afuera, rumbo al trópico.

Notas de alta mar

A BORDO

En el "Almanzora", la clase predominante es la de los Babbitts. Babbitts ingleses y anglo-argentinos, con sus esposas y sus hijas, llenan de estrépito la cubierta, el comedor, los salones, y dondequiera que uno vaya se los encuentra gozosamente arrellanados en su euforia de ciudadanos que han logrado conquistarse un pasable buen vivir.

El consumo de whisky corre de cuenta de un escocés inmensamente grueso y alto, que viaja en compañía de su esposa y de su hija, altas y gruesas como él. Estanciero muy rico de Santa Cruz, el hombre se instala en un rincón del bar desde muy temprano y mientras su mujer y su hija lo contemplan sumidas en respetuoso silencio, el hombre bebe grandes vasos de whisky y fuma un cigarro puro de pésimo olor.

Como yo observara que el estanciero se calaba los lentes para beber, Pablo Rojas Paz afirma que el hombre no lo hace porque los necesite, sino simplemente porque con los anteojos aumenta el tamaño de la copa y el volumen del contenido.

Esta gente ruidosa y pueril vive en un mundo al

que no puedo conectarme, y sólo al comienzo, con el colega Rojas Paz en seguida, tentamos una exploración en torno a esas fisonomías extrañas y a esos caracteres extraños, hasta dar unidad a un mundo más afín que se congrega en torno a la perenne alegría de Amparo Mom, que va a España a reunirse con su compañero, el gran poeta Raúl González Tuñón, y es así cómo una noche nos encontramos reunidos dos escultores brasileños, Víctor Amstrong y su esposa, Alberto Girondo, y don Rafael Girondo y su señora, admirable por su señorío y su bondad de corazón.

Los Girondo — la clasificación resulta difícil cuando se trata de gentes cuyo espíritu cae en el denominador común — tienen esa cordialidad fácil que caracteriza al argentino bien, al auténtico argentino, y me sorprenden su criollismo elegante y la enorme facilidad con que asimilan la nota de color, el detalle típico de nuestras tierras.

El deporte de viajar no atenúa su autoctonismo ni ese orgullo de raza que aflora constantemente en la conversación.

Una noche, no recuerdo a propósito de qué ni por qué, surgió el tema del circo y del circo chileno, en cuya importancia yo jamás había reparado.

Don Rafael, con mucha erudición, hizo la historia de un tony célebre y la de otros de menor importancia que había encontrado a lo largo de sus viajes; y luego, en broma, afirmó:

—Ustedes los chilenos tienen la paternidad del circo en América; Chile es la tierra de los tonys.

La conversación se perdió en el rumor de la mare-

jada y charlando de otras cosas, después, arribamos a Lisboa, y por la tarde, viniendo de Cintra, surge en el camino la tolda flotante de un circo empavezado de banderines.

—¡Un circo, che, Romero! — grita don Rafael Girondo, apuntando a mi chilenidad.

En efecto, era un circo; pero de lado a lado de la calle cruzaba un cartelón y en caracteres de todos colores se destacaba esta leyenda:

Treinta artistas y un tony chileno

A partir de Santos, el barco deja de ser la casa honesta de los Babbitts, y como que no quiere la cosa, a la fisonomía de los Babbitts se mezclan caras de gente aleatoria, formando un bric a brac en el que no faltan los personajes turbios, como esta mujercita que borda mariposas en un gran bastidor, asumiendo actitudes provocativas delante de los caballeros.

Con todo, el elemento más abundante lo constituyen los eclesiásticos y unos señores de barba que se confunden con los eclesiásticos.

Cabina de por medio a la mía, viaja un franciscano joven, flaco, alto. Dos o tres veces me he cruzado con su mirada clara, henchida de pureza y bajo ese sayal presiento una vida torturada de auténtico discípulo del poveretto de Asís.

Me interesa conocer la historia del templo de San Francisco, el más rico y el más viejo templo de los trescientos quince que hay en el estado de Bahía.

Pero el Padre es alemán y como yo apenas entiendo el portugués que hablan los portugueses, el de este Padre alemán me desconcertó hasta no entender nada.

Pero la cosa no terminó ahí: uno de los caballeros de barba que me sorprendiera cuando intentaba reportear al franciscano, ha venido por la noche al camarote a comunicarme que a la mañana siguiente habría misa, y, como buen católico, se empeñó en llevarme de sacristán:

—Señor..

El hombre no ha querido escucnarme y escapa sigiloso por el pasillo anochecido del barco.

Una jaqueca salva la situación; pero el señor se declara mi amigo y me atrapa en el bar, en cubierta, en la sala de conversación.

El noticiario de a bordo anuncia la muerte del general Mola, y como se habla de España, el pobre hombre me pregunta si voy a la España "bermella" o a la de Franco, que es la suya.

—¿Usted es portugués?

—Sí — titubea el viejo, resbalando la mirada hacia un blanco lejano, y luego se excusa con una cortesía tramposa y se va a chismorrear con una señorita calva que ocupa un asiento en la mesa donde nos han instalado a Amparo Mom, a Rojas Paz y a mí.

Todo esto va tomando un cariz feo, y más que feo, desagradable, que huele a asechanza, pienso.

Pero cae la noche y con la noche se aflojan los nervios y uno acaba por ubicarse en su sitio y transige

en que los demás ocupen el suyo y sean como son y no como uno quiere que sean.

En la clasificación de las jerarquías, el hombre del reloj debe ocupar un sitio expectable, y su misión o cargo tiene que corresponder a una denominación rara en la jerga de los marinos.

Grande como un medidor de corriente eléctrica, forrado en un estuche de piel negra, nuestro hombre, desde por la mañana, pasea con su reloj, como un loco pasea su locura.

Es un sujeto silencioso, de cara rubicunda y enormes mostachos rubios. Imperturbable, mirando siempre como hacia el término de una ruta cuyo conocimiento escapa al conocimiento humano, entra en todos los sitios sin pedir permiso ni hacerse anunciar, y marchando recto hacia un punto también desconocido para nosotros, coge una llave, la conecta con el reloj y después de hacerla girar en un medio círculo, sale, esteando sobre nuestras cabezas un desprecio frío, insolente.

En estos días de calor tropical, en que los nervios andan un poco por su cuenta, la figura de este sujeto automatizado resulta particularmente odiosa.

Si fuera un hombre inteligente como Chaplín, tiraría el reloj. Pero no lo parece, a pesar de su figura arrogante y su eterna mueca de desprecio, y me lo figuro entre sueños atormentado por la pesadilla del reloj; lo veo cadáver, tendido en un ataúd que no puede tener otra forma que la de un reloj.

Como no sé si el reloj que lleva este odioso personaje sirve para dar la hora y controlar la marcha de los demás relojes e ignoro cuál es su misión y por qué se le tolera, interrogo a mi amigo Víctor Armstrong, que es el hombre que conoce todos los secretos del barco, y Armstrong me informa:

—Es el sereno y llena una función importantísima de vigilancia. Si se durmiera, el reloj lo delataría. En cada repartición hay una llave y como el hombre tiene que recorrerlas todas para comprobar que no ocurre nada anormal, han inventado el reloj de cuerda intermitente, que deja estampado su trayecto y la hora precisa en que entró a cada parte.

—Y al hombre también habrán tenido que inventarlo, porque mire que es horrible...

—Sí, horrible para usted, para mí, si nos obligaran a llevar un reloj auestas; pero a él no lo obliga nadie a desempeñar ese menester y a lo mejor resulta que nos mira en menos, imaginando que la función que él cumple está por encima de todas las demás.

Desde hace tres días navegamos con mar de fondo, sin divisar tierra.

Por entre las mesas del "grill" cruza el hombre automático, rubicundo, serio, indiferente. El estanciero de Santa Cruz — autómatas también—, las manos entrelazadas sobre el abdomen, mira su whisky por detrás de los lentes y bosteza; en seguida bosteza la hija gorda, y después la mamá.

Tedio, ¿la intolerancia del tedio?

Todo puede ser: hace tres días...

Roger, el inglés que atiende el servicio de la mesa, es el hombre más simpático de la tripulación. Como buen inglés, se niega a aprender castellano; quiere enseñarnos su inglés y si por cortesía pedimos un plato a viva voz, el hombre exige que la pronunciación sea correcta y hay que repetirle muchas veces las cosas para que se dé por entendido de aquello que entiende tan bien como nosotros, sólo que es inglés y el inglés cree que su idioma es el primero del mundo y merece respeto.

Después de Roger, hay que situar en el plano de los hombres simpáticos al negro lamparero.

Negro teñido a tinta china, negro de elevada estatura, corpulento; oficia de electricista y de repartidor de luces.

El espectáculo que ofrece este negro comienza a la puesta del sol y dura hasta que oscurece. Yo lo he visto, cargado de lámparas, subir por la escalera de proa y lo he sentido cantar mientras reparte sus luces que, como estrellas, como juguetes para los negros, va fijando en los botes salvavidas, en los puentes.

Mono grande para los niñitos rubios, para esos hijos de millonario y esas niñeras tercas y orgullosas que juegan sólo con sus pupilos, el negro ha logrado conquistarse a la población menuda del "Almanzora" y canta para ella y zapatea y se ríe enseñándoles sus dientes blancos y enormes.

Hoy se ha repetido el simulacro de salvataje que nos sirven dos o tres veces por semana como núme-

ro de entretenimiento y he visto al negro caminar, serio, en medio de la tripulación, llevando su salvavidas y esa gorrita que no le calza en su cabezota motuda. Parecía enojado, triste. Como el pato rabioso de los dibujos animados, mascullaba no sé qué protesta, y ocultaba su figura imponente cuando lo observaban.

El Babbitt mayor intentó fotografiarlo y fué inútil; inútil porque el negro tiene conciencia del decoro, como puede tenerla Babbitt o cualquiera que rehuse dejarse instantanear en paños menores.

—¡Bravo, John!—lo saludo.

Y el negro me mira sorprendido y se sonríe con sus dientazos blancos, mientras el estúpido señor Babbitts, vociferante, pliega su máquina.

¡Negrito lleno de humanidad, de alegría, si yo fuera hijo de millonario querría tener un juguete así y muchas lámparas para que las echase a volar por la noche como mariposas, como estrellas!

INTERMEDIO BRASILEÑO

Bahía.

Calles empinadas, estridentes. Un negrito da traspiés más traspiés montando una bicicleta chúcara, y, doma europeizante, cien negritos vocingleros encienden cohetes y luces de bengala al paso del jinete tozudo y bravucón.

Entre iglesia e iglesia se insinúa una ventana y por ella mira una negra sensual, de busto amplio.

Vibrante como una caja repleta de mariposas en celo, la atmósfera hiede a almizcle de lujuria.

Desde la plazoleta de San Francisco sentimos vibrar la ciudad.

Y el mar brilla como un espejo tachonado de luces.

¡Medianoche de Bahía, linda, incitante! Embarquemos y desde el puente contemplo una luminaria que se apaga en el cielo, batida por el mar ancho, profundo, obscuro.

Pernambuco.

Luz enceguedora y caliente; flores vívidas. En un erial próximo a la dársena retozan los mulos de un regimiento de artillería.

Lentamente bordeamos la ría que se interna en la ciudad.

Los "bondis" pintarrajeados como trencitos de juguete se entrecruzan en las calles que no son estrechas como las de Santos ni febriles como las de Río, sino espaciosas, claras.

Bebemos café en esos dedalitos de porcelana policroma en los que el buen catador toma a sorbos el licor estimulante y oloroso.

El chofer, en su afán por enseñarnos las cosas típicas de la ciudad, nos lleva a visitar el pez-buey; un animalote gordo y pacífico que habita en la pileta de una plaza. Recio como un hipopótamo, para dejarse ver, la bestia cobra derechos en golosinas que coge con su hocico voraz, desapareciendo en seguida bajo la superficie del agua.

En una casa de cambio me dan unos "reis" falsos, lo que ocasiona una discusión agria e ininteligible con un vendedor. Entre gritos y protestas acude un policía y éste dirime la cuestión con sapiencia salomónica:

—Páselos usted como pueda, es lo mejor — dice.

Con la luz del mediodía, las flores se encienden en tonos desmesurados, vívidos, y las mujeres parecen más opulentas, más cimbreantes.

Barriada de **fazenderos** poderosos, la máquina se

desliza a lo largo de una avenida anchurosa, bordeada de grandes árboles que dan al ambiente una quietud fresca.

Nota típica, cuando llegamos al término de la calle, el mulato que guía la máquina lanza un grito:

—¡La revolución!

Y con una alegría que hace más encendido el resplandor de sus pupilas, nos enseña un palacio suntuoso, destrozado por la metralla.

—Residencia del señor Pessoa de Queiroz; "muito" rico; pero gobiernista, malo, malo—balbucea.

Al través de la narración del mulato advierto una inquietud, un deseo de contar cosas que parece contenido por no sé qué prevención.

—Vargas — insinúa — está contra el pueblo y el pueblo contra Vargas. Mucha policía, muchos soldados; pero habrá revolución.

Y el mulato deja de reír y se queda pensativo como he visto quedar pensativo a los hombres con quienes he hablado en Río, en Bahía, en Santos.

En el cielo se insinúa una nubecilla y la atmósfera se torna húmeda, oprimiente. •

Cruzando la plaza, comienza a llover y la máquina resbala por el pavimento con paso inseguro.

ISLAS

El faro de la isla-presidio Fernando de Noronho brilla en medio de la noche con su ojo cambiante y frío.

Hemos cruzado la línea ecuatorial y ahora cruzamos el confín de América.

Buen marinero, el "Almanzora" fuma su pipa sin que le inquiete la lluvia.

América, con su olor a algas y a sal y a bosque, atisba su paso y viéndolo tan indiferente, se acurruca entre las rocas y calla, estremecido su cuerpo bonito en un voluptuoso temblor de esperanza.

Proa adelante, un puñado de rocas cierra el horizonte, calmo como el mar, azul como el mar.

La hélice gira perezosa y la isla portuguesa de San Vicente se aclara a la vista, como un erial sin pájaros ni aves marinas ni árboles.

Por detrás de la torrecilla graciosa del faro que se interna en el agua, surgen enormes tanques de petró-

leo y los brazos potentes de la estación radiotelegráfica disparan al cielo misteriosos mensajes.

Un árabe que provee de diamantes del Brasil a las fábricas de aviones, habla de la guerra, de una gran base naval y de la importancia táctica que llegaría a tener San Vicente si se produjera un conflicto armado.

¿Guerra? La pesadilla de Europa comienza a ensombrecer el paisaje y hiede a petróleo...

Ágiles y graciosos, los barquitos de los negros que hacen la pesca del tiburón vienen al encuentro del barco y saltan a merced de la estela que va dejando la hélice. Los más audaces se apegan al casco, cogen las cuerdas y brincan, gritan:

—Money, argent, plata.

Animalitos acuáticos de tez achocolatada, su griterío de jazz-band, desesperado, alegre, resuena a muchas millas.

—Mister, monsieur, señor.

Las petroleras atufarán el aire con su aliento denso y fétido, y luego anclamos* mar afuera, frente a la isla. Las bombas comienzan a trabajar inyectando en el vientre del barco un grueso chorro de combustible.

Una moneda cae desde la cubierta y un negrito se sumerge en el agua, siguiendo el rastro del metal hasta una profundidad inverosímil. Desde arriba vemos agitarse el cuerpo en un arco elegante y las plantas de los pies, muy blancas, desaparecen en lo hondo del mar para surgir en seguida como el perrillo de caza que trae la perdiz entre los dientes.

El espectáculo se repite una y mil veces, entre gritos y risas y desesperación. Una barca choca a la otra y por coger una moneda se dan con los remos, se injurian.

Yo creía, como una señora trascendental, que estos negros eran los residuos de una raza inferior. Pero un señor serio y elegante que viaja en un compartimiento de lujo, se entretiene en echar trozos de metal al agua para engañar a los pobres muchachos que se juegan honradamente la vida, y mis escrúpulos se desvanecen.

Como el comercio de San Vicente es pobre, los ingleses residentes y los nativos adinerados vienen al barco a proveerse de perfumes, tabaco, jabón, chocolate. Las corbatas de colores vivos desaparecen en un santiamén como desaparecen la cerveza y el whisky.

Como me llamara la atención una nativa adolescente de lindos ojos que con otras nativas jóvenes pasea su esbeltez voluptuosa por cubierta, un negro me guiña el ojo.

—A tierra “**muito**” linda: ven. **Muito** linda, yo te enseño...

Uno de los negros se llama Blanco y Azul; otro, Angelo. Angelo y Blanco y Azul se van a las manos queriendo disputarse un tarro de galletas que ha volado por el aire hasta caer en el mar.

Más fuerte, más ágil, Blanco y Azul gana la partida; pero ha descubierto que dentro del tarro van unas hojas de periódico y con una seriedad imponderable se da a deletrear los caracteres.

—¿Sabes leer, Blanco y Azul? — grita la señora Gironde.

—Blanco y Azul sabe de todo; Blanco y Azul muy inteligente — responde el chiquillo con desparpajo, y certero, agrega:

—Tú, argentina; yo saber mucho de Rosario de Santa Fe.

Y diciendo esto coge el contenido del tarro y con una probidad ejemplarizadora lo reparte con Angelo y sus contendores que tripulan el bote.

La noche va cayendo sobre los negros. John, el lamparero, enciende los reflectores y entre las luces lividas y potentes, los cuerpecillos danzan como demonios.

—Money, argent, plata... Mister, Monsieur, señor.

El vocerío se quiebra al chocar contra los farellones de la costa y durante la noche, en alta mar, lo sentimos repetirse con una insistencia desesperante:

—Money... money!

Madeira fabrica sillas de mimbre, lindos encajes y ese vino dorado, transparente y dulzón que ha dado popularidad geográfica a su nombre como la cerveza se la ha dado a Baviera y los cerdos a Chicago.

Curiosa y bonita como una tarjeta postal iluminada de acuerdo con la vieja técnica, las calles derivan del cerro en un zig-zag amurallado por tapias bajos sobre los que se entrecruzan enormes bananos y guías

de parras y ramas florecidas de árboles extraños que, enlazando con los del jardín de la casa del frente, forman una bóveda perfumada y bella, en medio de la cual surgen de pronto rinconcitos con fuentes de azulejo o una puerta colonial o un templo.

Las residencias de los extranjeros miran hacia el mar con su elegancia sin carácter ni color que habla de negocios afortunados o de grandes salarios formando un conjunto confortable, del que nos alejamos para ver de cerca el Mercado de Flores, los negocios policromos; las floristas con sus trajes típicos, de corcelete almidonado ceñido al busto y falda de color, rueduda como la corola de las campanillas.

Unos policías que parecen generales en jefe del Estado Mayor dirigen el tránsito, que no necesita ser dirigido, porque la ciudad carece de tranvías y la gente se moviliza a pie o en unas carretitas tiradas por bueyes que se deslizan sobre unas especies de "skis" que el conductor lubrica desparramando un líquido espeso sobre el pavimento. Los ingleses creerían no haber estado en Madeira si no montasen durante una hora en una de estas carretas extrañas como góndolas de tierra; extrañas como carretas patinadoras.

El amigo Babbitt asaltó la primera de las góndolas y en las otras han ido a columpiarse los demás.

—Bye, bye — gritan (gritan como no podrían hacerlo en Londres).

Oyendo fados, con una copa de ese gran vino de Madeira sobre la mesa, dejó transcurrir la tarde. Ni

bonitas ni elegantes, las mujeres observan curiosas a los turistas que invaden las terrazas de los cafés.

Una vampiresa decadente fuma cigarrillos en una mesa contigua a la mía y, como nota de contraste, en otra mesa charlan cuatro o cinco jovencitos muy bien peinados y correctos; pero que, desafiando el calor, dejan colgar sobre los hombros una capa raída. Luego me entero de que son estudiantes y de que la credencial del estudiante no consiste en obtener distinciones sino en llevar capa, una capa vieja.

Mister Babbitt ha terminado su paseo y marcha hacia el muelle, del brazo con su señora.

Es hora de partir, de abandonar Madeira, la tierra romántica, bonita; la tierra del vino y de los encajes, de las flores y los fados.

En la retina queda flotando el ruedo de una capa raída, de una auténtica capa de estudiante.

Entrada a Europa

PORTUGAL

Portugal es la tierra de la hipérbole y de la interrogación. Lisboa, la capital de la interrogación y de la hipérbole.

Viven los personajes de Eça de Queiroz, y la ciudad, hermosa, con rincones abandonados y sus arrabales sucios, conserva todos los trazos de la historia y los recuerdos de un pasado opulento.

Sobre la bahía vuelan aviones que lucen en la cola una cruz swástica.

En las dársenas se entremezclan los pertrechos de guerra destinados a prolongar la revolución española que este país del paisaje dulce como el que pintaban los artistas del Renacimiento, sirve* sin tapujos al lado de Franco.

Ametralladoras, cañones, bombas, rusiles y obuses consignados a los niños de España, a las mujeres de España se hacinan ante los ojos del viajero curioso. Pero, país de la hipérbole Lisboa tiene un lindo cementerio que se llama el Cementerio de Nuestra Señora de los Placeres y el Ministerio de Relaciones Exteriores abre sus puertas en el Palacio de las Novedades.

Un hombrecillo turbio se empeña en presentarme unas "meninas" y luego me enseña lo que él llama "tarjetas picantes", extrayendo de entre un muestrario de inocentes paisajes unos grabados obscenos y resobados.

—Son "demodés" — pontifica un jovencito, técnico en el género — y si usted va a París, allá encontrará cosas más interesantes que comprar.

Desde el barrio portuario, pintoresco, hermoso, lleno de color y de barcas viejas y de pescadoras bonitas, fuertes, cimbreantes; y de tipos extraños y de veleros ennegrecidos, cruzamos hasta el Arco de Napoleón que cierra la gran Plaza situada frente al antiguo muelle de mármol de prestigio histórico, formando con su arcada un pórtico a la Rua do Comercio, la calle de la banca, de las tiendas elegantes, del ajetreo, y de las librerías atestadas de libros fascistas y novelas policiales.

La gente es muy amable, los viejos tienen cara de viejitos buenos como tienen cara de bondad el paisaje y los árboles y toda esa naturaleza tan dulce, tan sutil que anilla la ciudad.

No he podido explicarme el porqué de tanto militar, de tanto policía, de tanto libro de crimen, de tanto hombre armado. Cierto que el término medio de la gente no parece gozar de fortuna, y que hay muchos asilos. Pero nadie habla de política, ni se advierten actitudes nerviosas, ni violencia.

—Cierto, mucho policía; pero cúidese usted, porque al lado de la policía uniformada hay otra más nu-

merosa que viste de civil y tiene el oído fino y la mano dura. A la pupila de esta gente no escapa nada, ni la actividad del cuerpo diplomático, sobre todo si se trata de diplomáticos que representan algún país libre.

En el Palacio de Palhavá flamea la bandera de Burgos.

Y el señoritío español tiene su alegre cuartel de campaña en el Casino de Estoril, donde se juegan las pesetas y trazan planes de campaña y guerrear.

—Puede que sea exagerado; pero se calcula que llegan a cincuenta mil los refugiados españoles — se espantanea mi informante. — Y no sé cuántos; pero podrían contarse por cientos a los españoles que por simple sospecha, la policía portuguesa deja en la frontera para que los tomen los rebeldes. Y esa gente no se salva, porque son comunistas o llevan etiqueta de simpatía republicana.

Desde los Gerónimos, donde reposan Vasco de Gama, Camoens y Guerra Junqueiro a la sombra de las columnas de palmeras que recuerdan el pasado esplendoroso de esa tierra de navegantes y de poetas, salimos al campo; campo elegíaco, limpio, suave.

Atalayando la entrada de Cintra, se divisa el fuerte del Castillo Da Pena y entre las líneas imponentes del gran Palacio de Cintra, surgen en el espacio las chimeneas monumentales que dejaron los moriscos como recuerdo de su sibaritismo, de su sensualidad siglo XII.

El baño de los califas sigue cantando rumoroso en

su concha de piedra conchas que el tiempo ha ido aquietando, pero que sugieren danzas de cuerpos desnudos y fiestas de amor.

El interior podría ser interesante y maravilloso si el mal gusto de los reyes no se hubiese empeñado en adular en forma abominable los aposentos. Luego el Portugal descubrió el turismo y para halagar a los turistas que pasea Cook, dió barniz a esa herencia dejada por el último Don Manuel y puso pintura fresca donde no cabe otra pintura que la del tiempo.

Pero el tiempo se detuvo en Monserrat y es fácil descubrir sus huellas en los rincones floridos de Monserrat, en las residencias incomparables de Monserrat y hasta en su clima fresco, perfumado; en sus viejas puertas, en los senderos que trepan hacia lo alto de la montaña y, sobre todo, en la Quinta de Monserrat, de propiedad de un inglés que ha plantado entre piedras y entre surtidores y cavidades hondas, todas las especies forestales y vegetales avenibles con el clima.

—¿Qué tal, che Romero?

Pero en Monserrat no cabe ningún comentario y eso bien lo sabe mi amigo Girondo. Ni comentarios ni fotos...

Un carro de labranza nos cierra el paso.

Y hay que correr para no quedarnos en tierra y divisar Estoril, la elegante silueta de Estoril, su playa clara, sus chalecitos claros.

Con todo, Estoril se parece a cualquier otro sitio veraniego, y el casino—salvo los señoritos españoles que también se parecen a los señoritos de otras partes—puede uno verlo en Mar del Plata o en Viña del Mar.

Bonita tarde, Lisboa deja la sensación de la hipóbole y de una interrogación que le aprieta a uno la garganta.

El "Almanzora" — y crea uno en la puntualidad inglesa — no zarpará hasta la noche.

Caras nuevas de gentes que han embarcado en el puerto para ir a Francia e Inglaterra, surgen en cubierta.

Entre esos rostros, uno me sorprende y no sé por qué.

—¿Usted es Gabriela Mistral?

—Sí, ¿y usted?...

¿Telepatía de los espíritus, de los versos? Y esta Gabriela a la que, como ahora, sin conocerla, yo habría reconocido en Pekín o en París o en una calle de Buenos Aires o de Santiago, se me aparece serena, alta, tocada con la elegancia de lo simple.

Con Gabriela viaja una portorriqueña de excelente humor y entendimiento fino y gran cultura: Margot Arce.

Gabriela, con sus doce años de Europa, me parece más chilena, más henchida de chilenidad visionaria y de imágenes y de intuiciones que miran a Chile y a América...

Final de travesía, cruzando el Golfo de Vizcaya, mirando encenderse los faros avizores e inquietos de la costa francesa, España hecha presentimiento, entre

los palos del "Almanzora" el viento silba gozoso y leve en el corazón.

Gabriela, Amparo, Margot y Alberto Gironde y Rafael Gironde, y buena y comprensiva como las almas buenas, la señora Gironde, duele pensar que han transcurrido veinte días y que nos separaremos como un puñado de nombres que se esparcen en el aire, en este aire claro de alta mar salpicado de luces que danzan a proa para caer como un temblor de estrellas entre el hervor del agua que al norte y al sur canta su canción misteriosa y desesperada.



CHERBOURG-PARIS

Los minutos se precipitan en esta madrugada en la que nos sentimos rodar como una valija por la pasarela mecánica del puerto de Cherburgo, el más moderno de Francia, el más cómodo. El buen don Víctor Amstrong, rumbo a Southampton, se queda perdido con sus ojos azules llenos de bondad y de sueño entre un monton de maletas, y el "Almanzora", de la Royal Mail, grande y silencioso, desaparece en la dársena, dejándonos en tierra francesa con la nostalgia de sus buenos días, de sus Babbitts, de Roger, del negro lamparero, del hombre del reloj.

Un carrito movido por un motor eléctrico, veloz y silencioso, va diluyendo los montones de equipaje. Puerto militar, el aire se estremece con la vibración de las hélices de los aviones que practican vuelos de ensayo y en los fuertes dispara la artillería pesada, sacudiendo el espacio con su tronar seco y rotundo. Son las seis de la mañana. Delante de mí tengo a un señor que lleva un tigre joven atado a una cadena. ¿Un excéntrico, un domador de circo? La gente, que tiene la imaginación despierta y trabajada por el espectáculo

constante de las grandes ciudades, no se sorprende, ni se burla, ni demuestra temor ni hace aspaviento como la gente de mi tierra cuando ve a un hombre vestido con un traje que no sea el que lleva todo el mundo o un sombrero distinto al modelo de moda.

Alargo el pasaporte a un funcionario y éste lo visa sin preguntar nada, sin mirar. Luego me encaro con el vista de aduana, un viejecillo tal vez veterano de muchas guerras de las que conserva unos mostachos bizarros y enormes, un kepis militar, una casaca limpia en la que ostenta la cintita de varias condecoraciones. Al hombre no le interesa fastidiar a las visitas y la revisión se reduce a unas cuantas preguntas:

—¿Lleva tabaco, agua de colonia, alcohol?

—No.

Y pone un sello a los bultos que se han quedado cerrados, y pasamos.

El tren especial de la **Royal Mail** nos llevará desde el andén mismo del puerto hasta París por unos cuantos francos, y aguardando que parta pasec por el hall de la aduana, que tiene un techo muy alto y es espacioso, limpio, claro y confortable. Pequeña ciudad cerrada, sin salir de ahí uno puede proveerse de cuanto se le ocurra en las tiendecillas agrupadas en el hall, donde hay, además, una buena confitería y un restorán y telégrafos y teléfonos.

Una chica española se empeña en ir conmigo a vagar por la ciudad soñolienta donde van saliéndonos al paso viejos que fuman en pipa de barro y calles viejas, viejísimas, bordeadas de casas chatas, grises, y

farolas de gas y tahonas y queserías y almacenes de menestras.

A nuestro lado pasa un caballero llevando bajo el brazo una de esas marraquetas de pan, largas como bastones muy bien barnizados, que los franceses consumen a rebanadas, calculadas metódicamente. Luego viene un coronel de kepis galoneado y levita celeste. Trepida un tranvía viejo tratando de vencer una curva; yo hago algunas reflexiones acerca de la cocina francesa y la chica bosteza, y regresamos.

Con Rojas Paz y Amparo Mom ocupamos el compartimiento del tren que la Royal pone a disposición de los viajeros de sus barcos: dos vagones, un coche comedor y un revisor cortés que toma los billetes cuando uno se instala en el carro y desaparece en seguida como sombra protectora que no se hará presente si no se la necesita, ni fastidiará si no nos fastidian.

Ha llovido y la Normandía viste de limpio en medio de sus grandes árboles, sus casitas de juguetería, sus vacas pintadas, sus percherones rollizos, sus castillos, sus pueblitos alegres y luminosos.

La preocupación de la tierra asalta a hombres, mujeres y niños y el campo respira salud y es bello, enormemente bello.

Cuando uno trata de resumir en una emoción de conjunto el paisaje, comprende la pintura impresionista. Son árboles que caben en la sugerencia, riachuelos que no podrían pintarse como son; rincones magníficos tan llenos de armonía que un pintor los destrozaría si

no empleara elementos simples de insinuación para trasladarlos al lienzo.

Hasta Caen donde apenas nos detenemos cinco minutos, el tren corre con velocidad loca; pero sin sobresaltos, suavemente.

En Caen compramos los periódicos del día.

—¡Han asesinado a los hermanos Roselli! — me informa Pablo Rojas Paz.

Todos los diarios están llenos con la negra historia del crimen fascista; los de izquierda no disimulan su indignación y delatan con franqueza el móvil del atentado.

Rohan, la ciudad museo y el Sena que recogió en Rohan las cenizas de Juana de Arco, surgen en el camino.

¿Cuanto tiempo quedaremos en París? ¿Qué nos ofrecerá París? Esta sensación de marchar hacia lo desconocido de las sensaciones, aturde.

El campo comienza a comprimirse, a tomar aspecto de ciudad con sus barriadas oscuras, sus usinas.

Y el primer lugar común llena la superficie de muchas tarjetas postales.

—**La tour Eiffel?**

Y asoman los primeros puentes del Sena y las cúpulas del Sagrado Corazón.

Son las tres de la tarde.

En Saint Nazare están aguardándonos Delia del Carril, Max Aub, Raúl González Tuñón, Neruda.

—¡Amparito!

—¡Raúl!

Y las tres de la tarde se llenan de gritos y de emoción.

PARIS

La adjetivación con que los cronistas clavan banderitas sobre el plano de París, cae de la pluma como un cuerpo sin vida. Y es que París no necesita adjetivos, ni hay adjetivos nuevos que echarle encima.

Desde el ventanillo del taxi entreví un trozo del Sena, la Plaza de la Concordia, los Campos Elíseos, los jardines de las Tullerías y deslizándonos a lo largo de calles amplias y populosas y de viejas calles sórdidas henchidas de silencio, hemos llegado al hotelito del **Boulevard Pasteur**, donde me instalo en un cuarto del quinto piso de la casa.

Barrio de pequeños burgueses, de gente estudiosa, de obreros acomodados, las tiendas de la vecindad son modestas y los restaurantes cumplen su función de dar bien de comer, sin lujo.

Por las aceras anchas marchan caballeros de *jaquet* llevando un saquito de papel o un bolso de malla lleno de comestibles. La mayoría de esos caballeros lucen una condecoración; una condecoración y un perro que van tirando del extremo de una cadena. **Pasan** matrimonios en los que el marido joven hace de

niñera y señoras bastas y mujeres en bicicleta y parejas de enamorados que se detienen para besarse con una naturalidad encantadora.

Vida orientada en un sentido de orden y reposo, la saludable sencillez de esta burguesía tan activa, tan sobria, inspiran sentimientos de una opacidad amable y cordial.

Sin premura, como esta primera hora de contemplación, querría vivir mis quince días de París.

Hoy será una calle cualquiera, mañana otra. Iré a pie — divago — y sin brújula, sin Baedeker, me dejaré llevar por mi propio dinamismo, por mi curiosidad, hasta caer en los grandes bulevares. Y en la tarde será otra calle, y por la noche otra, y así recogeré la savia de París, la lección de París, sus cosas.

El "Innova" está clasificado como hotel; pero los cuartos no tienen teléfono, ni campanilla eléctrica, ni baño y la servidumbre se marcha al mediodía y los habitantes de los siete pisos quedamos entregados a la voluntad del conserje que, como el hotel, es un personaje nominal y misterioso que jamás está visible ni escucha a nadie.

Esta falta de confort sería inadmisibile si uno residiera en otra ciudad; pero no en París, donde el hombre se torna humilde, simple y desprejuiciado.

Espectáculo la ciudad y la vida, la calle le da todo al viajero: pequeño confort, alegría, goce y quietud; todo.

Portada admirable para una edición de "Los Miserables" tirada por Maucci en esos librotos de cubierta charra, cerca del "Innava" descubro un trozo de calle vieja y un hotel que no tiene nombre, sórdido, destaralado. A la puerta charlan media docena de prostitutas que hacen labor de costura.

Parte integrante de la calle, las mujeres son feas, viejas, y dan la impresión de que han nacido ahí y de que nunca se moverán de ese rincón desde el que miran a los hombres sin enfadarse porque los hombres no las miran a ellas.

Ciudad de matices infinitos y extraños, una casa que parece abominable por la mañana, en la tarde, bañada por el sol que baja rasguñando la pared, se torna hermosa, tan hermosa que su belleza se hace perenne y no la olvidamos más.

En unas cuantas horas me tengo aprendidas muchas cosas, y la más importante me parece esta: ir despacio; caminar a la buena de Dios y mirar, con los ojos, con los sentidos.

La tarde declina en Montparnasse sobre una iglesia de arquitectura vulgar, sobre las tiendas de flores, los almacenes elegantes, las librerías.

El Frente Popular es patriota y tolerante, y junto a la iglesia hay una repartición ministerial y en el frontis de la casa, como en el de todos los edificios públicos, flamea la bandera francesa de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Un soldado besa a una mujercita y sin actitud de sometimiento saluda a un oficial que va por la calle con su esposa.

"El Domme" y "La Coupole" absorben a esa multitud heterogénea y gozosa en cuyo apretujamiento se confunden las grandes pipas de barro y el habano, las cabelleras tratadas a la gomina y las melenas rezagadas. Turcos, marroquíes, una chinita vestida de kimono y una cocotte de rostro perverso se encuentran en la misma terraza del café donde toman el aperitivo un matrimonio y unas turistas inglesas.

"La Rotonde" ha dejado de ser el sitio elegante donde se reunía el gran mundo internacional, y ayanquizada, tiene ahora máquinas para servir café "express" y batidoras eléctricas para mixturar los alcoholes.

Kikí, con sus inmensas ojeras, su traje exótico y su estela de perfume desciende de un automóvil y tuerce la calle donde está su cabaret, el cabaret de Kikí, diminuto y extraño como un dedal para dar de beber a los snobs ricos alcoholes caros y champán.

Más allá de una feria de libros viejos aparece la Avenida del Observatorio, recostada en el crepúsculo con su perspectiva desconcertante.

A las nueve debo concurrir al "Select" donde se reúnen Pablo Neruda y unos muchachos escritores de la colonia sudamericana.

Pero, asalto romántico, el recuerdo de Darío me coge en pleno boulevard. "Closerie des Lilas": sí, es Darío, el café de Darío. Igual o inferior a tantos restaurantes de París, para mí ese cartel tiene toda la re-

sonancia de una época balbuciente, desorbitada de admiración al poeta. "Mundial", "Azul", "Los raros"; leía a Vargas Vila, a Verlaine: era un muchacho, nada más que un muchacho con ganas de vivir.

Delante de las mesas desparramadas en la terraza donde viviera Darío sus noches de opulencia y abulia, hay ahora sentados unos caballeros que lucen en la solapa el botoncillo de la Legión de Honor. Burgueses sin historia, damas con poca historia que valga la pena recordar, empleaditos de comercio y militares que fuman, beben y charlan a grandes voces, invaden el café. ¿Cuál sería la mesa familiar de Rubén? Miro, busco y esos hombres no reparan en mí; en mi actitud trascendental; en mí, que lleno de inquietud estoy cavando la fosa a mis quince años románticos.

¿Ajenjo? ¿Nadie bebe ajeno? Entonces que traigan cerveza.

—¡Biére!—gritó—¡Biére!

Y lentamente voy echando las últimas paladas sobre esa cosa muerta y tremenda que uno lleva consigo sin saberlo.

Rodando a la deriva por el Boulevard Montparnasse oigo sonar las horas: las once, las doce.

Y no tengo sueño; y sigo andando, y no sé a dónde ir ni conozco a nadie.

En nuestro "Select" se reúnen unas muchachas que parecen hombres y, rincón aparte, unos hombres que parecen muchachas. Pero como cada cual conserva

su independencia, nos reunimos nosotros y hasta millonarios de incógnito y rastacueros que presumen de millonarios.

La alegría del sábado restalla en los uniformes policromados de los alumnos del politécnico que vienen camino a sus casas a hacer sus vacaciones de fin de semana.

El pueblo ha ido a Pére Lachaise a acompañar los restos de los hermanos Roselli. Un camión de soldados armados encabeza un convoy de furgones que van desparramando a lo largo de Montparnasse un reguero agresivo.

—¡Huelga, ha comenzado la huelga! — rumorea la multitud.

Esta vez son los camareros, los mozos de café los que reclaman mejor salario, menos horas de trabajo, y como ante la proximidad del granizo, los patrones de los grandes restaurantes se dan a desarmar las mesas, a amontonar sillas con las que forman barricadas, atascando las puertas.

—Nosotros no participamos en la huelga — dice el camarero—porque no tenemos nada que pedir.

Esta curiosa actitud de los muchachos del "Select" me permite ocupar mi mesa y desde la terraza sigo la rúbrica que trazan las bicicletas al escabullirse por entre los miles de automóviles que ruedan por el Bulevar. De tres asientos unas, otras de dos, los aparatitos zigzaguean con sorprendente agilidad llevando a los parisenses a los pueblos vecinos del Sena, donde van a pescar, a respirar aire puro, a olvidar París.

El sol de la tarde subraya el juego de los músculos de muchachas y muchachos y una alegría limpia flota en el dorado de las melenas, en la carne desnuda.

Con sus embelecos de pesca y una casa sintética dispuesta a la espalda, los franceses escapan en familia, sin perdonar ningún sábado de sol.

Con Neruda y González Tuñón viene Alberto, el gran escultor español; y luego conozco a Rosa Chacel, que parece la dama que habita la casa de los altos, tan sencilla es esa Rosa ensayista, esa Rosa de los buenos versos, de la prosa límpida y profunda. Siempre va sin sombrero y los cabellos negros la dan al perfil puro un aire de señora antigua que se rejuvenece en los ojos vivaces y grandes. Rosa Chacel fuma constantemente y se abstrae. Rosa es española, y los españoles — Juan Larrea, el escultor Lacassa, Alberto, Eugenio Imaz, Eduardo Ugarte, Renau — viven un poco así: abstraídos, un poco dentro de sí mismos.

—Cenamos en Pagés — propone Pablo.

Pagés es un restorancito humilde donde se reúnen Félix Pita Rodríguez, Alejo Carpentier, Gonzalo More; a veces César Vallejos y a veces José Bergamín, que me parece una figura dramática, la más dramática de entre todas las figuras literarias de España.

Un Jesús vivo golpea en ese pecho lleno de sensibilidad, de amor, y Bergamín ama la justicia, ama a Jesús, ama a España y es leal y católico; piensa en el porvenir de España y se entristece.

Hombres que viven intensamente la angustia de la revolución, los acontecimientos de cada día cierran un

círculo en torno a ellos y en medio de ese círculo, muy en medio, me desconcierta sentirme espectador, el espectador silencioso que no podrá aportar sino buenas intenciones y una admiración sincera y callada.

Otro contertulio familiar se hace presente.

—¡Lucho Vargas... Henriette! — grita Pablo Neruda, calando un punto aparte en la conversación.

La pipa entre los labios, este Luis Vargas Rozas, al que conocía como pintor y de quien conservo un apunte tan interesante como mal habido en mi rincón santiaguino, deja la impresión del niño que se ha dejado los libros de estudio ocultos en algún escondrijo de casa para irse a hacer la cimarra. Alto, fuerte, con ademanes perezosos, Lucho Vargas mira al través de la pipa humeante con unas pupilas que parecen miopes y parecen desconfiadas; se rasca la nuca hasta voltear sobre la frente un sombrerito arbitrariamente pequeño que lleva puesto sobre su gran cabeza rapada como la de Rodin, y en esa actitud de reconocimiento espera a que Henriette que hace de lazarillo del muchachote atolondrado, lo coja de un brazo, como esta noche en que, sin fórmulas ni presentaciones nos hemos estrechado la mano en el comedor de Pagés.

Espíritu generoso, inquieto, la sensación de pereza se desvanece en seguida y Vargas se entrega como es: un laborioso a quien la noche coge siempre fatigado, pero siempre dispuesto a la amistad y a vivir animosamente su mañana.

Me da unas cartas de mi mujer que venían dirigi-

das a su nombre al "7 rue Belloni", tan familiar para muchos chilenos.

Recuerdos de la tierra y de lo que en ella amo, esa primicia, después de un mes de silencio, alborotan el pulso.

—Yo recibo una carta al año y escribo otra — balbucea Lucho,—y qué hacerle, me guardo los sobres.

Abnegada, llena de comprensión, de inteligencia, Henriette se sonríe y charlamos luego de muchas cosas, sin sensiblería.

Vida activa orientado en un sentido elevado, Vargas Rozas, de simple soñador de sueños se ha hecho el soñador de realidades que estudia y trabaja no para conquistar una recompensa, sino algo más concreto y mejor.

El alba nos sorprende en medio de una calle sórdida y hermosa como las calles de esos folletines en que se cuenta la historia de personajes extraños que aparecen y desaparecen iluminados por faroles rojos. Calleja de monederos falsos, la imaginación presiente hembras agrias y desgredadas que atisban por la telaraña de los vidrios rotos de una ventana.

¿Cómo hemos llegado hasta ahí? Lucho Vargas lo sabe y me dejo llevar por sobre el andamial de un puente montado por encima de la vía férrea.

Debajo brillaban unas luces, y ciudad de escamoteo, salvando la curva, caemos en medio del Bulevar Pasteur.

El film de París se proyecta echando a andar por la mañana y comiendo en un figoncito del trayecto, que los hay económicos y hasta con sabor típico. Así van saliendo los Inválidos, el Bois de Boulogne, Versailles, Notre Dame, el Louvre, la Santa Capilla, el Luxemburgo.

Desde la Magdalena salto a la colina de Montmartre. El metro me deja una tarde en Père Lachaise y otra visito las cenizas gloriosas encerradas en el Panteón o evoco a Balzac en su casita vieja donde se conservan sus libros, su mesa de trabajo, sus cuadros y la escalerilla por donde el maestro escapaba al acoso de sus acreedores.

Cosas todas para mí; espectáculo íntimo; gran fiesta de color, de líneas, de luces, las crónicas que debía enviar a Santiago, se quedan sin escribir.

Saliendo de la iglesia de San Germán tomo una calle de anticuarios y de talleres de encuadernación que no son más elegantes que el taller de un Cellini, pero de los que salen libros tan primorosamente empastados como obras de orfebrería, y caminando recto, llego al Sena. Una palomita alborota sobre la cabeza de Voltaire y se permite jugarle una broma no muy limpia al filósofo, que luce una peluca crespa de la que se sirven los pájaros para sus menesteres íntimos.

El Sena tiene una puesta de sol diferente para cada día. Me place curiosear entre esos escaparates de libros viejos donde uno encuentra láminas de misales,

cuadros, medallas, grabados raros y libros pornográficos.

La fiebre del libro pornográfico se ramifica hacia todos los barrios y el tema es siempre o casi siempre el mismo, mujeres lesbianas y masoquistas en actitudes provocativas.

—¿Mal de París? — abordo a un librero, y el buen hombre se sonríe.

—No, París es una ciudad normal; la pornografía es industria para los extranjeros.

Le he preguntado si existe prohibición de vender libros de este género a los niños, y el viejecillo se sorprende muchísimo más:

—Que yo sepa, no. Los niños no vienen acá, no compran estas cosas; los niños son niños.

Con una taza de café negro, me proporciono toda una tarde de exploración por las aceras del frente al Sena, donde se agrupa el comercio de pacotilla, inverosímil por su variedad y la cantidad de tienduchos y de objetos. La Basílica del bric a brac la encuentro en "La Samaritana", que reúne desde un cepillo de dientes hasta las más extravagantes especies zoológicas, sin perdonar la rareza de una peluquería de perros servida por muchachas bonitas que rasuran, lavan, encespan y perfuman a los animalitos.

Un día sí otro no, caigo al "Select" por la tarde, y allá están charlando Rosa Chacel, Delia del Carril.

¿Política, literatura?

Me guardo la ganzúa de mis correrías en el bolsillo, y oyéndolas, fumo, bebo mi cerveza, y por lo general no digo nada o declaro que no he hecho nada.

UN CONGRESO

La lista de los delegados al XV Congreso Internacional de la Federación de los P. E. N. Clubs es nutrida y no faltan los valores de primer plano: James Joyce, Jules Romains, Heinrich Mann, Guglielmo Ferrero, Lion Feuchtwanger, José Bergamín, Ventura Gassol, y por Chile, como delegada de honor, Gabriela Mistral.

Aún cuando sea de escritores o por ser de escritores, un Congreso Internacional celebrado en momentos tan inquietantes para Europa y para el mundo, no puede confundirse con ninguno de los 350 congresos que se realizan en París con motivo de la Exposición, y por su radiación, por el escenario en que habrá de desenvolverse, cualquiera piensa que sus proyecciones superarán a las de las deliberaciones de Buenos Aires, tan discutidas; pero tan claras y trascendentales.

Concurrirán Marinetti, fascista, y Ferrero, hombre de ideas puras, y antifascista por eso. China tendrá su representación y el Japón la suya. Oiremos la voz de España: Corpus Bargas, Diez-Canedo, Rivas, Gassol, por la República, y nadie ignora que en París residen

escritores del otro bando y escritores de posición indefinida. En torno al momento surge la interrogación de Alemania, de la China, de España, de Italia, de Rusia y la suerte de estos pueblos y de sus escritores, cabe en el interés de los hombres que piensan y sienten.

¿Política, izquierdismo? Problema humano, simplemente; problema espiritual y de dignidad, como lo han entendido Julien Benda, Malraux; y Mauriac al condenar la masacre de los curas vascos, y Gide, al abandonar la literatura pura para tomar su puesto de observador de la lucha social. La posición del escritor parece clara.

Sin carnet de periodista, ni pasaporte diplomático, ni título de escritor, me instalo cómodamente en una butaca del teatro de L'Athénée-Louis Jouvet. Soy el hombre de "un país lejano"—como dijera Benjamín Cre-mieux a un ilustre escritor de América—y frente a tanta gloria, me seduce el anónimo, la dignidad del anónimo.

En el Mercado de "Les Halles", rincón admirable del París popular, del París de la calle, he visto cajas con la etiqueta "manzanas de Chile". Muy conocidos los chilenos por los exportadores de fruta y los que consumen nuestro nitrato, acá, cinco escritores me asaltan con esta pregunta:

—¿Ustedes, en Chile y en Buenos Aires, hablan italiano o portugués?

Uno de ellos ha sido comentado en el país y sus libros circulan en Chile... Pero esa gente ignora a nuestros críticos y frente a su ignorancia uno siente el orgullo de ser de este lado del mundo.

Al comenzar la sesión que preside el poeta Humbert Wolfe, Marinetti, en una maniobra hábil, renuncia la presidencia de la delegación italiana.

Idílica, hermosa, la declaración de principios de la Federación P. E. N. es aprobada sin discusión: Los escritores escribirán, la vida es bonita, tenemos que ser amigos. Pero Lion Feuchtwanger cuenta que en Alemania la cosa no anda muy bien y se le escucha porque habla fuerte y porque es Feuchtwanger, y ha tomado la palabra.

En la China se agitan problemas de trascendencia dramática y quiere hablar el delegado chino; pero se le conceden cinco minutos, y como es poco el tiempo para contar tanta cosa, Wo Lee Fu entrega sus papeles a la mesa y abandona la tribuna.

Rusia no se ha hecho representar; no están Azorín, ni Baroja, ni Marañón, ni Ortega y Gasset, y, por España, toma la palabra Corpus Barga, y da lectura a un voto ponderado de homenaje a García Lorca, el poeta "puro" fusilado en Granada.

¿Se opondrá Marinetti?, ¿lo apadrinará Jules Romains que tan destacada actuación tuvo en el Congreso combativo de Buenos Aires? El uno calla; el otro sonríe, y, entre el silencio del uno y la sonrisa del otro, surge la voz de un argentino para impugnarlo, y grita: "¡política!", "me opongo a que se haga política"; grita en un francés amanerado, antipático; grita sin argentinidad, como tantos sudamericanos serviles lo hacen para conquistarse las simpatías de la gloria, de esta gloria que no ha querido enterarse del idioma que hablamos los hombres de Buenos Aires, de Chile, del

Perú, de Cuba, de América. La discusión se hace agria, antipática, grosera, y el voto, como tantos, cae en el buzón sin fondo de la Comisión Ejecutiva, que aprueba a puertas cerradas, y tras dos horas y media de debate, el homenaje al poeta "puro" de nuestra habla, al gran García Lorca.

El nombre de James Joyce circula en la sala, y nadie sabe dónde está James Joyce, ni cuál es James Joyce, y todos piensan en las cosas enormes que va a decir James Joyce.

—James Joyce tiene la palabra—anuncia, después de un tiempo, el presidente.

James Joyce era el caballero alto que tenía a mi lado y lo veo ponerse de pie y estirarse de muchos dobles, mientras limpia los anteojos. Con el gran novelista se pone de pie todo el auditorio y una salva estruendosa de admiración lo saluda. Casi ciego, Joyce avanza del brazo de una dama hasta el pie de la escalerilla donde Cremieux y Romaines lo cogen de los brazos para ayudarlo a subir a la tribuna.

El público sigue aplaudiendo, grita: "¡Joyce! ¡Viva Joyce!", y Joyce, calmados los ánimos, toma la palabra, y ¡ah, renuncios de la gloria! durante una hora aburre al auditorio contándole que en Estados Unidos circula una edición fraudulenta de su *Ulises*, una edición mutilada y clandestina.

¡Chocheces de Joyce! Guglielmo Ferrero toma la palabra en seguida y con un acento lleno de dignidad, con gran entereza inicia su discurso: "Yo no hubiera querido — dice — traer un problema personal; no hubiera querido hablar de mí y de mis libros; pero, ya

que se ha tratado de este punto, ¿qué diría Joyce si a su casa entrara la policía uniformada de su país y rompiera todos sus manuscritos, y sacara sus libros, y los quemara en la calle, y confiscara las ediciones enteras antes de salir a las librerías? Como esto me ha pasado a mí antes, y pasa a los escritores de Italia, no traigo a debate una cuestión de derechos de autor, sino de derechos humanos."

Las palabras enteras de Ferrero caen llenas de dignidad en medio de la atmósfera enrarecida.

Derechos humanos: los de Alemania, de Italia, de la China, de España.

Nuestra Gabriela Mistral propone que el P. E. N. Club arbitre los medios para que, llenando su misión de asociación internacional, obtenga de la Liga de las Naciones un pasaporte especial destinado a facilitar el tránsito por el mundo de los escritores perseguidos: los Ludwig, los Mann, los Einstein.

La sala aplaude, de pie; aplaude la idea, a Gabriela; aplaude su actitud.

A las 18 horas se inicia la recepción oficial en el Hotel de Ville, y a las 21 tendrá lugar el banquete de clausura, que será alegre, seguramente.

El cable ha puesto una nota de emoción tremenda en el corazón de las madres francesas, de los burgueses franceses y de todo el que tenga un poco de sensibilidad.

Gabriela Mistral me enseña los periódicos que dan cuenta de cómo los niños españoles refugiados en los

campos de concentración cercanos a Londres, recibieron la noticia de la caída de Bilbao.

La radio llevó la noticia: "Bilbao, Bilbao", y los pobres niños claman, se desesperan. Vienen de Madrid, han visto desfilar por sus retinas las escenas horribles que se suceden en Madrid, han visto caer a sus padres, y ahora la visión de estos niños de Bilbao, el sufrimiento de los padres de Bilbao les llega a golpear el corazón. Pero ¿es verdad? La noticia se confirma, vibra en el espacio, y los chicos enloquecen, imprecán y salen al campo y corriendo a la desesperada en su angustia atacan a las enfermeras y así llegan a las puertas de Londres, donde la policía tiene que librar una formidable batalla para reducirlos.

Madres francesas, buenas madres de todo el mundo: cayó Bilbao. Lo dice **El Fígaro** y **Le Matin** y lo repite **La Acción Francesa**, **Ce Soir** y todos los periódicos: "Bilbao cayó". Pero quedan los niños, estos niños refugiados en Londres, y los niños de España y los vuestros, señoras.

Mal día para las madres, hoy París habla de los niños y se estremece recorriendo las columnas de la prensa y piensa en ustedes, en la misión de ustedes, señoras; en la misión que les cumple realizar a las mujeres de todo el mundo frente a la muerte, al crimen de matar niños, de enloquecer a los niños.

¡Partir!

La noticia nos la da Pablo Neruda desde su mesa de comando del **Select**, y, tras una noche de inquie-

tud, sentimos su retransmisión desde lo alto de la mañana henchida de sol y de canto de pájaros que revolotean entre los árboles del Boulevard Pasteur: partir.

Barcelona, Valencia, Madrid.

¡Madrid! El corazón late con violencia; late henchido de presentimientos, de goce, de angustia.

No he escrito una línea, no llevo nada preparado.

Papel Social del Escritor, Dignidad del Pensamiento, El Individuo, Los Problemas de la Cultura Española—repaso los títulos del temario y todo me parece vago, insubstancial frente a la hora que vive España.

¿Podremos hablar en Madrid de **La Creación Literaria** o nos limitaremos a poner el corazón sobre ese corazón lleno de sangre y de vida?

Sobre la mesita de trabajo está el mensaje de saludo que los escritores de Chile envían a los de España. Y es mensaje de entendimiento, claro y cordial, y España tal vez quiera esto: entendimiento y cordialidad.

El Consulado del Perú se niega a autorizar el viaje de César Vallejo. El de Chile tiene otra actitud y puedo probar que no toda América es tierra de dictadura, de opresión.

Los trámites para obtener el pase de la policía francesa son largos, complicados y onerosos. Pero intervienen Louis Aragón, Tristán Tzara, y el Prefecto cede y en un par de horas tenemos nuestra visación en regla.

¿Quiénes no van? ¿Vallejo, Muhlestein; Seu, los alemanes, Donnini?

La policía vigila celosamente la frontera. Pero hay la resolución de partir, decidida, firme, y Aragón —él sabrá cómo— tranquiliza a los que se impacientan:

—¡Irán todos, absolutamente todos los delegados que están en París, y los que vengan!

Las horas se precipitan.

En la Embajada de España, el Excelentísimo señor Ossorio y Gallardo ofrece una recepción íntima a las delegaciones de todo el mundo que concurrirán al Congreso de Valencia.

Don Angel es católico; sirvió a la monarquía y sigue sirviendo a la legalidad. Junto a él se agrupan Ilya Ehrénburg, Julien Benda, Bergamín, Malraux. Vaillant-Couturier charla en otro corrillo, y hombres de todos los extremos, en el ambiente flota una saludable sensación de vida nueva, una sensación de porvenir.

—Adiós y buen viaje—nos despide el Embajador.

Casa de España, salimos en silencio a rodar por la noche, que tiene, como todas las noches de despedida, un sentido más denso que la de ayer.

Me entristece pensar que hoy subo por última vez la escalita retorcida que lleva al quinto piso de la casa donde usted, mi querido Alejo Carpentier, compone su música y escribe y amontona las cosas extrañas que ha ido reuniendo con su curiosidad de niño:

un pato articulado, un tolomiro, libros viejos, muñecos, tejidos, oraciones de los negros de su isla, y luego un piano, una victrola.

En sus dos compartimientos superpuestos uno sobre otro, como rincón de barco, que es su casa, resuena, cariciosa y sencilla, la voz de su compañera, y su bohemia se quedará ahí mirando al Sena, el Puente Nueve y las agujas de **Notre-Dâme**, mientras nosotros iremos lejos.

Despedirme de usted significa abandonar la Plaza Dauphine, donde yo me he sentado tantas tardes a contemplar los entrepisos desde cuyos balcones veía tomando el fresco a unos hombres gordos, apacibles, que fumaban su pipa en mangas de camisa, como los personajes de Balzac, como esos artesanos de que habla Bourget.

En la planta baja de su casa, Alejo Carpentier, hay — junto al almacén donde con Pablo y Raúl comprábamos los ingredientes para el arroz cubano que cocinaba Pita Rodríguez en su olla cubana — un viejo señor naturalista que se pasea, como el rey de una jungla, entre sus tigres, sus osos, sus leopardos, sus leones embalsamados. Gran barba, y **jacquet**, el viejecito, por la tarde, justo a la hora en que yo tomaba resuello para trepar a su quinto piso, comenzaba a cerrar la tienda; sacudía sus leones, les echaba una capa encima y luego se los quedaba mirando, con tanta ternura, que el espectáculo impresionaba por simple, por vulgar.

Mañana no quedarán más que los recuerdos de estas cosas amables que rodeaban su casa; pero maña-

na o dentro de muchos años es posible que nos encontremos y este huésped taciturno que dejaba hablar a los demás, sacará a relucir la "saudade" de su vodka y le hablará del pato, del arroz cubano, de la buena risa de Desiré, de la comprensión de su compañera, y evocará la reunión en que oyendo un cuento de Alberto nos cayó la noticia de la rendición de Bilbao. Alberto hacía la parodia de un velorio y Lacasa se reía de la gracia de Alberto, cuando entró Ugarte y no dijo nada; pero entendimos y echamos a andar hasta que la madrugada nos cogió allá por el "Chien qui fume", en "Les Halles".

Todo eso se lo diré algún día, mi buen amigo Alejo Carpentier, y usted se reirá o se pondrá triste, quién sabe. Pero se lo diré...

PARIS - CERBERE

—A las siete y veinte en Quai D'Orsay, ¿entendido?

—Entendido.

El reloj del hotel marca las siete de la tarde y el coche se pone en marcha camino a la estación, de donde arranca el rápido que nos llevará a la frontera.

Veinte minutos es un tiempo prudente; pero en esos veinte minutos ocurren las cosas más inesperadas, más extravagantes y los nervios comienzan a trabajar.

—Rápido, chofer; dos francos de propina si va de prisa—grita Neruda.

En la esquina de Montparnasse, las cuadrillas municipales han roto un trozo de calzada que en la mañana estaba intacta. Desviamos la ruta y se nos interpone un pesado carro de mudanzas con sus tres percherones que no quieren partir.

—Cinq francs, chofer; cinco.

Pero el mecánico, viejo cachazudo, se sonríe e invoca los reglamentos que en esta ciudad sirven para defender la vida del prójimo, y como no puede acelerar, blasfema y hace sonar el claxon al oído de

una señora que va empujando un cochecillo de guagua, justamente por donde debíamos pasar nosotros.

Fatalista, me entrego al destino y escucho las imprecaciones de Amparo Mom, la voz moderadora de González Tuñón, los gritos de Neruda que duplica la oferta con una prodigalidad escandalosa, mientras el vejete se rasca la cabeza y blasfema.

Nuestra hora de España está íntegramente entregada a la actitud de un chofer y oscila en el extremo de unos minutos que no quiero contar.

Es abominable y ridículo. Pero llegamos, y René Blech, estropeado el buen humor que lo caracteriza, nos empuja hacia la escalera mecánica y luego al tren que parte acezante por un túnel largo, interminable, hasta salir, ya en las afueras de París, a la noche cuajada de luces que oscilan y se borran en una curva del camino.

Exclamaciones en inglés, en ruso, en alemán y presentaciones en todos los idiomas.

¡No, Dios santo! Lo que yo quiero no son cumplidos ni palabras corteses, sino dormir, sacarme el cansancio de dos noches en que no he pegado los ojos. Betty, la excelente secretaria de la delegación francesa, no comprende mi angustia y se escuda con Blech, el organizador del Arca y dueño de las cabinas. Pero Blech ha recuperado el buen humor y, con la alegría, el apetito.

—Max Aub, intercede tú, buen Max—suplico.

Mi última noción de la realidad se pierde con un

convoy militar que dejamos en una estación del camino.

Cuando me desperté, Pablo Rojas Paz dormía sobre la litera alta del compartimento que me cediera Max. Un sol bonito llena la ventana y mientras me lavo, reposados los nervios, contemplo un médano de barbas grises que se distiende delante del camino.

Por la densidad de la luz — el reloj duerme — calculo que la carrera ha sido larga, y que han debido ocurrir muchas cosas después que perdí de vista el convoy militar.

Pálido y lamentable, surge en el pasillo la figura de César Vallejo y con él me encuentro a Eugenio Imaz, a Seu Ring-Hai.

—¿Y ustedes?

—Nosotros vinimos en el tren de las ocho y fué una catástrofe, porque no tuvimos carro dormitorio ni comedor, y luego, para combinar con el tren de ustedes nos dimos un plantón insoportable, en la madrugada, chico — protesta Imaz, el secretario de redacción de Cruz y Raya.

Empiezo a comprender la prodigalidad de Neruda, su admirable espíritu previsor, y lentamente voy ubicándome en la realidad que se identifica en esos rostros al recuerdo de gente que vi en las sesiones del P. E. N., en los salones de la Embajada de España, tal vez en Montparnasse.

Andersen Nexø, Alexis Tolstoi, Anna Seghers, Benda, Claude Aveline.

Dispuesta la línea de aproximación en un sentimiento de solidaridad que cala hondo en el espíritu, los

hombres de un extremo de América y los del norte de Europa, tienen esta mañana ese despertar humilde y cordial que enciende la vida en el corazón de los que por un mismo camino persiguen un ideal común.

Nadie piensa en sí mismo y a nadie le preocupa la idea de lo que pueda ocurrir cuando hayamos traspuesto la frontera, donde como el grito de "Finis Terrae" de los antiguos, hoy canta la angustia de lo nuevo y tienen esas voces resonancias alegres y estertores henchidos de misterios.

Diez minutos a Cerbère.

En la cabina de Diez-Canedo matamos el tiempo fumando, charlando. Un rollizo campesino francés, inclinado sobre la tierra, limpia su sembrado y nos ve pasar con la misma alegre indiferencia con que otros días oye detonar el cañón por encima de la montaña.

—¿Va a Madrid? — escapa la pregunta, un poco con la intención de sondear las posibilidades del viaje y otro poco por matar el tiempo.

—No, yo los aguardaré en Valencia. Quiero conservar de Madrid el recuerdo limpio de horror. En él tengo puesto mi cariño y toda mi vida de escritor y de periodista, y todas mis ilusiones. Ustedes irán, yo no podría hacerlo.

Y entramos a Cerbère sin ruido, adormecidos por la emoción que tiembla en los labios de Diez Canedo.

Policías vestidos como los de París, hombres que sufren la nostalgia de París, nos ven cruzar el andén con sonrisa complaciente.

—¿A España?

—Sí.

—¿Todos?

El sargento mira y tal vez piensa: "puede que haya algún cuerdo", y se retuerce sus mostachos agresivos dando tiempo a que se presente el iluminado, pero no ocurre así, y Blech lo desilusiona con su franqueza despiadada:

—¡Todos!

Un pitazo, una nube de vapor y por detrás de la tolvanera en que desaparece el expreso que nos trajo al través de la noche, surge el trencito español con su locomotora nerviosa y un carro destartelado.

Mientras revisan los documentos, observo hacia mi derecha a los primeros carabineros españoles que charlan amigablemente con los últimos soldados de Francia.

—¡Camerade!

—¡Camarada!

Bonita palabra, palabra de entendimiento, su elocuencia un tanto extraña se queda resonando en el oído como el acento metálico de un diapasón: camarada, cam...

La locomotora aceza, silba y un golpeteo sordo se entra por el oído, y ya no oímos nada.

POST-BOU

España

PORT BOU

Los resplandores de la mañana de Francia, como la luz de los cines al comenzar la función, van borrándose despacito en el ventanillo del tren. Despacito, como la claridad, como el zumbido del aire, callan las voces, y tensos los nervios, vamos ahora dejándonos rodar por un guión de tierra abierto en la masa de la montaña. Túnel internacional, desde la boca se perfila una raya de luz que se ahonda y oprime con sacudimientos de diástole y sístole.

Cerbère-Port-Bou, la barrera se reduce a unos pocos kilómetros, a unos cuantos minutos, que en el momento de cruzarlos, uno no sabe si son de separación o de acercamiento, a través de los que algún día puedan mirarse los hombres de los dos lados.

Política, derecho internacional, intereses económicos. La prensa de la mañana y la de ayer está llena de palabras aleatorias, de entrelíneas, y quién sabe...

Minutos interminables, la obscuridad pesa en los párpados como una interrogación que aumenta su volumen a medida que avanzamos por en medio de su noche artificial.

—¿No habrá nadie que quiera cantar, nadie que

inicie una conversación banal, cualquiera? — pienso, sintiendo estremecerse un brazo junto al mío que se estremece como deben estremecerse los otros, contando el tiempo jalonado apenas por el jadeo de la máquina.

Port-Bou: ¡Puerto del Buey!

Reluciente mañana de España, la brisa aclara los cristales e impulsando el ritmo de la vida que se ha detenido dentro de nosotros, siento resonar las voces de los compañeros, se encienden las pipas y los cigarrillos que predisponen a la amistad humean dejando colgar en el aire límpido sus eses graciosas.

El Mediterráneo, de un azul calmo y profundo que absorbe los reflejos del sol y el verde de la tierra, espejea entre los cerros, hacia lo hondo del terraplén, por el que vamos marchando con sigilo.

Jerga de la guerra estereotipada en el buen humor español, aprendo la palabra "tomate", que en el diccionario de la guerra significa obús.

Y en la falda cerrera ha habido siembra de tomates.

Rumorea el mar su lindo mensaje de amistad; pero a su vera, acallando la buena nueva, enanchece una sombra, y con esa jovialidad un poco brutal, un compañero que ha hecho su vigilia de armas en uno de los frentes de Madrid, comenta:

—Ya tienes la guerra a la vista; mira qué lindo "tomate" — y dibuja con el índice la huella que ha dejado en la tierra el obús cuya trayectoria no es difícil reconstituir, observando en lo alto del cerro una iglesia cuya torre se tambalea, abierta en oscuros jiro-

nes, y luego mirando el mar de donde partió el tiro, disparado desde la torre de combate del "Almirante Cervera".

El impacto ha removido los cimientos de la vía en un largo espacio, y dos, seis, diez casas destrozadas surgen en el camino. Gente inofensiva, pescadores y amigos de los pescadores de Francia, el obús los cogió dormidos y se los comió como se comió la Cruz que abría sus brazos en la torre de la iglesita, mirando al mar, al cielo.

Canto de esperanza, oigo llenarse la mañana con las voces de unos chicos que juegan y alborotan en medio de las ruinas donde la naturaleza comienza a florecer, pintando un poco de musgo, luego unas florecillas.

Ancianos, muchachos, todo el que es capaz de afrontar la defensa de la vida, lleva un fusil terciado a la espalda o una pistola ceñida al cinto.

El "mono azul", uniforme de combate y traje de labor, españolizado en el vocablo y en su sentido práctico, hace que no distingamos al ricacho del pueblo del marinero, lo que nos permite evaluar con exactitud las fibras esenciales de ese pueblo extrañamente aristocrático que no comprende más categoría que la de español.

Música vernácula en la que no incomodan los excesos del catalán, el idioma me liga en seguida a la cortesía de esos hombres alegres que cargan fusil

—Salut, camarada. Que sea bienvenido en España.

—Salut.

Ya había oído en francés y español llamarse camaradas a los muchachos y no me sorprende sentirme camarada ni creo que sea cosa del otro mundo que se digan camaradas los hombres de esta tierra sacudida por los cañones.

En la aduana declaramos nuestro dinero y me quedo solo, y luego camino solo por una calle en declive, donde va saliéndome al paso una manecilla y la palabra "Refugio", "Refugio".

Port-Bou, con su brazo de mar ceñido al talle de los cerros y sus casas bañadas de luz, ríe con una alegría inocente.

En una fonda humilde, pero limpia, fresca y espaciosa, me instalo con intención de hacer mi desayuno. No hay chocolate, el café escasea, tal vez faltarán la leche y la mantequilla. Pero el mesonero, la señora de la casa y dos lindas muchachas que atienden al servicio de la mesa, comprenden que su deber es proporcionarme desayuno, y poniéndose en movimiento componen con lo que tienen una colación que dista mucho de ser la de mi menú, pero que resulta agradable y tónica. ¿Dignidad? Sí, porque podrían quejarse, confesar que no hay aquello, que carecen de lo otro, y no lo hacen. Dignidad, porque al cancelar el importe de la consumación, la chica me rechaza la propina con un gesto de sorpresa:

—Acá no se acostumbra dar nada—dice, calando en mi extranjería.

Pueblo simple, donde caminando por cualquier calle se llega al sitio donde uno va, el ciudadano que me transmite el secreto, agrega:

—Si siente tiros, no se alarme, camarada. Estamos construyendo unas defensas y para ir de prisa empleamos explosivos.

Cercada entre el mar y la montaña limítrofe, Port-Bou, puerta codiciada, ha sufrido como pocos pueblos, las consecuencias de la guerra: de semana en semana los barcos rebeldes tiran sobre el pueblo, destrozan las defensas del mar, hacen blanco en el puente por donde van y vienen los víveres. Como nunca pensó en un ataque, estaba indefensa y ha tenido que improvisarlo todo en medio de zozobras espantosas, de castigos espantosos.

Un muchachote fuerte que vende salud y contento mira desde la superficie de una cartelera al hombre indiferente, al extranjero, y lo sacude con estas palabras: **Imita al héroe de tu pueblo.** Y hay carteles con caricaturas del enemigo, con consejos para proteger la salud de los niños, la vida de los niños, y por todas partes surge el llamado de la tierra que quiere brazos que reemplacen los brazos que faltan; brazos para producir pan para las trincheras, legumbres para las trincheras: **Camarada: emplea tu descanso del domingo en labrar la tierra.**

En la explanada que mira al mar hay dos hoteles y en torno a ellos gira la vida del balneario, que tiene más color que lujo y más alegría que opulencia. Los oficiales charlan con las muchachas del pueblo con una familiaridad simpática y al través de ese contacto de! café, se puede observar cómo estas mujeres llenas hasta ayer de prejuicios y sometidas a una disciplina secular, se han transformado hasta nivelarse con la

mentalidad de la mujer de cualquier parte del mundo, sólo que visten sencillamente y lucen la cara bonita o fea que les dió Dios.

En torno a nosotros comienza a establecerse el contacto con el pueblo que, curioso al principio, quiere saber lo que nos lleva a España, quiénes somos y luego pregunta lo que en nuestros países se piensa de ellos, de la revolución.

Hacia el mediodía arriba la caravana que cruzó la frontera furtivamente.

Seria Unter, catedrático catalán; el pintor Angeles, Rafael Dieste y una delegación de escritores traen la bienvenida de los hombres de letras de la Generalidad.

Un muchacho quiere saber cuál es Tolstoi, al que supone hijo del célebre novelista de **La Guerra y la Paz**, y se interesa por conocer a Ehrenburg y a los escritores rusos.

—¿Cuánto tiempo permanecerán en Port-Bou?

—Probablemente unas horas.

—Es lástima, porque los muchachos querrían pescar almejas para ustedes.

Frente al chinito Seu y a Koltzov, las caras se iluminan y un mundo de esperanza brota del fondo de las pupilas de esa gente humilde y sufrida.

Parecen enterados de las infamias que se dicen de ellos, "rojos", enemigos de Dios, porque con insistencia circula la pregunta:

—¿Ustedes qué creían encontrar acá? ¿Qué les parece ésto?

Con Enrique Díez-Canedo, hacemos el juego de

engañarnos y como si no viéramos nada ni nada pasara por nosotros, pedimos anís.

En medio de la charla apunta el nombre de Sara Hübner y luego el de María Monvel y el de Marta Brunet.

—Si se imaginara Marta — resume el crítico de *El Sol* — que en Port-Bou, en Port-Bou, a ocho mil millas o más de Santiago la estamos recordando con tanto afecto y simpatía. Dígaselo usted, Romero.

El almuerzo, sencillo y sin discursos, transcurre a orillas del mar. Los **auto-cars** que nos llevarán a Barcelona, aguardan a la puerta del hotel.

Pero algo nos impide partir, y ese algo es un corro de viejitas enlutadas y de niños y de hombres del pueblo, que han venido a interponerse delante de nosotros y miran con ojos húmedos la blanca cabellera de Nexo, los ojos claros de Spender y a Tzara y a Pillement.

Escritores, hombres que sienten, que pueden hablar.

Un muchachote alto, recio, despechugado, se abre camino por entre la multitud anhelante, y en francés, con una sonoridad dramática que debe alcanzar más allá de la torre que se ha quedado sin cruz mirando al cielo, habla, y sus palabras se pierden en el Mediterráneo.

...Nuestros hijos, nuestras mujeres...

Es el alcalde del pueblo y al llamado viril de ese hombre de manos encallecidas por el trabajo, responde André Champson, tremolante y viril.

Pueblo, pueblo.

Y no se ve más que un pecho que palpita, y una

lágrima que rueda por una cara rugosa, y un puño que tiembla en lo alto, y un niño, y un traje de luto, y una torre sin cruz.

¿España?

El auto sale al camino, trepamos la montaña y desde arriba ya no se oye nada.

GERONA

Gerona, la ciudad docta, de gran tradición intelectual, va cayendo delante de los ojos como las láminas de un códice; pero de un códice ilustrado por la revolución.

Por ser más vulnerable o porque matar y destruir ciudades abiertas tiende sólo a producir pánico, las bombas han mordido un extremo del pueblo, donde habita la gente humilde. Media docena de casas del suburbio aparecen deshechas y junto a ellas quedan los escombros oscurecidos de la muerte desparramados en un montón confuso.

El alcalde, que es un hombre joven, nos guía hacia el Ayuntamiento, donde se han reunido los intelectuales para darnos la bienvenida. Uno es pintor, el otro arqueólogo; aquel se dedica a la investigación histórica, el de más allá escribe versos. Visten de oscuro y las patillas blancas, las melenas blancas ponen de relieve miradas plácidas que se dirigen a nosotros con regocijo infantil.

Como la guerra ha removido el suelo de Gerona, estos viejos enamorados de la tradición tienen fiesta

permanente con los hallazgos que surgen del fondo de los sótanos, de las sacristías conventuales.

San Narciso, gloria de la iglesia de San Feliú, fué obispo de la ciudad, hace unos 1,600 años, y después de su martirio, unos ángeles le revelaron a Carlo Magno el sitio donde estaba el cadáver y Carlo Magno lo dió a Gerona para que inspirase a las almas. Cuando sobrevino la revolución, una comisión de sabios y de investigadores abrió la caja donde reposaban las cenizas del santo, y cuál no sería la sorpresa de estos hombres cuando en lugar de cenizas hallaron trozos de papel y unos guijarros.

—Ya les enseñaremos con calma nuestros tesoros. Queda mucho por hacer y por escribir, muchísimo — proyecta uno de esos patriarcas de la barba florida, mientras visitamos el Palacio del Vizcondado y la Catedral, dos poemas tallados en piedra con trazos perdurables.

—¿Ustedes no temen a la revolución?

—A la revolución, no. Ahora que a los destrozos, sí. Esta gente no tiene ningún respeto; incendiar el Prado se les da tanto como incendiar una choza.

Con mano temblorosa va siguiendo la línea de piedra de los arcos de la Catedral, donde escuché la leyenda maravillosa del Cabo Estopa, y algo sorprendente.

—El señor obispo tenía en las cajas fuertes treinta y cinco millones de pesetas, ¿sabe?, que cogimos en metálico.

—¿Y el pueblo?

—Usted puede enterarse: el pueblo no ha tocado

nada: las telas, los retablos, los vasos sagrados, las obras de talla se conservan sin un rasguño.

En una tierra pobre, donde los labriegos trabajan con elementos de labranza primitivos, y la gente sufre necesidades materiales y espirituales, mientras el santo obispo amontona millones de pesetas, se comprende una reacción violenta contra el clero, contra el mal clero, contra los que faltan a los principios de su misión cristiana.

Desde lo alto de la escalera de la Catedral, miro la ciudad con sus calles torcidas, y comprendo por qué el obispo no está donde debería estar, por qué ha habido saqueos, por qué España desde mucho antes del 18 de julio, y mucho antes de que surgiera el fantasma de Moscú, ya quería cegar la fuente del mal y asaltaba iglesias y las incendiaba.

Un viejo pintor, con ayuda de una lupa, está retocando una vieja tela. La Catedral de Gerona, convertida en museo, resuena bajo los arcos como un órgano misterioso en cuyos tubos se entra la tarde con sus reflejos violeta y anaranjados.

Un furgón de soldados pasa trepidando por el camino.

—Vengan con nosotros; vamos al hotel.

El Ayuntamiento ha dispuesto yantar para las visitas: vino de la tierra, fiambres.

Es lo más moderno de esta Gerona rugosa como lámina de misal, y comemos de prisa.

Un compañero — los compañeros suelen perder la memoria—reclama repetición de jamón.

El mozo, que sabe que en Gerona hay muchas bo-

cas que querrían comer jamón y otras un simple pedazo de pan, lo mira sonriente: "Vaya un tío loco"—se dice; pero el hombre insiste:

—Más jamón, otro poco de jamón.

Yo apuesto por el camarero, a quien veo venir después de un rato con la fuente. Coge un poco de fiambre y tirando sobre el plato la rebanada de jamón, exclama:

—El señorito parece que tiene hambre, ¿verdad?

Con lo mal que se han portado los señoritos y el hambre que anda por ahí mordiendo los estómagos, aquello suena a sorna. Pero el camarada no se da por entendido y engulle su fiambre mientras yo me guardo en el bolsillo el capital de la apuesta y la ganancia.

NOCHE DE BARCELONA

La resistencia principia a ceder trabajada por ese primer día de rodar por carreteras jalonadas de pueblos, de poblachos y ciudades en los que, como las caras y los nombres que retenemos a medias, se renueva la emoción con un vertiginoso galopar de imágenes. El calor, seco y constante a pesar de la proximidad del mar, enerva los sentidos y hay que hacer esfuerzos incontables para mantener viva la atención ante el paisaje que se desplaza en medio de campos dorados de olivas y terrenos de siembra donde trabajan con actividad desesperada los niños y las mujeres y los ancianos para alimentar con sus frutos a los que pelean en los frentes o a esos otros héroes que de sol a sol sirven en las fábricas de guerra.

Pueblo guerrero, históricamente guerrero, pero no militar, la etapa de organización de las fábricas destinadas a servir fines de guerra, ha sido dura y trabajosa y, en ella, Cataluña ha tomado parte activa desde los primeros meses de la revolución.

A las diez de la noche, camino del Paseo de Gracia, entramos a Barcelona.

Eugenio Imaz, gran compañero de viaje y mejor amigo, sacude mi cansancio:

—Y, ¿qué tal? ¿qué dice España?

Trato de resumir la impresión del día lo más concretamente que puedo y mirando hacia Port-Bou, respondo:

—Como espectáculo, me parece excesivo y hasta un poco brutal. Pero lo importante es que nosotros hemos venido invitados para participar en un Congreso y el Congreso lo están haciendo ustedes.

Barcelona es una ciudad populosa, activa y cuando entramos por su noche tibia, da la impresión de capital donde por el día ha ocurrido algo, que puede ser un incendio o un temblor de tierra, un crimen sensacional o una manifestación cívica.

Para defenderse de los bombardeos, el alumbrado de las calles, en noches que no hay alarma, se reduce a unas bombitas que los vecinos colocan en las puertas de las casas de manera que la luz caiga sobre la acera en forma muy suave.

Una multitud expectante y silenciosa vaga por en medio de las anchurosas avenidas con paso tranquilo, y los coches, los furgones atestados de milicianos, las motocicletas del servicio de patrullaje, las ambulancias, siguen el mismo ritmo ordenado que da a la ciudad un aspecto tranquilizador. Uno piensa que se puede dormir allí y salir a la calle y frecuentar un café sin que le ocurra nada desagradable, salvo caso, naturalmente, que haya bombardeo.

Clima propicio a la insurgencia, Barcelona, industrial y laboriosa, es la capital de problemas muy serios,

de inquietudes muy intensas y muy serias también que han ido resolviéndose a costa de mucha sangre.

La alegría de gran ciudad que la caracterizaba se ha transformado en alta potencialidad de trabajo y de cultura. Los títulos de los periódicos se multiplican, se multiplican las ediciones de libros muy cuidados, de folletos de divulgación científica.

—A su regreso de Madrid visitará usted nuestra Universidad, la Exposición del Libro Catalán, la Casa de la Cultura, los sindicatos; luego le enseñaremos algunos teatros y oirá a nuestro Pablo Casals y asistirá a una fiesta folklórica.

El auto-car confunde con otro el coche que llevamos de guía y siguiendo al de un señor cualquiera, vamos a dar a una calle lejana, lo que nos permite recorrer una parte considerable de la ciudad a través de calles bien pavimentadas.

A media luz, funcionan cafés, confiterías, restaurantes, y en medio de esa agitación banal, se insinúa la del trabajo, incesante y febril.

De los secretariados de las agrupaciones políticas cuya abundancia constatamos mirando las carteleras donde hay trazadas grandes iniciales que corresponden a la abreviatura del nombre de la organización, salen constantemente muchachas que llevan bajo el brazo abultadas carteras portapapeles y libros y folletos.

El comentario de uno de los compañeros de viaje me pone en guardia con respecto a dos aspectos de la vida catalana que no quisiera tocar, y que se refieren el uno a la política y sus derivaciones y el otro, a la

beligerancia fomentada un poco artificiosamente tal vez entre catalanes y españoles.

La tierra, el aire, todo me parece tan empapado de sugerencias y de vitalidad, hay tanta sangre en este corazón de España, que sería insensato echarse a formar nubecitas de polvo entre nubecitas de polvo y no ver, no oír el estremecimiento de la calle, el alboroto humano.

El Gobierno de la Generalidad ha hecho poner guardias armados a la puerta del hotel donde nos acogieron periodistas y fotógrafos con un fuego cerrado de preguntas y fogonazos de magnesio.

La impresión de guerra que sintiéramos al poner el pie en Port-Bou, se confunde en la suntuosidad del hotel donde veo gente que lleva traje de ciudad, un conserje uniformado y camareras graciosas.

¿Será que "no es oro todo lo que reluce"?

Los pisos van pasando delante del ascensor y los ojos se me cierran de sueño.

LO QUE QUIERE UN CHOFER

Los tiros de las asonadas callejeras y de los fascistas han respetado a los pájaros del Paseo de Gracia, y sobreviven los gallos para lanzar al oído del viajero su canción matinal.

A las ocho y media o a las nueve continuamos la ruta hacia Valencia. Quiero aprovechar los minutos para divisar la ciudad, que empieza a agitarse y recobra al oído su prestigio de capital alegre y activa.

La brisa del mar sopla sobre el cristal luminoso de las primeras calles llenándolas de una canoridad que no se parece a la de las ciudades donde la gente trasnocha y vive una existencia de placer.

En los quioscos de periódicos están desdobladas, para exhibirlas ante los ojos del que quiera leer, esas grandes hojas henchidas de noticias — muchas tachadas por la censura — que atraen al mundillo madrugador: obreros, bonitas muchachas del pueblo, milicianos. Las niñas del taller, y ahora las señoras de linaje, mantienen la tradición del peinado que lucen con su gracia natural.

Pero en la ciudad condal, como dicen los cronis-

tas, no son sólo los pájaros y las sirenas fabriles los que madrugan. Madrugan las radios con sus potentes altavoces, las radios que completan las informaciones del periódico, y que escucha el pueblo en los cafés y en las horchaterías.

El Gobierno de la Generalidad no cesa de mantener una estrecha conexión con la masa, la informa de lo que ocurre en el mundo, la sacude, la excita.

Sede hasta ayer de un vasto mercado de publicidad pornográfica desarrollado con fines de exportación, las imprentas de Barcelona tiran ahora millares de libros, de folletos, de periódicos y revistas de contenido especialmente político. Hay fiebre de lectura y el "Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya" orienta su acción a hacer del libro y de la obra de arte y del conocimiento humano un don que esté al alcance de todo el mundo.

La estadística es siempre un poco fría; pero por encima de los números surge el hecho del hombre que lee en el tranvía, en el café, yendo por la calle; el hecho del hombre orientado, el del campesino que sabe lo que es un escritor, el del pescadorcillo que se interesa por conocer a un Alexis Tolstoi a quien supone hijo de León Tolstoi, al que admira; y esto no es estadística y tiene un sentido más profundo que la fría realidad de los números.

Un obrero vestido con su blusa de trabajo, que lee un libro de Marx mientras se desayuna en la terraza de un café, me recuerda las palabras de un labriego de Castilla:

—Antes de la revolución, yo era un bruto; ahora me siento un hombre.

En el barrio comercial tomo un taxi (en Barcelona funcionan los taxis y los tranvías con bastante regularidad).

Arrellanado dentro, surge el problema: ¿dónde ir? Frente a esta cosa inesperadamente ridícula, confío mi curiosidad al chofer y me entrego a su decisión:

—Quiero dar vueltas hasta las ocho y media; conocer un poco la ciudad.

El hombre presiona el acelerador, rápidamente cruza las Ramblas, deja atrás la gran Plaza de Cataluña y sin darle mayor importancia a las casas que llevan el sello de Gaudí, el arquitecto intérprete de las masas, que ha dado a Barcelona un tipo de construcción extraño, como los rascacielos de Río de Janeiro, corta la ciudad en línea recta, y como ante cosas de un interés muy relativo, le oigo decir:

—El Ayuntamiento, el Palacio de la Generalidad.

Y así llegamos hasta un paso a nivel donde mi conductor se detiene y me invita a bajar para enseñarme un puente perforado por un obús que cortó la vía y ha sembrado de metralla la fachada de los edificios vecinos.

—Esta es la obra de los civilizados; mire usted lo que hacen estos hombres — y rabiosamente diseña con el índice los bordes de la enorme pupila encostrada en el suelo.

—¿Muchos muertos?

—Hombre, sí. A los catalanes nos acusan de fal-

ta de espíritu de sacrificio; pero peleamos, producimos y vea esto...

¡La obra de los civilizados! Comprendo que el camarada quiere darme una impresión escueta de la revolución y como un guía inteligente de la Empresa Cook trata que ese croquis sirva para que lo enseñe a la gente de mi país a fin de que se entere de lo que está pasando y de que las cosas no son como nos las pintan.

Barcelona tiene un conjunto hermoso; pero las casas me parecen un tanto de mal gusto por su arrogancia y su exceso ornamental que habla de exceso de dinero.

Rodando por barrios elegantes salimos hasta otra plaza, donde el conductor me enseña una alta columna.

—Aquí tiene usted un cura — exclama el hombre;—pero era un cura honrado y por eso le hicieron este monumento y como el pueblo respeta a los curas que son honrados, respetó éste.

Miro hacia lo alto y veo surgir la figura elevada y serena de Jacinto Verdaguer. El camarada ignora al autor de los *Idilios* y *Cantos Místicos*, al autor de *La Atlántida*, que quiso elevar a la dignidad de idioma la lengua catalana.

Verdaguer era honrado y pobre; Verdaguer no tiró sobre el pueblo como han tirado los señores curas parapetándose en las ojivas de las iglesias, y el hombre trata de salvar la responsabilidad popular.

Por detrás de una calle surge la fachada monumental de la Santa Familia, que Gaudí no alcanzó a

terminar. Es también excesiva y con perdón de los catalanes pienso que está bien como recuerdo, así sin terminar.

—Este monumento es una iglesia ¿sabe usted?; cuesta muchísimos miles de pesetas y a nadie se le ha ocurrido derribarlo porque es un monumento. Cuando acabe el jaleo, lo terminaremos de construir—afirma el buen hombre empleando el plural con esa certeza del que se siente incorporado a la dirección de la cosa pública.

Pero falta algo y el ciudadano que no quiere enseñarme a medias el panorama, me lleva hasta una de las tantas iglesias incendiadas de Barcelona.

—Esto no valía nada y la tiramos como tiramos la estatua de Prim y la del Marqués de Comillas, que era negrero y estorbaba como una vergüenza, como estorbaban estos curas—dice.

Gran tipo, en la puerta del hotel nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

—¿Cuánto se debe? — pregunto.

—Cómo deberse, no se debe nada, sólo que el taxi ha de marcar alguna cosa, veamos.

El coche se pierde por entre los árboles rumorosos del Paseo de Gracia; pero en la palma de la mano queda palpitando algo durante mucho tiempo, y no sé definir qué es.

HACIA VALENCIA

En las aldeas próximas al mar nos reciben con la noticia que circulaba en Port-Bou y en los pueblos vecinos:

—El "Almirante Cervera" ha estado hoy acá y ha tirado sobre las casas.

—Al amanecer bombardeó el "Almirante Cervera".

En uno de estos pueblitos donde nos hemos detenido a charlar con la gente que se reúne en la fuente de la plaza, un vecino se acercó a preguntarnos si en el trayecto no habíamos divisado al "Almirante Cervera", con tanta naturalidad que parecía estar indagando el paradero de una res perdida.

El hecho se repite donde uno quiera que vaya y como dudásemos de su efectividad, un hombre que parece ser uno de los médicos de "El Rey que Rabió", se expresa:

—Tal vez no sea el "Cervera" el mismo buque: uno eso no lo sabe nunca. Pero la táctica sí que es igual; la trajeron los fascistas y no nos libraremos hasta que no caigan todos estos cabrones que se han entrado en España para envenenarla.

Buque fantasma, a la gente no le interesa ya las banderas sino la brutalidad y de eso el Comité de no Intervención no sabe nada y hay que ir a los pueblos a oír lo que dicen los aldeanos para enterarse de la clave que está haciendo del buen Sancho sesudo un excelente traductor del Derecho Internacional.

BENICARLO

Desde el Albergue que el Patronato del Turismo tiene instalado en Benicarló, contemplamos el mar, azul como el cielo, calmo como el cielo. Peñíscola se entra en el agua con su montoncito de casas claras, y sobre Peñíscola se levantan los torreones del Palacio del Papa Luna, la prisión del testarudo aragonés.

España contra Roma. Roma contra España.

Una antena beligerante alza su brazo emblemático desde lo alto de una de las torres.

—Ha sido una lástima que este concilio de escritores no haya podido celebrarse a la sombra de Peñíscola. El sitio es hermoso y el momento que vive España se presta admirablemente para que los escritores proclamen su cisma donde don Pedro de Luna proclamó el suyo.

—Podríamos quedarnos.

—Sería peligroso y hay que ir a Madrid.

En el rostro de Benda, el viejo filósofo francés, resbala una sonrisa llena de bondad. Corpus Barga fuma su pipa y otea silencioso el horizonte por donde deben de navegar barcos que ve él solo y a los que aguarda con el corazón anhelante.

Por el camino se acercan unos motores cuyo run-runeo crece y decrece según el viento. Luego se oye abrirse una risa a la que le salen al encuentro palabras de bienvenida...

—Es Alberti, ha llegado Rafael Alberti.

Con Alberti se aviva nuestra emoción de España. El "mono azul" le cae bien como la mefena, como su risa ancha, como el entusiasmo que lo agita y empuja hacia nosotros.

—A almorzar, camaradas.

Hasta Benicarló hemos marchados despreocupadamente, quién sabe si con abuso de despreocupación, y los camaradas españoles lo advierten y despachan los auto-cars.

—El viaje en automóvil resulta más rápido y cómodo — oigo decir, y presiento lo demás:

—Es más seguro, y si hay novedad, las consecuencias las sufriría un coche y no los treinta pasajeros que caben dentro del ómnibus.

¿Peligro? No sé; la cosa me repugna. No querría ser héroe. Como los demás, comprendo que sobra la palabra y que sobra la intención, todo.

Nuestra tarjeta de visita puede quedar en el saquito del destino donde todos los días ponemos nuestras cosas sin que suceda nada de particular.

Benicarló, Peñíscola.

Sobre el marco dorado de la tarde brillan unos montoncitos de piedras blancas que se entran al mar como el engaste de una linda joya que vamos dejando atrás rápidamente.

VIEJAS, VIEJAS

España se ha depurado de muchos excesos.

La muerte es simple, el dolor es simple, la amistad es simple, y los niños juegan a la guerra y a la muerte con alegría, y las mujeres, con un traje negro y una pañoleta negra en la cabeza, se han vuelto cara a la pared y están trabajando para los huérfanos, para los milicianitos.

En el camino he visto a miles de estas imágenes de la Pasión. Están calladas y en su silencio el viajero saluda a las madres heroicas, a las mujeres que todo lo dieron antes de que la muerte viniera a pintar rosas de sangre sobre el rostro calizo de los muros españoles...

¡Hora de los jóvenes, hora de los niños, hora dispuesta como un gran ramillete de pétalos rojos y de pétalos blancos sobre el corazón del porvenir, estas viejecitas admirables son la maldición más tremenda con que pueda abofetearse la conciencia de los que han dejado tanta anciana de luto abandonada en los caminos!

Trapos negros, manos blancas, anochecer sin ma-

ñana de las nobles viejas españolas, la vida canta en la carretera, y ellas, que escuchan la buena canción, la dejan ir por los caminos como dejaron marchar a sus hombres, a los muchachos que se fueron con sus hombres una mañana de Julio, de Agosto; una mañana llena de sol y urgencias cuyo sentido el pobre Alcalde quiso explicar a los habitantes del pueblo y no pudo, porque la guerra se acercaba encendiendo los campos y en el cielo se cruzaban los disparos.

Una vieja, dos, mil. El camino es largo, largo, y en cada pueblo asómanse al camino esas viejitas que miran a la pared y callan, suspiran, cosen.

PACO

Los camaradas choferes del cuerpo de carabineros que conducen las máquinas desde Benicarló, son la abnegación misma, la generosidad misma y si discuten entre ellos y con el sargento que dirige la caravana — veinte o veintitrés máquinas — no es por el gusto de reñir, sino por disputarse la ocasión de prestar algún servicio o porque uno estima que el otro no lleva el coche con la velocidad reglamentaria.

Como no podría hablar de todos, me referiré a Paco, que por locuaz, por agudo y por buen camarada ocupará más adelante algún espacio en estas notas, en las que debería figurar Miguel, ese miliciano alto, sonriente y dispuesto siempre a ir al fin del mundo con uno, y del gordito que tutela a César Vallejo y siempre tiene un sitio que ofrecer y una buena palabra para los escritores.

En la guerra el automóvil ha tenido una participación importante y estos muchachos se han disciplinado y robustecido los músculos y el coraje a fuerza de correr por los caminos en medio a veces de la metralla, a veces resbalando en la nieve.

Paco me tomó en Benicarló y será mi compañero de mesa y de alojamiento en las paradas que hagamos.

—Si quiere venir en el coche, hay un buen sitio que podrá tomar usted.

—Pero un sitio ¿con quiénes? — vacilo.

—No sé quiénes son los otros — miente Paco—. Pero usted irá conmigo en la dirección.

Y así echamos a andar y andando compruebo que los pasajeros de Paco son un novelista ruso, un rumano y dos franceses que van mirándose las caras y no saben cómo iniciar la conversación.

Cuando Paco cae en la cuenta, se dirige a mí y me dice, descubriendo el truco de su amabilidad:

—Estos camaradas están muy bien donde los he puesto; pero que a mí no me den tios de éstos, porque uno tiene que ir con el pico cerrado y eso no puede ser, ¿verdad?

—Ciertamente, Paco—divago.

Al término del primer kilómetro nos tuteamos con Paco, que es caballero español y luce en la gorra la estrella roja de los milicianos de la República.

NIÑOS EN LA GUERRA

Cuántos libros, cuántos lindos y dolorosos libros podrían escribirse de estos niños que juegan a la guerra y cantan a la guerra, imitan su ferocidad y se enloquecen sintiendo volar los aviones y silbar los obuses.

Una noche se encuentran sin la madre. Otra ¡qué vida! son los hermanos mayores y el padre y la casa ¡hasta la casa! los que no están en su sitio.

Colectivamente locos en Londres, acá, en la propia tierra, caen y ven caer y así van endureciéndose y haciéndose hombres.

La onomatopeya de la guerra preside sus juegos, y van de luto y hacen unos de milicianos y otros de fascistas y como si fueran aviones de verdad le gritan a uno cuando algún muchacho imita la vibración de la hélice:

—No temas, camarada, es avión de los nuestros y te dejará ir.

Pero la travesura suele cobrar realidad y es lo mismo, porque los muchachos han aprendido a conocer los tonos que diferencian el disparo de un obús y el de un mortero y saben bien de dónde tiran las baterías y si hablan, italiano o alemán los cañones.

Las mujeres que pelearon en el cuartel de la Montaña tan bravamente como los hombres, cuidan de estos niños que el decoro nacional no quiere dejar que vayan al extranjero a lucir miseria y caritas tristes, y en las Guarderías situadas en los pueblos donde no hay peligro, ellas los educan, los orientan para que sepan dirigirse en la vida.

He oído hablar por todas partes de la España nueva de los niños; pero se podría ir más lejos y hablar de la de los hombres, de este espíritu de solidaridad humana que está surgiendo de entre las llamas de la guerra.

Un caso: las diez mil latas de conserva obsequiadas por los dueños de los frigoríficos argentinos llegaron descompuestas a las tropas rebeldes porque los obreros agujerearon el envase.

Y André Malraux, teniente coronel de la aviación leal, comprobó en uno de los bombardeos que las bombas enemigas caían una tras otra sin que estallasen. Como les llamara la atención el hecho, desarmaron una de las piezas y en la espoleta apareció un papelito escrito en portugués con estas palabras: **Camaradas, este obús no explotará.**

Volviendo a los niños, a estos niños contra los cuales tendrá que estrellarse el cañón, yo podría contar muchas cosas que he visto en la terrible España "bermella" que quitaba el sueño al buen caballero portugués del "Almanzora".

Con Nicolás Guillén sorprendimos a un chico paseando por la plaza de una aldea. Nos llamó la atención su arrogancia, su aire de desafío y fuimos ha-

cia él, o mejor dicho, él vino hacia nosotros y para que lo viéramos se puso en jarra y cruzando delante de nosotros nos enseñó sus brazos de biceps mal dibujados. Con tinta, escrito en caracteres que no acusaban una caligrafía muy cuidada, leímos esto en el brazo derecho: **Muera el fascismo**, y en el izquierdo: **No pasarán**.

Y en una taberna de Castellón a la que entramos en busca de agua gaseosa para aplacar el calor del camino, mientras los hombres leían algún periódico o discutían temas de guerra, afuera sentíamos cómo los rapaces resolvían sus conflictos.

—Estos chicos de Madrid se entienden con los nuestros, como ustedes lo oyen — quiere excusarse el dueño del mesón, y llama al que parece hacer de jefe de la pandilla.

—¡A ver, tú, Andrés, a callar!...

Andrés no parece un hércules sino un chico recogido. Viste delantal de lustrina negra y en la mano empuña un fusil de madera; un fusil sugerente por la perfección con que ha sido trabajado.

—Oye, Andrés — lo abordo — ¿tú hiciste esa escopeta?

—Yo; pero no es una escopeta; este es un fusil— responde el chiquillo.

Luego Andrés se queda silencioso mirando al suelo, mientras los compañeros de juego me observan y observan al chico con un interés extraño.

No sé qué pensar de este Andrés que parece un poco solemne, un poco petulante. Pero uno de sus camaradas toma la palabra y diciendo lo que Andrés—

ya comprendo — no quiere confesar por dignidad, exclama:

—Al padre de este niño lo fusilaron los fascistas y su hermano se está muriendo en un hospital, camarada.

Resuelto el problema, Andrés alza la cabeza y encarándose conmigo confiesa la historia del fusil que le llevaba costadas noches y noches de vigilia.

—Hice este fusil porque yo tengo que matar muchos fascistas, sabe usted.

En un arranque de ternura equivocada para con ese niño que reclamaba besos de mujer o un buen apretón de mano, intenté darle unas monedas. Pero Andrés las rechazó:

—No, camarada; yo no necesito tus perras.

¡Niños, niños! Qué bonitas historias, qué cuentos amargos vais a contar cuando la vida os ponga unas cuartillas por delante.

Tú, Andrés, dirás la tuya, y el chiquillo de Castellón llenará otro capítulo, y todos escribirán algo para que se fastidien los que nunca han pensado en ustedes, buenos muchachos.

ENCUENTRO DE VALENCIA

El 14 de Abril, después que usted llamó por teléfono y después que yo escribí las notas aquellas sobre el "abuelito español", charlamos de Valencia, María Zambrano, y usted me dijo: "Cuando conozca Valencia, las huertas de Valencia y sus arrozales, comprenderá que en España queda mucha alegría y mucho optimismo que son las reservas del pueblo".

Paco, locuaz y alegre, no me ha dado tiempo para reflexionar en las palabras de usted y sólo acá en Valencia las he recogido y comprendo que tenía usted razón, y constatación pueril, me he dicho: estoy en Valencia, y luego la he visto a usted y a Alfonso, siempre inquieto, siempre preocupado, siempre con minutos de menos para hacer cosas que suelen estar de más.

En Valencia estaremos poco tiempo, esta vez, y me asalta una duda: ¿conoceré Valencia, su alegría?

Presagios, más presagios, mientras María sale un momento con Alfonso, me he quedado solo en el salón-biblioteca de la casa de la Cultura y por una ventana miro hacia la calle de Trinquete de los Caballe-

ros, que es hermosa como la ilustración de un libro de Lope de un verso de Calderón.

Un calor húmedo y tremendo sube por esa ventana sin aire.

Uno de los camaradas ofrece café, refrescos, y por los pasillos se anima el Romancero de la Revolución: León Felipe, Serrano Plaja, Altolaguirre, Miguel Prieto, Antonio Aparicio, Emilio Prados, Miguel Hernández.

Debe ser tarde y hay que distribuir el alojamiento como se pueda.

Valencia ha duplicado su población y los hoteles y las alcobas faltan para albergar a los refugiados y a los funcionarios que integran el Gobierno.

Un camarada grueso, calvo, grita desde la antesala:

—Pero, ¿no han sentido ustedes?

—¿Qué?

—Los aviones. Nosotros estábamos en la playa cuando empezaron a tirar. Yo les disparé con mi pistola... Luego se marcharon.

Con su estampa de santo laico y su entusiasmo infantil, Acario Cotapos quiere *terminar su narración; pero Acario nunca puede terminar nada suyo, porque se debe a su cordialidad, a su gracia, al anecdotario que lleva consigo con una abundancia prodigiosa; y lo reclaman de todos lados y lo asaltan las preguntas.

El drama de Acario radica en la falta de jabón; el mío va a ser la ausencia de tabaco, que son las dos cosas que no tiene Valencia, ni las encuentra uno en ninguna parte.

¿Jabón? ¿Tabaco? El problema es serio. Lo resuelvo ofreciendo al buen Acario unas dos pastillas de jabón, que deben andar en mi maleta; pero éste no fuma y el propósito se frustra.

El chiquito de Miguel Prieto me encañona una pistola, y, serio, amenaza:

—Tú eres fascista, ¿verdad?

—No, ¿por qué?

—Porque no te conozco.

—Miguelito, Miguelito, no seas fastidioso — protesta el padre.

Y Miguelito obedece al llamado y en la sala queda flotando una anécdota del chiquillo, que se refiere a los días en que bombardeaban Madrid los aviones de Franco, y Miguelito, en brazos de su madre sintiendo caer los obuses, señalaba al cielo con el dedo y hacía callar a los que se permitían acariciarlo, creyendo que con un palmoteo le infundirían valor.

Frente a la ventana comienza a oscurecer la calle.

Arturo Serrano Plaja me explica la dirección del hotel.

—El "Munich", dé su nombre...

Pone unos puntos suspensivos y como una cosa tremenda que no quisiera revelar, nos informa de que por esa noche quedaremos sin quitarnos el polvo del viaje, porque las maletas han ido a Port-Bou desde Barcelona y no hay manera de recuperar el equipaje.

Alta y con muchas estrellas, la noche emboza a la ciudad con un silencio impresionante. A tientas roda-

mos a lo largo de la calle retorcida que se abre sobre las sombras de otra calle ancha y silenciosa.

La radio, desde Madrid, comunica las novedades del día con una vocecilla en sordina que escuchan los vecinos arrellanados en el marco de las puertas.

—Es por aquí el hotel — rectificamos la ruta.

Un viejo sereno se llega con un manojo de llaves que tal vez ha cogido de la utilería de algún teatro donde se dan las obras de Tirso, y franqueándome las puertas de la casa, dice su saludo:

—Que descanse, camarada.

Buen deseo de España, de esta España cansada y vigilante que conserva sus serenos y su hidalguía, este viejo a quien le han quitado su farol, me parece un símbolo respetable al que hay que responder con otro buen deseo y un apretón de manos.

DOS ANECDOTAS

El tabaco, el jabón y el azúcar escasean, no obstante lo cual la gente fuma y se lava, y hay buenas tiendas de refrescos donde uno puede tomar una jícara de chocolate o una horchata como en tiempo normal. Pero para ello hay que conocer los secretos de ciertos mecanismos y estar atento a cómo funcionan las oficinas de aprovisionamiento donde hacen cola los vecinos días enteros para proporcionarse un poco de tabaco ordinario o un puñadito de azúcar.

Leonor, la excelente camarera del hotel, mujercita de Madrid, viuda desde hace unos días, porque al marido lo cruzaron a tiros en el frente, viene muy temprano trayéndome tres cigarros puros, una media docena de cigarrillos de tabaco habano liados a mano y picadura:

—Mi hombre fumaba de lo bueno y esto es fresco. Tome usted y no lo dé a nadie porque no encontrará nada parecido en España.

Quiero retribuir su generosidad y tropiezo, como siempre, con la actitud digna de esta gente proverbialmente desinteresada que todo lo da con señorío y con señorío retira la mano si se habla de propina.

Paco viene por mí:

—¿Te has desayunado?

—No.

—Entonces andando.

Hermosa mañana de Valencia, cruzamos la ciudad por la parte más moderna, que se resuelve en calles anchas con comercio que parece tan elegante como el de cualquier capital del mundo. Como es domingo, las puertas permanecen cerradas y salvo los quioscos de periódicos que son grandes y tan surtidos como una librería, la actividad a esa hora gira sólo en torno a las horchaterías, las cafeterías y las casas de comida, donde, como luego puedo comprobarlo, la gente come y come bien, abundantemente.

—¿Café, té, chocolate, churros?

El público se sienta donde quiere o donde puede, sin buscar exclusividad ni hacer distinción de categoría, y cada cual habla de lo que se le da la gana y deja que los demás hablen lo que quieren, sin mezclarse en la conversación. Con Paco nos instalamos en una mesa de obreros que discuten cuestiones sociales. El establecimiento está controlado por el sindicato de gente de hotel y el dueño y los servidores participan de la ganancia.

La muchacha que nos atiende resulta amiga de Paco, que la reconoce y la habla de Madrid.

—Nosotras, con mi hermana, nos hemos quedado solas y estamos acá, trabajando, ¡qué hacerle!

Aunque parezca lugar común, es linda esta niña, y la hermana tan linda como ella, y nuestro chocolate, en medio de esta atmósfera de igualdad, de igual-

dad nivelada por el señorío de la gente, sabe a franqueza, a lealtad abierta de par en par. Paco, mi amigo Paco, el camarada Paco, alega su amistad con las chicas y no acepta que pague el consumo.

Mientras Paco va a recoger el coche, me quedo solo y en este minuto se me ocurren las más amargas reflexiones acerca de mi desaseo, de la cara indecorosa con que voy a presentarme a la sesión inaugural del Congreso.

Hacia mí viene un muchacho de "mono azul", pistola al cinto. Lo abordo:

—¿No habrá una peluquería a mano donde pueda afeitarme, camarada?

—Hoy es domingo y no encontrará usted nada abierto. Pero eso no importa: venga conmigo y lo llevaré a casa y se afeitará usted.

No sé qué pensar, y sorprendido hasta el aturdimiento me dejo llevar en un coche que maneja el muchacho con rapidez. Después nos detenemos frente a una casa de muchos pisos, y allá por el quinto se abre una puerta y entramos a un departamentito limpio y luego vienen a saludarme la madre y las hermanas de ese hombre, al que no hay más remedio que llamar amigo, o mejor, camarada.

—Hemos tenido que meternos aquí donde nada queda bien, — se excusa la señora, mientras el camarada desaparece y luego asoma trayendo un tazón con agua caliente, la brocha y una navaja.

—Hombre; usted se va a reír, pero yo no sé manejar una navaja y le confieso que no podría afeitarme con nada que no fuera una máquina de seguridad.

El camarada se rie, en efecto, y señalando una butaca, dice:

—Tengo el pulso firme, siéntese usted y lo afeitare yo.

La faena sale rápidamente. No se me ocurre qué decirle, y a él posiblemente, no se le ocurre que uno pudiera decirle nada.

En la Casa de la Cultura cuento el episodio.

—Sabe, a mí me sucedió algo más curioso que a usted, camarada, porque yo no tuve dónde dormir y me fui a la plaza a esperar que aclarara, y estando ahí pasó un chico y como se enterara de que no tenía habitación y de que era extranjero, me llevó a su cuarto y tuve que aceptar su cama, mientras él se acomodó en un sofá.

Seu Ring-Hai, el apacible y docto Seu de la sonrisa dulce y la observación perspicaz, glosa su anécdota con un comentario:

—Es extraordinario, verdaderamente extraordinario este pueblo español.

DISCURSOS

La mañana se resuelve en discursos que llenan la sala de sesiones del Ayuntamiento, y a ratos las palabras de los oradores escapan por el techo perforado y llegan a la calle donde se aglomera el pueblo que quiere oír a los escritores, oírlos en esta hora de ansiedad y de esperanza.

Preside Andersen Nexø y, en representación del Gobierno, ocupa un puesto en la mesa de honor el Jefe del Gabinete, doctor Negrin. Pero hay una segunda presidencia: la de los ausentes, cuya voz tutelar parece descender desde lo alto de esa tronera abierta por los obuses enemigos, ex profeso para que el pueblo no se quede sin escuchar lo que desde muy lejos están diciendo Valle Inclán, Federico García Lorca, Pablo de la Torriente, Braun, Luckas, Gorki, Barbusse.

Azaña, Miaja, son los hombres de la responsabilidad y no concurrirán al acto inaugural porque su puesto de comando está en otro sitio. Como voz de presente, yo recuerdo unas palabras que pronunció cuando se discutía la disolución de las cortes constituyentes y que saben a definición. "¿Qué yo traía preparado mi

discurso? — se encara con Lerroux. — Si su señoría — agrega después — quiere desprenderse de esas pequeñas preocupaciones, le diré que jamás he improvisado un discurso, porque los saco del interior de mi propio espíritu, y en mi espíritu no hay nada improvisado."

Julio Alvarez del Vallo se pone de pie e iluminado por los reflectores de los cameramen fija, en un discurso claro y vibrante la posición internacional en que se encuentra colocada la República.

Pero todos miran hacia esa rotura del techo que se llena de rumores de la calle, de sol, de gritos de esperanza y, lo que era de suponer, Benda, el autor de *La trahison des clercs*, se pone de acuerdo con un escritor soviético y éste con un holandés que ha hablado invocando su fe cristiana.

Moral, justicia, derechos humanos; el derecho a vivir, a gobernarse, a pensar. Por la cavidad donde estampó su dentellada la metralla que succionó el Palacio del Ayuntamiento, penetra la luz del mediodía y de tarde en tarde un grito, una voz estremecida de alborozo trepida en el aire:

— ¡Viva la revolución! ¡Viva España! ¡Vivan los escritores! ¡Viva la República!

EN 'LAS ARENAS'

En "Las Arenas" la alegría de domingo flota en el mar, en la cara de las mujeres, de los niños; flota en el vino y en los manteles blancos.

La mesa del almuerzo se prolonga recta y sin adornos y cabe a ella están los representantes de los veintitrés países que han venido a formalizar el acuerdo del Primer Congreso que celebró la Alianza, en París, en 1935.

Al dorso del menú, donde los comensales suelen estampar la firma y un elogio banal a la comida, tienta escribir las palabras que dijo el Tenorio, cuando los espectros daban aldabonazos a la puerta de la casona donde se servía la cena: "¡Es realidad o delirio!"

Realidad, realidad pura, del fondo del paisaje surgen las palabras de María Zambrano, cuando me recordaba que España tenía intactas sus reservas de optimismo, de alegría.

Y luego, España es incondicionalmente tradicionalista. El domingo los hombres descansan y el lunes se echan a la trinchera, cogen el fusil y apuntan.

John Langdon Davis, que al comienzo de la revolución recorrió la zona leal en motocicleta, cuenta que

la Virgen del Pilar subsiste en todos los tiempos, y cita la copla que la cantaban durante la invasión francesa:

*La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.*

Pero sobrevino julio, y en julio de 1936, las milicias leales de Aragón la invocan:

*La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser fascista;
es capitán general
del gran Partido Anarquista.*

En medio de esta alegría de domingo, tantas veces hollada por la muerte, brotan extrañas sugerencias.

El camarada Paco viene bufando por el camino.

Y todo parece dormido en torno al mar y mirando por el rojo del crepúsculo, resurgen las palabras de don Juan: "¡Es realidad o delirio!"

MARIANA PINEDA Y FEDERICO

Camino al Teatro Principal, donde hablarán Mariana Pineda y Federico y Granada, observo la noche, que es de domingo y salta como una luciérnaga, en medio del silencio y la obscuridad que llenar

Muerto cayó Federico

*—sangre en la frente y plomo en las entrañas—
que fué en Granada el crimen
sabad—¡pobre Granada!—en su Granada.*

La emoción entrañable de Machado se queda resonando en la puerta del teatro, y los asistentes vamos a ocupar nuestras butacas, donde, por ser noche dedicada a Federico, nos sentimos actores; actores como Altolaguirre, como Carmen Antón, como Blanca Chacel y Luis Cernuda y María del Carmen Lascoity, que representarán el drama. Actores, como la costurera de Yerma, que cosió los trajes que esta noche saldrán a escena; actores, como Víctor Corteza, que ha montado los decorados, recordando su amistad con el poeta.

Manolo Altolaguirre quiere explicar la significación de esta velada que no requiere prólogo:

“**Mariana Pineda** — recojo sus palabras—, el drama que vamos a representar, se estrenó en Madrid, durante la dictadura de Primo de Rivera. Aquel estreno, que constituyó un verdadero acontecimiento literario, tuvo también un profundo sentido político. Toda la España amante de la libertad, acudió a las representaciones. Federico García Lorca tenía escrita su obra desde hacía tres años. La llevaba en su prodigiosa memoria, de tertulia en tertulia, inútilmente. Los directores no se atrevían a representarla, entre otras razones, porque **Mariana Pineda** era entonces un drama político. Mariana Pineda, la romántica heroína española de la libertad, granadina como Federico, fué asesinada a manos de la reacción absolutista de Fernando VII, por bordar una bandera de los liberales. Este es el tema de la obra que vais a escuchar. Margarita Xirgú, la generosa y fiel amiga del poeta, tuvo la fortuna de estrenarla en 1927. Han pasado diez años, los de una vida breve y fecunda, los hermosos años de creación de nuestro Federico, y Mariana Pineda se nos ofrece hoy como la verdadera fuente de donde nace toda la labor lírica de nuestro poeta. Ya lo veréis. El romancero gitano se anuncia en el romance de La Corrida de Ronda y en el romance a la muerte de Torrijos. Váis a oír canciones que luego tuvieron continuación en sus libros. De esta obra nace su vocación por la poesía elegíaca. Y sobre todo, en Mariana Pineda Federico García Lorca presagia y enaltece su desdichada y gloriosa muerte. Estamos aquí, en esta guerra, para recordar a la más inocente de sus víctimas. Yo he llorado su muerte como algo pequeño e imposible, casi

sin creerla, pero al mismo tiempo me sentí lleno de una ira inmensa, de una cólera santa contra esa sociedad que nos ofende desde el otro campo y que nos escupe entre noticias y catástrofes flores de diminuto llanto, estrellas de profundo brillo, como esta muerte que ha encontrado para siempre un lugar en la noche. Y sin embargo, no podemos, en esta oportunidad, sentirnos tristes. Este acto es una representación en memoria de Federico, en su memoria. Los actores que representaremos Mariana Pineda estaremos en su recuerdo, nos moveremos en su fantasía, seremos como un sueño suyo, como si él estuviese vivo fuera de nosotros, como si estuviera creándonos desde su grandiosa y transparente presencia. Además, no estamos solos; el mismo poeta siente desde su tumba la fervorosa solidaridad internacional que nos asiste. El pueblo español no está solo en esta guerra para la defensa de la cultura y de la dignidad humana; la memoria de García Lorca no está abandonada a la memoria de sus amigos, al corazón de su pueblo. Han llegado de todas partes, han acudido aquí para sentir la vida heroica, para honrar la muerte heroica, los camaradas escritores de todo el mundo."

Como en el papel, después, las palabras desgarradas de Altolaguirre van apagándose en un crepúsculo tembloroso.

El timbre llama a escena y en silencio nos incorporamos a la comparsa que rodea a Mariana, la heroína de la libertad, sobre cuya frente brilla la estrella bordada con sangre que cogió Federico una noche que cruzaba las calles de Granada, de "su Granada".

¿QUE... QUE HAY?

Un puñetazo en la nuca, recio, tan recio que se abren las ventanas y los cinco pisos del hotel se tambalean y crujen.

—Traacc... trac. Pum... trac... pum.

Una sirena aúlla desesperada su S. O. S. insistente y sombrío.

Burbujea la estridencia de un pito, y ya sobre la cabeza suena el redoble combinado de un tambor que estremece el aire.

—¡Pum... traacccc. Pum... trac... trac... Pum!

Mi cuarto del "Munich" es el último del último piso y me siento el último habitante de la casa, y no sé qué hacer, ni qué es lo que ocurre.

—Camarada, esto es muy serio; salga usted—grita el vecino, interrumpiendo la serenata del "sálvese quien pueda" que canta en sus piteos.

Es un bombardeo, un bombardeo. Es tal vez la muerte, el crimen; el crimen que pone ganzúas a la noche y se entra a las casas y estrangula y se va.

—¿Qué debo hacer?

—Baje las escaleras; tome la dirección que llevan

los demás y llegará al refugio. Pero pronto, que yo voy a sacudir a los demás vecinos.

Un oficial cruza el vestíbulo ciñéndose una pistola ametralladora y en alta voz comienza a decir palabras de prevención:

—Peligro: bombardeo de aviones... que salgan las mujeres y los niños. Buscad los refugios.

La voz viene de muy alto, de muy abajo y es ronca y despaciosa y terrible.

—... Conservar la tranquilidad.

Terrible y entrecortada; terrible, porque las comas las ponen las baterías y unos silbidos lejanos, un ¡puml, que repercute en la pared o no sé dónde.

Voy por mi ropa. En la mesa de noche el reloj está marcando las cuatro y veinte de la madrugada. Tiro el fosforo y por delante de la ventana veo asomar una noche llena de estrellas, de resplandores que se entrecruzan y suenan; de resplandores que cantan una sinfonía por encima de los techos.

—¡Pum, pum, pum!

Cinco tiros, un guión y otros cinco tiros, y lejos, el rumor de los pájaros asesinos, y lejos, también, lo que va cayendo de lo alto.

Locura sin miedo, como un licor seco, la atmósfera de quietud humana que se siente rodar en torno a uno, lo contiene. No se puede tener miedo, no debemos tener miedo; nadie lo tiene.

Una mano me coge por el cuello.

—He dicho que baje.

Desde todos los cuartos van saliendo a los pasillos

mujeres, niños. Mujeres que cargan nenes en los brazos, madres que aprietan a sus nenes.

Nadie grita, nadie habla; no se oyen protestas ni invocaciones.

La radio ha terminado de decir lo que tenía que decir y saluda la caída de las primeras bombas con un paso doble.

A la vaga luz de las calles veo surgir sombras que se arrastran; luego cruza una patrulla de milicianos y otra en motocicletas la sigue, roncando un poco en sordina.

Quiero salir y una mano me ase por la muñeca:

—Camarada, vea usted, camarada; así nos tratan; así nos persiguen, así asesinan a nuestros niños.

En el papel todo esto parece frío, sosamente frío. Lo sé y no quisiera escribirlo. No quisiera contar cuán terrible es encontrarse de manos a boca con una mujer, que en medio de los cañonazos, le dice a uno lo que está pasando con los niños. Ella tiene dos chiquitas en su regazo y las defiende con las manos, con el corazón; las aprieta y piensa que su ternura podría salvarlas, salvarlas de la muerte, como la fe mueve montañas.

A estas mujeres no se las puede decir nada, absolutamente nada.

Allá, en el sótano, entre barriles y ristras de ajo y jamones, brilla una luz roja y un silencio rojo. Son veinte mujeres y no sé cuántos niños y unos pocos hombres que han visto escenas como estas en Madrid, y no hablan. Un adolescente, refugiado desde ayer en Va-

lencia, comienza a impacientarse, y luego llora y se meseta los cabellos.

—Horrible, uno va a Barcelona y hay bombardeo; va a otro pueblo, y viene acá y también—grita incoherente, y las mujeres lo dejan gritar. Después se cansa y sobre una de las barricadas se queda dormido.

He visto a una señora tejer a **crochet** unas prendas de niño y a otra hacer recuerdos de los primeros ataques:

—Mi marido ya no quiere salir: yo le he dicho: cualquier día te cogen; pero él se queda durmiendo, y qué le hace una.

Sobre la pared del sótano retumban los golpes de la calle más amortiguados, pero insistentes, llenos de ferocidad.

—Mire usted, que hoy ésto se pone serio y qué fuerte está—dice la ancianita de los palillos, midiendo en el espacio la intensidad del fuego.

Ahora el reloj da las cinco, y las cinco y un cuarto; y a las cinco y media, mientras el chico duerme exánime y las viejas charlan en voz baja, resuena el alta voz:

—El peligro pasó y podéis volver a vuestras casas.

Frente al café, donde ya aclara la mañana, cruzan las motocicletas que traen los despojos que quedaron en la calle. De una de las camillas recostadas en el "side-car", pende un brazo, y cuento ocho camillas, doce camillas.

—¿Dónde ha sido el "tomateo"?—grita un vecino al de la casa de enfrente.

—En el Cuartel de Ingenieros. Una bomba, dicen los camaradas, que dió en la puerta del hospital; pero no explotó, lo que ha sido suerte, porque era de las gordas.

Resuena una carcajada, y por la cancela de otra ventana cae a la calle una exclamación:

—¡Canallas!

DE NUEVO EN EL CAMINO

George Pillement, que con su cartera de apuntes y su máquina fotográfica ha venido llenando cuartillas e impresionando placas desde su partida de París, ha debido fotografiar la escena de este viejo labriego que, curvado sobre el encerado terroso de la calle aldeana, está aprendiendo a escribir las primeras letras del abecedario.

Un niño le lleva la mano y mira al anciano con cara luminosa, y el pobre viejo de cara torva, perfila los caracteres con un palito, y rezonga.

Abandonado a su suerte un poco obscura, como el sarmiento a la tierra, este viejo, antes de la revolución, era un labriego, nada más que un trabajador sobrio y sufrido, para quien la vida comenzaba con el sol que iluminaba el campo y terminaba cuando la gleba sin sol se ponía negra, y era hora de ir a la aldea a esperar que apuntara el día siguiente, que era igual al de ayer.

Madrid quedaba lejos y no tenía ninguna curiosidad por conocer Madrid, donde, viejos como él, aparecían de personajes en la zarzuela, en la comedia y en las telas expuestas en los salones de pintura.

El amo vivía en Madrid y él trabajaba para el amo, y eso era todo; todo, hasta que hubo alboroto en el pueblo y desapareció el cura y se fueron los mozos, y vinieron otros mozos a decirle que le darían un pedazo de tierra, y que la tierra suya había que trabajarla duramente para él y para que comiesen los que en las trincheras estaban defendiendo su parcelita, su pan.

Todo esto le supo a nuevo, como el saludo con el puño en alto, como la desaparición del cura, como la palabra "camarada".

Cada día venían de Madrid camiones repletos de socialistas y muchachos de las organizaciones obreras que sacudían a la gente con ideas nuevas y extrañas.

Al viejo le ofrecieron un puesto en la labor de colectivización, y el anciano, sintiéndose persona, hombre casi con posibilidades de ir un poco más allá, se decidió alcanzar a los que le llevaban ventaja en la carrera desesperada por ese querer aprender y ser hombre en que está lanzado el pueblo.

El asesinato del cura pudo ser un error, una estupidez, como tantas que se cometen en la guerra; pero observando a este anciano, en cuya suerte no reparó el señor cura, la brutalidad misma tiene un sentido y una significación.

—No, así no — rectifica el niño, y ante mi curiosidad, agrega:

—El abuelo quiere aprender las letras, y como en la aldea falta el maestro, yo le enseño.

—¿Pero tú querrás ir al frente?

—Todos queremos ir al frente, como van los mayores, y cuando tenga quince años, iré.

El abuelo, para quien el tiempo tiene un valor inmenso, rezonga:

—Niño, a ver tú...

Y cogiendo su lapicera rústica, ese viejito que ayer era sólo un labriego, y ahora quiere ser un labriego y un hombre, reanuda la lección.

Los he visto al salir de Gerona y en los caminos de Levante. Pero no con la frecuencia de acá ni con la abundancia con que acá van saliéndonos al paso montones y montones de coches destrozados que, con sus esqueletos negros, recuerdan los esqueletos blancos de las reses que quedan tendidas a lo largo de la solitaria pampa argentina o a la vera de los caminos rurales de mi tierra, durante el verano, cuando el sol y la sequía calcinan los pastos.

—¿Efectos de la guerra, Paco?

—A éste sí que lo cogió la guerra. Mira tú qué abolladuras y lo que queda de la caja — señala Paco hacia la derecha del camino, donde abierto en cruz reposa su último sueño un faetón, cuya quilla se ha incrustado fuertemente en la tierra.

Más allá, un "fordcito" joven duerme la siesta de la muerte bajo la sombra de un árbol solitario, y Paco, mirándolo en esa actitud estática, cuenta la historia del chofer que se duerme ante el volante, la historia del coche dormido.

—Tú no te figuras lo que es llevar un coche durante un día entero por carreteras inseguras, y a la no-

che déle correr, y de mañana, mal dormido, llega otra orden y hay que cumplirla...

Con mucho dolor, Paco, que es andaluz e inteligente, aboceta la historia de esos héroes sin historial, a quienes el cansancio y el sueño de la guerra esparce a puñados a lo largo de las carreteras, que despeña entre los vericuetos de la montaña.

—No te figuras—repite el buen chico.

Pero yo me lo figuro, sin ser andaluz, y veo pupilas en las que empiezan a quebrarse las imágenes; manos que pierden la sensibilidad; zumbidos del motor que dicen monótonamente la palabra "deber", y un pie que oprime el acelerador, y luego de un tiempo la carretera se parte en dos trozos y los hierros mascan huesos, trituran los huesos.

Todo el camino está señalado por estos hitos, y Paco exclama:

—Mira, cuántos, cuántos, camarada.

Después oprime el acelerador y una cifra alarman-
te se queda bailoteando en el relojillo marca kilóme-
tros.

—¡Paco!

—Qué.

—Nada.

¡Ah, la risa de Paco, la alegría de Paco! El no lo sabe, pero yo sí que entiendo lo que se calla Paco; lo entiendo con sólo mirar dentro de la esferita cómo saltan los números en la columna vertical: 100, 105.

MINGLANILLA

Por este pueblo, a media mañana, entramos a Castilla la Nueva.

Titular de novela campesina, apodo de algún personaje travieso, la palabra Minglanilla suena al oído como un trozo de música popular, y hasta parece que al escucharla uno estuviera viendo y sintiendo al viento, cuando juega en las cuerdas, donde han puesto a secar una falda de muchos colores, una blusa verde o una enagua blanca y ruedada.

Pero la ilusión alegre se quiebra como un espejismo, y la pluma traza la palabra Minglanilla con un rasgueo lento, tembloroso, extraño.

Camino a Madrid, a este Madrid, al que vamos acercándonos y no quisiéramos llegar, marcha un convoy militar compuesto de seis o siete cañones de artillería pesada que llevan tirando del ronزال otros tantos camiones cargados de víveres y parque de combate y fusiles y ametralladoras.

Un coche ambulancia viene agitando su banderín en dirección contraria, y al cruzar con nosotros, leo: "Ambulancia Escocesa". Tras el furgón corren los automóviles del servicio sanitario y luego un tren inter-

minable de camiones, de altos ómnibus y de carros motorizados conducen a las familias que han salido de Madrid esa mañana y que, niños, mujeres ancianas en su mayor parte, van buscando un sitio más seguro en las ciudades donde pueda decirse que hay alguna seguridad.

—Arre, arre, borrica — grita un hombre, guiando su carrito de labranza y, centinelas de Castilla, dos milicianos cruzan las bayonetas en la arcada del puente, por donde se sube al pueblo.

Paco dice unas palabras misteriosas al oído de los soldados, les enseña la estrella encarnada que luce en la gorra, y nos dejan pasar.

—¡Salud! ¡Salud, camaradas!

Desde el Ayuntamiento, situado en la Plaza, Minglanilla se desplaza hasta el pie de la carretera por entre unas pocas calles torcidas, pinas y bonitas.

Adusto, como todos los pueblos, donde el ruido de las locomotoras no llega a sacudir las puertas de las casas, el paisaje se distiende a los pies de la aldea, como el lecho de un río que se ha quedado seco.

Delante de la casa consistorial, una fuente canta su canción viva, armoniosa, y los escritores nos reunimos en ese sitio para calmar la sed enloquecedora que el sol y el polvo han venido acumulando desde que empezamos la jornada.

El trepidar de las máquinas inquieta a la gente y caras llenas de curiosidad, ojos cautelosos, pupilas tímidas nos enfocan desde el fondo de las ventanas. Sobre un muro vaga la sonrisa solitaria del miliciano ejemplar: "Imita al héroe de tu pueblo", llama, y na-

die lo oye, porque Minglanilla, ya no tiene héroes, y hoy, ¡pobre Minglanilla!, lo que queda son un puñado de inválidos, de hombres viejos y otro puñado de mujeres y muchos puñados de niños.

—Así es — dice el alcalde, que ha venido corriendo a enterarse de quiénes somos nosotros, y luego escapa para ordenar que abran el Ayuntamiento y dispongan la mesa donde quiere brindar el pan moreno y redondo de Castilla y vino y lo que se pueda.

Con el alcalde llegan los niños, los viejos, la mujeres y nos rodean silenciosos, sin atreverse a avanzar hasta el grupo, donde contemplan a Seu, como a un juguete exótico, y observan la alba cabellera de Nexo, el rostro achocolatado de Nicolás Guillén, la silueta estilizada de Spender y miran y se ríen.

¿Prevención, miedo?

Llamo a uno de los rapaces y lo acaricio. Un viejo se sonríe a mi lado y una mujer, que parece enterarse recién de que nosotros somos como ellos, interroga:

—¿Marchan a Madrid? ¿Qué son ustedes?

—Escritores, periodistas.

La buena mujer trata de simplificar la definición:

—Camaradas, ¿verdad?

—Camaradas, amigos de ustedes.

Deshecho el nudo, la mujercilla habla con el vecino y la nueva corre por el pueblo.

—¡Son escritores, amigos de España; son camaradas!

Pueblo sediento de amistad, de saberse comprendido, de sentir cerca de su corazón voces honradas que

digán leal y honradamente lo que ese pueblo es, y lo que ese pueblo sufre, el corazón de Minglanilla se abre como una enorme granada palpitante, como una granada repleta de sangre, de ternura.

Al partir el primer trozo del pan moreno y sabroso que nos brinda Castilla la Nueva, ocurre algo extraño, que no se sabe si es temblor, si es grito, si es qué.

Comienza con una vocecita y siguen otras vocecitas y todos los niños de Minglanilla, enlazadas las manos, se echan a cantar delante del balcón del Ayuntamiento, y bailan rondas y entonan "La Internacional".

En boca de esos buenos niños de Minglanilla el himno proletario tiene un sentido misterioso, dulcemente misterioso, misterioso como la inocencia hecha canto, como la esperanza hecha flor.

Nadie piensa en comer. Una emoción desconcertante cae hacia el fondo de las copas.

—Guillén, habla; que hable Mancisidor y Juan Marinello, que hablen los que puedan decir alguna cosa.

Y hablar no es hacer un discurso, sino simplemente hablar, dejar ir las palabras.

Paseo por la plaza, donde canta la fuente su canción viva y ríen los niños. Un hombrecillo me aborda:

—¿Usted también es escritor?

Debe sorprenderle la estatura, la calvicie, tal vez el que no lleve chaqueta y vista sencillamente una camisa sin mangas, lo que no está bien en un escritor, en

un hombre que él supone tal vez alto, tal vez más alto que el resto de los mortales.

Acosado entre las dos manecillas que el labriego pone delante de mí, dudo de mí mismo, dudo de mi sinceridad, dudo de que sea un escritor o simplemente un hombre que escribe. Pero no quiero defraudar al aldeano, y con una palabra de evasión absuelvo la respuesta.

¡Pobre camarada! Caminando en silencio lo sigo hasta su casa; una casita limpia de campesino limpio. Una casita donde en las paredes están frescos los rastros de las imágenes que permanecieron colgadas durante años a la cabecera del lecho y que han debido desaparecer cuando el lecho se quedó vacío.

La luz de la tarde aclara con suavidad la alcoba, y el hombre me hace mirar hacia un rincón.

—Vea usted; mire esa cuna; en ella nació mi hijo.

Un temblor frío como los sollozos de ese hombre que no llora, me sacude la espina dorsal.

—Cuando mozo, mi hijo dormía en esta cama. Yo le enseñé a trabajar, a ser bueno ¡y a mi hijo me lo mataron! y usted, si es escritor, tendrá que contarle, tendrá que decir que a mi hijo me lo mataron, tendrá que decir lo que hacen con nosotros, lo que pasa acá en España.

Mensaje tremendo, el de este viejo suma uno más, apenas uno sobre todos los que caen desde todos los rincones.

Me he quedado solo en ese cuartito lleno de rastros, de cositas humildes, de claridad, y el viejo regre-

sa con un conejo, con el último conejo sobreviviente y como no tiene nada más que dar que un conejo, se empeña en que me lo lleve a Madrid,

—No, buen hombre — lo rechazo,—pueden venir días peores y usted necesitará su conejo, y tal vez entonces se acuerde de mí, de su camarada.

El camarada labriego se queda velando con su pena el rincón solitario donde se crió el hijo, ese hijo que le asesinaron de mala manera.

Pero digo pena y rectifico.

Frío, cortante, seco, el dolor de ese hombre de la tierra parda y de los árboles mudos, penetra en la sensibilidad como el filo de una daga y la secciona. ¿Por qué llorar? Los matadores no lloraron cuando asesinaron al muchacho, no lloró su hijo cuando las balas derribaron sus dieciocho años de ilusión. No, ya no llora nadie. No podrían llorar.

Pero en la plaza de Minglanilla están ocurriendo otras cosas; en la Plaza están entendiéndose los hombres de todo el mundo con la gente del pueblo.

Una escritora inglesa pasea del brazo de una aldeana y las dos lloran y se comprenden; se comprenden a través de la elocuencia de las lágrimas.

Cuando abandonamos el pueblo, la escritora inglesa saluda con el puño en alto y la aldeana le responde no con el puño, sino con los brazos, con el corazón.

Le responde elevando hacia lo alto del cielo límpido el cuerpecito menudo de su hijo que patalea y alborozaba como un Jesús moreno, que podría ser el Jesús de Minglanilla.

AIRES DE GUERRA

Saliendo al camino, Paco habla de Madrid. El sargento habla de Madrid. Las interminables caravanas de carros blindados, de ambulancias, de furgones que traen y llevan milicianos armados, hablan también de Madrid y de aprestos bélicos.

Los coches se deslizan bajo un cielo que se torna apagadizo como una gran lámina de metal recalentada por el sol, que descende en el horizonte entre celajes de bruma.

El mesonero de una fonda del camino, mirando pasar unos tanques, pronostica una ofensiva general y como hombre bien informado, que temiera comprometer la suerte de las operaciones cuyo secreto conoce bien, insinúa:

—Se preparan cosas importantísimas, muy serias, ya lo verán ustedes.

La prensa española es bastante cauta para informar al público sobre los sucesos que atañen a la guerra y como no hemos leído los periódicos de la mañana, ni aún los de ayer, tratamos de informarnos; pero el hombre se cierra y no hay manera de saber nada.

Rápidamente bebemos unas gaseosas, y al coche, que a Madrid hay que entrar con luz.

El sargento dispone que vayamos en orden disperso por diferentes caminos, para reunirnos en un punto que fija Alberti y desde el cual emprendemos el recorrido de los últimos kilómetros que nos separan de la capital.

Tarancón, como el patio de un cuartel deshecho a tiros, nos retiene.

—¡Alto!

—Escritores...

—Un momento, camaradas.

Una bandada de aviones se desplaza a poquísima distancia del pueblo. Van alto y en formación de combate, y mirándolos revolotear, todos se preguntan:

—¿Son de los nuestros?... ¿Sí?... ¿No?

Paco, la mano como una visera echada encima de los ojos, sigue el revoloteo lento y callado de las máquinas.

—Son de los fascistas; pero se fueron y podemos seguir ¡hala! — grita, y previendo que el encuentro puede repetirse explica lo que hay que hacer en un caso de peligro efectivo.

—Te tiras de boca a la orilla del camino, con las manos así cruzadas por encima de la nuca, y si no quieres que te salten los dientes, abres la boca y ahí a esperar, ¿sabes?

Tarancón tiene para mí el recuerdo de un amigo de Santiago, y con Paco hablamos de Luis Enrique Délano, que en Tarancón y sabe Dios si en ese mismo sitio, sufrió una hora de bombardeo, una noche que

viajaba de Madrid a Valencia. Era en los días del "churrero" precursor de los grandes "Junkers" y de los "Capronis" que paseaban por Madrid y de Madrid venían a Tarancón incendiando y matando con su combinación de bombas incendiarias y de las explosivas que arrojaban casi sin hacer blanco.

—Ahora los tíos estos no entran en Madrid, no pueden entrar, sabes tú, porque tenemos a la "gloriosa" que les cae con los "chatos" y tenemos cañones antiaéreos y un servicio de reconocimiento que no bien oye volar una mosca allá da el aviso y echa sus luces sobre Madrid.

En el cielo abierto como una malva en toda su plenitud, se aquietan los temores mirando desplazarse la flotilla por encima de la montaña, oyendo a Paco.

Madrid es ya una cosa cierta y muy seria.

Como la culebrilla de un signo de interrogación que camina dentro de nosotros, la carretera, quebrada a trechos por el impacto de un obús, nos parece más solitaria en medio del crepúsculo, entre esos montones de máquinas destrozadas que ocultan vidas rotas. Más solitaria, cuando del pastizal de un predio célebre, escapa el mugido de un pobre toro que vaga su viudez sin consuelo.

—A este duque dueño del cortijo le fué mal con sus toros; eran los mejores toros de lidia que se criaban en España, pero qué se le iba a hacer; hay que comer y si han quedado las hembras y unos pocos machos para rehacer la cría, el resto del ganado se sacrificó.

Los alambres de la red telefónica y telegráfica

cuelgan de entre los postes como una cabellera recién tijereteada, como una cabellera densa que el viento estremece con suave balanceo.

Un bache profundo hace saltar el coche.

—Yo creo que ha de ser por aquí por donde ordenó Alberti que fuéramos—recapacita Paco.

—Si tú no sabes por dónde se va, yo sé menos que tú, Paco.

—Por donde se va, lo sé; pero como hay que caminar por tantas partes para evitar los "tomates", uno se confunde, sobre todo si no es de Madrid, como yo.

El coche va rodando con los faros apagados a lo largo del camino solitario.

Las primeras estrellas brillan en la turbidez del cielo, brillan entre guedejas grises, entre celajes de un rojo pálido.

Y un coche surge entre las sombras.

—Estamos en el cruce — grita Paco.

Estamos en Madrid, a las puertas de Madrid.

¡En Madrid!

Un golpeteo arrítmico, sordo, repercute en las venas hinchadas de sangre.

—El Ayudante del General Miaja los aguarda para darles la bienvenida a nombre de los defensores de Madrid. Sigán la dirección de nuestro coche — gritan desde la portezuela los compañeros que han venido a aguardarnos.

En la obscuridad se recorta la alta silueta de unos árboles. El motor trabaja sin hacer ruido y en el silencio preñado de rumores indefinibles escuchamos el

trote de una patrulla de caballería que avanza por la carretera.

Madrid. Los defensores de Madrid.

Ahora estamos en Madrid, y Madrid es en este momento sólo una palabra en nuestro espíritu.

LA CIUDAD

LA CIUDAD

La radio de Sevilla insulta, sin que escapen al dictorio soez los hombres más dignos ni las damas. El rumor de la injuria llegó a Valencia, resonó en la ciudad la noche misma que sobre Valencia cayeron las bombas de la cultura apretadas de odio.

"Los escritores rojos vienen con sus amantes", denuncia el bravo general con un ay! ay! ay! pueril, y para comprobar el efecto de sus palabras, de madrugada envía una escuadrilla de bombardeo a la ciudad y ametrallan el hospital, dejan unos cuantos muertos tendidos en las calles, desesperan a las madres y se marchan carcajeando antes que los sorprenda el alba.

Pero Madrid es otra cosa. Madrid no insulta. Todo Madrid repite la consigna impartida por los comandos de la revolución, por el secretariado de los sindicatos:

Salud a los escritores

Y Madrid responde:

...que nos visitan.

Santo y seña del día, lo exigen las patrullas de vigilancia, lo exigen los centinelas, los milicianos que cubren guardia en las puertas de la ciudad, y todos saben cómo han de responder y pasan.

Los cafés que han logrado salvar de la furia de los obuses, funcionan igual que los cines y muchos teatros. En las terrazas, aprovechando la luz de la tarde o el resplandor discreto que se proyecta desde el interior, la gente charla, y como en Barcelona, el vecindario madrileño — muchachas sencillamente vestidas, mozos armados, ciudadanos que lucen "mono azul" — pasea tranquilo por las aceras e invade el centro de las calzadas.

¿Y este es Madrid, el Madrid de la guerra? se pregunta el viajero, y siento venir una motocicleta que llena el aire con su tableteo nervioso. Veo las patrullas que rondan los barrios, el arma terciada a la espalda, y por las bocacalles, enfilando hacia la arteria principal, asoma la insignia de un coche ambulancia y luego la recia caparazón de un carro blindado.

El desconcierto surge de entre esa multitud desocupada, de entre esa multitud que casi parece alegre, y una vaga desilusión nos asalta.

Pero desilusión de qué. El madrileño es fatalista y valiente y ha hecho un cálculo de probabilidades, frío como el que pudiera hacerse el actuario de una compañía de seguros para confeccionar sus tablas, trágico y sarcástico como la reflexión de un humorista.

—Un obús mata a cinco o a treinta personas — se dice — y en Madrid viven quinientas mil, y mientras no me toque puedo quedar entre los afortunados.

Y dejando hacer al destino, viven, trabajan, ríen.

Morir con la risa en los labios, saber morir, es arte de pueblo y Madrid lo practica, porque los madrileños se han acostumbrado — como dijo Jef Last al hablar del pueblo español — "a vivir en el heroísmo, como hay otros pueblos que se acostumbran cada vez más a vivir en la cobardía".

Yo no quisiera llenar estas glosas con citas ni con nombres; pero no podría prescindir de las palabras de Jef Last, de este buen hombre de los ojos azules que en los primeros días de los combates cogió una bandera republicana y arrastrándose por entre una cortina de fuego, la clavó en el parapeto de la trinchera enemiga. Invoco el testimonio del gran poeta holandés, porque, además de poeta, es un valiente, porque conoce al pueblo en la trinchera y ha convivido con el pueblo desde los comienzos de la revolución.

Con André Malraux, con Ludwig Renn, con Gustavo Regler y con tantos escritores de todo el mundo, Jef Last se ha hecho soldado en España y por España, que está canalizando en sus venas no el interés rojo, no el problema de los hombres simplemente de izquierda, sino el de todos los perseguidos, el de todos los que vagan por el mundo buscando lo que el clima de sus patrias les niega.

Ignoro los secretos de la casa, la ubicación de los cuartos interiores, y ya estoy ensayando una linterna eléctrica que puso sobre mi mesa de noche, con su admirable espíritu de previsión, con su bondad de gran dueña de casa, esta María Teresa León que sabe decir, sin perder la alegría, una palabra amable y un consejo para los desesperados, y velar por el bienestar de treinta o cuarenta huéspedes que llegan a revolver las alcobas en horas de revuelta.

Con una tranquilidad que para mí resulta escalofriante y sintomática, María Teresa, ante lo que pudiera ocurrir, me informa:

—Le he dado este cuarto porque los de la planta baja son los más seguros y si llegara a caer algún obús el efecto se haría sentir en el piso de arriba, de manera que puede usted estar tranquilo. Luego tenemos sótanos muy sólidos; con ayuda de la linterna, siguiendo este pasillo, usted puede llegar sin tropiezo, sabe—y traza una ruta desde la puerta, y luego agrega:

—Pero no se alarme usted, Romero; nuestras baterías están cerca y cuando trabajan hacen bastante ruido.

El sótano, la linternita.

Realizo un ensayo mental.

El clima de Madrid, que siento en su alta temperatura en las palabras de María Teresa León, me sobrecoge, y pienso ahora en el miedo, en esa cosa viva a la que hay que sobreponerse, que hay que vencer.

¡Ah, Madrid! Ya veo que tu atmósfera es densa y que hay que ir con una linternita por tus calles y dor-

mir con una linternita y hacer luz con ella para que no se nos olvide por dónde va el camino del sótano, el camino de la vida que tratamos de defender con nuestro egoísmo de hombres de otra tierra.

Un rubor se me sale a la cara; pero es así.

DIVAGACIONES EN LA NOCHE

La voz caudalosa de Rafael Alberti dice el canto de saludo a los poetas que llegan a España desde tan diversas latitudes:

*Todas las voces del mundo,
los corazones más llenos
de sangre limpia, de clara
sangre que es entendimiento,
contigo, pueblo de España,
pueblo mío, pueblo, pueblo.*

La resonancia del último verso cae a la calle: "pueblo, pueblo".

España — recojo la sensación del viaje — es eso: pueblo. Y pueblo son los personajes de los clásicos, los de Pérez Galdós, los de Valle Inclán, los de Unamuno y Pérez de Ayala; es la poesía de Machado, el teatro de García Lorca, el romance de García Lorca; la música de Albéniz, de Granados; pueblo es el pastor de tierra baja. Pueblo es la pintura, la zarzuela y son los toros y la copla. Pueblo es este Madrid que resiste la aco-

metida de los que tendrán que enterarse de que Madrid es pueblo, que España es pueblo y que al pueblo hay que darle lo que es suyo, devolverle su patrimonio y no tiros y bombas de fabricación extranjera.

En la Plaza del Angel, frente al hotel Victoria donde cenamos, hay casas deshechas y al centro del pequeño rectángulo se insinúa el rastro de un obús.

La proximidad de tantos hombres despierta la alegría y, después de comer, los muchachos argentinos con Pablo Neruda y los amigos escritores de la Casa de la Alianza, organizan un coro:

*Los cuatro generales,
mamita mía,
que se han alzado.
Para la Nochebuena,
mamita mía,
serán ahorcados.*

La guerra tiene espíritu y de las trincheras salta la copla, el canto animoso, la letrilla henchida de ironía:

*Puente de los franceses,
mamita mía,
nadie te pasa.
Porque los milicianos,
mamita mía,
qué bien lo guardan!*

El estampido de un cañón, pregonero de un odioso fuego de artillería que viene resonando por detrás de la ciudad, desgarrá las primeras estrofas.

—Camaradas, Madrid está de guerra, recuérdenslo ustedes—grita Rafael Alberti.

Si, de guerra ¡qué desmemoriados somos!, de guerra, y ya en la calle sin luz se oye hablar de bombardeo, y se oyen detonaciones sordas y lejanas, y los mecánicos avisan que no dispondremos de los coches porque están bombardeando Madrid.

Hay que regresar a pie hasta la Casa de la Alianza.

Una patrulla nos detiene el paso.

—Salud a los escritores—dice el jefe, enfocándonos con su lamparilla eléctrica, y aguarda la respuesta.

El silencio acribillado de detonaciones tiene densidad de vida, repercusiones que se prolongan en el espacio como el ruido que hacen las piedras al derrumbarse por la falda de las montañas. Desde la Cibeles, que el pueblo defiende de la inclemencia de la guerra con una coraza de albañilería, contemplo el cielo tachonado de estrellas. Una vida invisible lo enaltece, alzaprímado la comba bajo la cual Madrid parece todo un rumor lleno de silencio que incita a caminar en la punta de los pies y luego a cantar y dar voces para experimentar la sensación del hombre que se encuentra a sí mismo.

Y no es que divague, no. Ni es que haga literatura.

Divaga Madrid, divaga la noche sobresaltada por la metralla. Divagan las voces inaudibles al oído de los que viven en las estaciones de los metros; divagan los que duermen bajo tierra, divaga el cañón y yo no

hago sino aplicar el oído a esta divagación misteriosa.

Al pie de la Cibeles quedamos un tiempo aguardando a que vengan a reunirse con nosotros los camaradas que quedaron en el hotel.

Vienen charlando en voz baja y así llegamos hasta nuestro alojamiento de la calle Marqués del Duero.

No sé qué hora estén marcando los relojes. Extraviado en el cuarto sin luz, cojo la linterna y dos o tres veces oprimo el conmutador que succiona las tinieblas donde otra vez vuelvo a encontrarme a mí mismo.

¿Pasarán?

¡No pasarán!

Seis disparos muy roncós estremecen las ventanas.

Pero así se duerme en Madrid. Estas son las noches de Madrid.

HASTA LA LINEA DE FUEGO

El Retiro está silencioso y el Museo del Prado tiene rota la cara, rota la columna vertebral, y así, medio deshecho, mira a la calle por donde vió partir una gruesa columna de milicianos que escoltaban con sus fusiles los Velázquez y los Goya, los Greco y los Zurbarán que ahora están en Cuenca, esperando los mejores días para lucir su esplendor glorioso.

Por Alcalá y la Castellana, entre los destrozos de la Puerta del Sol, la vida bulle alegre. Bulle con sus tranvías, sus tiendas, sus puestos callejeros, sus horchaterías, sus casas de Banca. Prisa de vivir, no se nota el desorden que pudiera existir en una ciudad donde falta la policía y las ordenanzas están libradas a la buena voluntad de los ciudadanos.

En su empeño por dar a la desgracia un tono de dignidad, tan pronto cae una casa, quitan los escombros — y aquí no ha pasado nada—, se normaliza la circulación y la calle recobra su aspecto cotidiano.

Al pie de la Cibeles, un obús aplastó un tranvía y al guarda, al motorista y a los veintiocho pasajeros que iban dentro. Pero como la ciudad no podía

quedar sin tranvías, se recogieron los cadáveres y el funcionamiento se normalizó sin mayores tropiezos.

Como la tierra produce, los víveres alcanzan para abastecer al ejército y a la población civil que, si carece de artículos suntuarios y fuma tabaco ordinario y en pequeñas cantidades, en cambio tiene recursos que hacen llevadera la vida y hasta alegre la vida de la guerra. En muchos restaurantes he visto anuncios como éste: "Hoy, marisco"; "Llegó marisco"; y cruzando por la puerta de una casa de comidas, he sentido salir hasta la calle ese olorcillo grato que sabe a cocina bien dispuesta.

Los periódicos de la mañana anuncian que los bomberos de Barcelona están gestionando un arreglo para obtener que los bomberos de Madrid vayan por treinta días a descansar a la ciudad condal.

—No irán — dice un catalán con el que comentamos la noticia. — Esta gente no quiere dejar su ciudad, ni sus bombas, como tampoco han querido abandonar el servicio los tranviarios. Hace meses ya que los pobres chicos no duermen, y qué meses: en los primeros días esto era terrible, porque los aviones arrojaban bombas incendiarias en barrios distintos y había que repartirse para salvar la ciudad y las vidas. Ahora esto ha cambiado, pero no les falta trabajo y mientras tengan que luchar, no habrá quién los saque de Madrid.

El catalán se ha quedado tomando su desayuno en la terraza de un café y yo reanudo el viaje con un chico de la juventud obrera que trabaja en un periódico fundado por los jóvenes socialistas.

Al paso del coche van saliendo de una en una esas casas rebanadas de alto abajo por el tajo certero de las bombas. Labios de hollín, palpitaciones que se apagaron en un volar de astillas, algo ha quedado arriba prendido a los tabiques tambaleantes, y ese algo tiene el dolor de las cosas humildes, de la vida humilde que mira a la calle y no comprende lo que ha pasado. Conjunto de pequeñas cosas, entreveo un retrato familiar, allá un paisajito en tricomía, el espejo donde se miraba la niña de la casa, el lavabo, un lecho y una silla solitaria. Y surgen jaulas sin pájaros, macetas sin flores, cunas sin niños y las pupilas se llenan con toda esa intimidad inocente y buena que se estremece en las alcobas y sigue mirando hacia la calle sin comprender lo que pasó.

La mañana deslumbrante cae sobre Madrid.

Un tableteo sordo anuncia la proximidad de las trincheras, de la muerte. Pero Madrid no la teme y por las calles marchan los milicianos.

Espaciosas, limpias, las líneas de fuego se bifurcan en calles que se llaman la calle "Méjico", la de "Mos-cú".

Cuando se pelea por un palmo de terreno, por lavar una ofensa que en el fondo mira a la apropiación de otro palmo de terreno, la guerra embrutece. Pero estos soldados de la calle "Méjico" riñen por defender una cosa más noble, más suya y no sorprende que en la mochila lleven libros para leer en las horas de reposo y que hasta ellos vayan los escritores de Madrid, los artistas de Madrid, a dictarles conferencias, a solazar su espíritu con exhibiciones teatrales.

Tampoco sorprende que estos hombres griten a los del otro lado:

—¡Venid a nosotros, camaradas!

Son las diez de la mañana al pie de la trinchera y en tres minutos, sin forzar el motor, podríamos estar del otro lado.

—Es verdad — dice el colega —, pero hace un año era lo mismo y ya ve que no ha pasado nada. Los tenemos encima, como usted observa, y dormimos tranquilos porque confiamos en el triunfo, porque tenemos fe en el triunfo. Franco se creyó que en 15 días o en un mes a lo sumo iba a torear prisioneros en Madrid, pero se equivocó, porque Franco no contó para nada con la fe popular, que es muchísimo más fuerte que sus legiones de moros y más inteligente que su táctica y sabe improvisar y se defiende con esa ciencia de la improvisación que no tienen los alemanes ni los italianos.

Simple glosador de lo que podría llamar mis horas de España, de esta hora tan rica en experiencia humana, con Alvarez del Vayo, en Valencia, frente a Negrín, ante los hombres significativos con quienes he hablado, procuré siempre mantener la actitud discreta del individuo que oye. Lo que se ha dado en llamar el problema español, es una cosa compleja y demasiado profunda a la que el destino le tiene señalada una trayectoria que no es de hoy ni de ayer, y no aclararíamos gran cosa escribiendo reportajes a políticos que hablan en político y tienen el valor documental de las fotografías hechas para exhibirlas en los periódicos.

Pero este es un chico obrero, un muchacho que re-

presenta la opinión del hombre de la calle, y lo dejó hablar:

—La guerra puede ganarla el más fuerte, camarada; pero la revolución no, porque la revolución encierra un problema humano que no se resuelve solamente a tiros como han creído entenderlo los políticos de la reacción, los señoritos. Nuestro ejército popular se organizó en horas para defendernos del ataque; ahora defendemos nuestro pan, la tierra, nuestra cultura, nuestra dignidad de hombres. España es un país rico malogrado por los políticos, los militares y los malos curas. Y España triunfará aunque nos maten, porque la muerte también está con nosotros... Hable usted con un prisionero italiano, con un moro y luego con un camarada de los nuestros y se dará en seguida cuenta de lo que es la guerra y lo que es la revolución.

Unas pupilas llenas de inteligencia se fijan en las mías llenas de sorpresa.

"Venceremos aunque nos maten", "la muerte está con nosotros".

Entre las notas donde desordenadamente cae la vibración de los caminos y los pueblos, quedan resonando las palabras del joven proletario, y se me ocurre que podrían servir para una información si, sobre la primera línea, auténtica, rigurosamente auténtica, le pusiera un título que podría ser: "Moral de un pueblo".

LOS PECES Y LA REVOLUCION

El "Aquarium" es un café elegante de Madrid; un café decorado en rojo como una caja de cristal rojo, donde nadan en agua de luz cientos de peces rojos que saltan como ascuas en las urnas incrustadas en las paredes.

En el "Aquarium", que tiene rincones confortables y magníficas butacas, se reunía la gente bien de Madrid; los aristócratas, los políticos de derecha, los grandes señores, y de sus peceras — los peces lo saben — salió la idea de hacer la revolución, que es idea de pecera, por lo limitada y porque si el pescadito de redoma cree que su redoma es el mar, el señorito cree que el pueblo, que es siempre el que hace las revoluciones o el que contribuye a que se hagan, es él y los de su tertulia.

Revolución de pecera en la que no se consultó a las partes interesadas sino a los que tenían intereses que defender, los pescaditos, que eran rojos, limpios y sencillos, se quedaron con el pueblo para hacer la revolución que ha permitido el acceso al "Acuario" de la gente humilde que antes no venía a disfrutar del

confort de sus rincones silenciosos, de sus muebles muelles y elegantes.

Los escritores, con Eugenio Imaz que dirigía la expedición, han ido a Cuenca a visitar los tesoros artísticos salvados del Museo de El Prado, y aprovechando esta circunstancia, me he venido al "Aquarium" a tomar café, a ver a los peces socializados, gordos, lustrosos que por quedarse con el pueblo dejan de mano la solución de su problema, que es el del espacio, el de la libertad.

Café que antes del 18 de Julio fué de conspiración, el decorado sigue siendo el mismo decorado elegante de tonos rojos, y tal vez con distinto dueño, su ambiente acogedor, fresco, atrae por las tardes a ese nuevo tipo de contertulio que ha tomado por asalto las mesas de los restoranes para discutir no ya sobre teatros, ni hablar de toros o de política local sino para plantear problemas: el problema económico, el educacional, el de la reforma agraria.

Desaparecida la minoría gobernante, los hombres nuevos han debido rodearse de gente nueva y surge una visión nueva y un espíritu nuevo para implantar las reformas que con paso vertiginoso se operan en el país.

Tarea de renovación de ritmo violento y acelerado que se impone en forma no menos violenta, en ella están colaborando los jóvenes, los más jóvenes: obreros, intelectuales, gente de clase media de ambos sexos.

Problemas, responsabilidad. He oído repetir con insistencia estas palabras a unos muchachos de barbita

y cara seria que van llevando bajo el brazo enormes cantidades de folletos, de libros, de papeles. En el "Aquarium" el tema gira en torno a los problemas y a las responsabilidades y lo devanan las chicas y los hombres, con enorme seriedad.

¿De dónde sale esta gente?

Gente olvidada, estos hombrecitos salen de la revolución, que ha removido el subsuelo bajo el cual estaban ocultos los valores humanos y ahora, en medio de la vida, se sienten los señores del destino, de su propio destino.

Entre los peces hay un pez gordo y reflexivo que se mantiene sin mezclarse con los demás peces. Una burbuja se le escapa del hocico redondo y lo oigo hablar en su idioma hecho de burbujas que suben y estallan precipitadamente sobre la superficie del agua:

—¿Crees que todo está bien, que todo irá bien?

—Hombre, no; pero eso es secundario y lo que no esté bien lo rectificará el tiempo o lo destruirá el tiempo, y entonces habrá otra cosa y tú no tendrás que preocuparte de nada porque otros muchachos de barbita como éstos se ocuparán de tus asuntos. Lo interesante es que haya inquietud, que haya hombres con inquietud que quieran sacrificarse y que hablen de problemas y afronten los problemas y sientan la responsabilidad de la hora que viven.

Y luego hablamos de la mística revolucionaria, de la vida del espíritu, del fascismo y de lo que salió de una pecera donde los hombres se sentían pueblo o pescados echados en el mar.

PIROPOS EN EL "COLADOR"

Saliendo del "Acuarium", tomo por Alcalá hacia la telefónica, que los madrileños llaman el "colador de Madrid".

Pintado de oro y de carbón, aparece en lo alto de un trozo de papel el balconcito donde, una tarde, los obuses que saltaban por encima de los techos vieron perfilarse el cuerpo, la carita tranquila de una muchacha que, desafiando la muerte, fué a descolgar la jaula del canario que se dejó olvidada al iniciarse el bombardeo.

¡Alcalá, calle de la muerte, calle de la alegría! Sobre los techos viejos, por encima de todos los techos del barrio veo perfilarse el minarete alto, parchado, pero altivo y recio de la casa de comunicaciones, el que por su elevación domina la ciudad y por su elevación sufre el asedio de los cañones, y Madrid ha hecho de él un símbolo y lo llama "el colador".

Un viejo victoria tirado por un caballejo que mal camina, cruza impávido por entre las redes del colador.

Hora de vivir, hora de olvidar, no importa que a medianoche arda la barriada y tiemble toda la ciudad. Alcalá se llena de rumores de juerga.

Una mujer bonita que va airosamente sentada

junto al auriga, muerde con la risa fresca de su boca joven el tallo de esa gran flor indestructible que es el piropo y humedeciéndolo con el aliento de la camaradería, lo arroja entre los milicianos que ocupan el postín.

Gritos llenos de intención, de color y de gracia, como los claveles reventones, ruedan por el aire.

"Genio y figura"... como dice el aforismo, el hombre que lleva ceñida al cinto del "mono azul" una pistola, no quiere dejar de ser madrileño; es acaso más madrileño que antes, ahora que ve sufrir a su Madrid, y la mujer, tal vez por ser más mujer, hierve en su sangre, y la exalta y la arroja las flores de su entusiasmo de macho hidalgo.

Hembra, muy hembra, con el fusil cuando atacaban el Cuartel de la Montaña, con el fusil defendiendo los pueblos y combatiendo en las trincheras; después, mujer, muy mujer, cuidando de los niños huérfanos, atendiendo las guarderías, reemplazando los corazones que faltaban en los hogares que se quedaron sin corazón, como las casas se han quedado sin macetas y sin pájaros, la mujer española ha dado pruebas de un coraje asombroso, de una abnegación desorbitada, de una capacidad mental y de acción que conmueven.

Dominada por prejuicios seculares, de la subalternidad del matrimonio, rompiendo con el concepto ofensivo que se tenía del celibato, saliéndose del ángulo mezquino de la misión doméstica a la que se miraba como el fin único de la vida, Yerma y doña Rosita, muy dignas, con un moño de cabellos negros muy bien puesto sobre la nuca, saltaron al mundo a ser ma-

dres, alegremente madres; a mirar al hombre de igual a igual en el amor, en la amistad, en el trabajo.

La emancipación de la mujer, impuesta en una hora terrible, tiene, con ser así, un tono de dignidad que no ha alcanzado la mujer que impone o trata de imponer sus derechos después de ceñirse a un proceso evolutivo más o menos prolongado.

Esta chica que va en el asiento delantero del victoria, tan fresca, tan lealmente hembra, tiene la misión de alegrar, se ha impuesto la misión de brindarles un poco de alegría a los muchachos que salen de la trinchera; y la alegría no es cinismo ni provocación, sino gracia, piropo, desplante; risa clara entre unos dientes bonitos, beso limpio sobre unos labios limpios.

Las llagas de Alcalá tiemblan como alas de mariposas mirando el cuerpo esbelto, la cara morena de la moza y ella, que lo sabe, coge brasadas de piropos en el aire y las arroja graciosamente sobre la cabeza de los milicianos.

¿Literatura? Un coche viejo, unos soldados, una niña, todo esto puede ser literatura.

Pero la calle Alcalá no es literatura; los obuses que barren la calle Alcalá no son literatura, ni son literatura los muertos, ni la chica que salió al balcón para salvar al canario que piaba de espanto en medio de un bombardeo.

Por amor al lugar común, cuando pase el tiempo, yo podría decir: estuve en Alcalá, en "el colador" de Madrid, en el colador de la muerte, y vi a una muchacha que cogía piropos de entre las redes de la telefó-

nica y vi un coche viejo y un caballo viejo y unos milicianos.

Pero aquello sabría a traición, porque en todo esto hay coraje y humanidad y raza; empuje de raza que restaña sus heridas con sol, con risas, con madrigales y saetas y piropos.

—Olé, Madrid, las mujeres de Madrid y que vivan los milicianos del pueblo...

GUADALAJARA

Ambrosio Donini, escritor antifascista italiano, conversaba con un soldado del ejército popular comandado en la línea de fuego de Madrid, y al plantear la posición del pueblo de su patria, el muchacho le hizo esta declaración:

—Nosotros no odiamos al pueblo italiano ni al alemán; odiamos el fascismo, la intromisión fascista en nuestros asuntos; el crimen fascista, la brutalidad de estar mandando tropas a España para que asesinen a este pueblo que no les ha hecho ningún mal y que era amigo de Italia y de Alemania. Usted puede decirlo, camarada, porque pensamos así, porque sentimos esto, y porque nos irrita ver cómo están sacrificándose los soldados italianos que han mandado acá a pelear, para defender intereses que no son los suyos y que nunca serán suyos.

Camaradas italianos, camaradas españoles, camaradas alemanes! Solidaridad de pueblo: Guadalajara representa eso con su Batallón Garibaldi formado por italianos que abatieron a las tropas de Bergonzoli, compuestas de italianos; pero de italianos que no eran camaradas.

El Tajo se queda regazado en el camino y surge a

orillas de la carretera Alcalá de Henares con su toril y sus cerros artillados, desde cuya falda apunta hacia el valle el ojo soñoliento de un cañón y luego la pupila vigilante de las ametralladoras que después de la acción de Guadalajara se han quedado insomnes y nerviosas.

Sobre el campo de aterrizaje de "La Gloriosa" revolotea un avión de caza.

—Acá empezó la carrera; los nuestros empujaron desde atrás y los tíos fascistas tuvieron que avanzar hasta donde se cierra la montaña y ahí los cogimos—baladronea Paco, desviándome un poco de mi impresión de Alcalá, grata con sus campesinos, sus soldados, su suelo fértil, sus árboles hermosos. Cervantes vaga en el recuerdo: era de Alcalá como estos sembradores de torso robusto que alzan la cabeza para saludarnos; era de Alcalá y en Alcalá destruyeron, con la Iglesia de Santa María, la pila bautismal del Manco; y destruyeron la Magistral, donde estaba la tumba de Ximénez de Cisneros, que también era de Alcalá, la ciudad de tradición universitaria, de tradición católica.

Pero los Junkers no quieren saber de tradición y tiran sobre los siglos como disparan sobre los rascacielos.

Guadalajara—Bergonzoli, rumia el motor.

Paco conoce la ruta; pero corta por un atajo cuando nos aproximamos a una alameda anchurosa.

—Esto huele muy mal; no se puede marchar por aquí, es imposible—grita.

Y ahora son los muertos de Guadalajara, el olor tremendo de los muertos lo que imprime un ritmo acelerado a la marcha.

Rodamos a campo traviesa, y por los bordes del ca-

mino se dibujan piedras negras, enormes piedras que fueron casas y que, como el Palacio del Infantado, sucumbieron bajo los tiros de los Junkers y de los Capronis.

Año 1461. El aviador cruzó sobre el tiempo y echó su bomba sobre los salones de Consejos, Cazadores y Linajes.

Los hombres de todo el mundo que forman las Brigadas Internacionales se reúnen en torno a la camioneta de correo que trae noticias del hogar de Alemania, del rancho mejicano y del fondo de Rusia y de los rascacielos de Nueva York, y de Francia, de Inglaterra, de Rumania.

Muy quemados por el sol, muy quemados por la nieve, estos hombres de ojos azules y de ojos negros tienen un aire de seres primitivos y parecen torvos y son buenos e ingenuos como los niños que quieren saberlo todo.

Vienen desde muy lejos a pelear y pelean por que se cumpla el buen deseo de Gabriela Mistral, pelean para que cada hombre tenga su pasaporte y pueda circular por el mundo; pelean por los perseguidos de Alemania, por los desheredados de Italia, por los oprimidos de nuestra América sorda y bien nutrida; pelean por los desterrados de Judea.

—¡Y qué dice la China! ¿cómo anda aquello?—
reportea a Seu un joven soldado de la dotación española.

Seu Ring-Hai explica al intérprete lo que un chino libre puede explicar de esa tierra extorsionada por el

Japón, y el miliciano lo escucha y piensa, y luego se ríe, y como si no existieran los seis mil muertos de Guadalajara, lo tranquiliza:

—Lo de ustedes es poca cosa; deje que acabemos con los fascistas de acá y ya iremos a darle una corrida a los japoneses.

Hace calor, un calor desesperante, húmedo.

—Venga a nuestro casino y beberá un refresco— me invitan los muchachos de la Brigada Internacional.

Y vamos allá, y el refresco se reduce a una buena jarra de agua helada, muy helada que trae el mesonero. Buen humor de la guerra, el casino es eso: una vasija de agua helada entre cuatro muros de piedra y un "barman", dos banquetas de palo, y como adorno, una caricatura de Franco.

Charlando con los soldados, irrumpe un chiquillo que tiene la presencia indeterminada de los niños que se crían en los cuarteles, entre hombres rudos, de los niños que asimilan la apariencia para quedarse en niño.

—¿Este chico? Vea este niño, es cabo de ametralladoras. Vino acompañando a su padre y cuando el camarada cayó, el muchacho cogió la ametralladora y se quedó con nosotros a pelear, y si usted viera cómo pelea y qué pulso tiene.

Una ametralladora y el ojo adiestrado a tirar con ella, y a matar. ¡Bonito juguete para un chico que empieza la vida! Entre los cabellos que le caen abundosos sobre la frente, esa cara de niño tiene un no sé qué de enigmático, de amargo, de conmovedor. Esquiva la mirada y su hurañez parece que fuera un recurso pa-

ra no enseñar las tremendas imágenes que han debido quedársele grabadas en la pupila.

—Camarada, ven.

Un desprecio de chiquillo indómito gravita en los hombros del niño soldado, al que veo alejarse silencioso como vino y como ha de andar siempre por esta tierra sembrada de cadáveres y de esperanzas.

¡Muertos de Guadalajara!

Un campo duro, un campo que tiene el color desvahido de la sangre coagulada se distiende hasta el confín de los cerros.

Es Guadalajara, es la tierra arañada por la muerte, la tierra donde la muerte ha puesto muchas piedrecitas blancas y muchos zapatos de soldados italianos. Cavando unos pocos centímetros se puede extraer un cuerpo que todavía lleva el uniforme de los ejércitos regulares del Duce. Paseando un poco la vista alrededor del montecito de piedras, no es difícil tampoco descubrir el arañazo de la desesperación, el rastro de la mano que rasguñó la tierra.

En un barbecho de alambfe cojo un botón, unas vainillas de fusil y otros recogen esquirlas de obuses, cascos de granadas. Seu, un trabuco; un viejo trabuco desvencijado.

Guadalajara deja espanto y silencio y frío.

Y Trijueque y Brihuega, donde todavía se pelea, el espanto y el frío entran en actividad y no incomoda su sensación.

Siempre andando por entre barbechos de alambre

y de silencio, de tarde en tarde resuena el cañón y una ametralladora carcajea en el espacio.

—Mira tú el cura, ya salió — rumorea un soldado al oído del vecino que observa hacia la línea de fuego fijando los prismáticos por encima del talud de las trincheras.

¿Chanzas de la guerra, blasfemias? Si el señor cura estuviese en otro sitio, en el sitio donde debía estar, tal vez el soldado habría tenido otra actitud; pero ese hábito talar lo impacienta.

—Ya se irán los camaradas, y como lo coja estando yo solo, va a decir misa de las cantadas el tío ese y que embrome.

Por lo alto del valle los fusiles echan pompitas de jabón en el espacio; pero se aburren en seguida, y durante un rato no se oye más que el rezongo del cañón que increpa desde lejos, tal vez del otro lado de los cerros, y el tableteo burlón de la ametralladora que le responde con su risita cruel, escalofriante.

Guadalajara, Trijueque, Brihuega.

Un pozo de sombras azules, y dentro del pozo, la sombra de los muertos.

Al caer la noche regresamos a Madrid, cruzando de nuevo por Alcalá de Henares, la cuna de Cervantes, la tierra de Cisneros.

LOLA, CHICA DE MADRID

Como a esa paisana tuya que cazaba piropos en las redes del "colador", te imagino bonita y llena de gracia, como dice la oración. Bonita, Lola, como tu nombre, que es bello y suave como una lágrima prendida a las pestañas de una niña bonita.

Pero, imaginación con miras a un romanticismo que nadie viste, ¿qué importa tu belleza o cómo te lla-mes, si al hablar de ti y por ti se siente que habla el valor de todas las mujeres, el coraje de las madres, la resignación de las abuelas, el anhelo de las novias, de las novias que no quieren abandonar Madrid, la casa deshecha de Madrid, donde han quedado rumoreando tantas ilusiones, tanto tanto de pájaro?

La historia de Lola es simple y su actitud corresponde a la que ya han asumido otras madrileñas, que viendo caer la casa se van a dormir a la que queda en pie más allá o a un sótano o a las plazas públicas o a las alcantarillas.

—¿Lola no ha venido hoy?—preguntó una chica en la horchatería, y a esta chica preguntona le respondió otra, que me pareció una mujercita indiferente:

—Lola no podrá venir hoy ni en muchos días,

porque a la pobre ¿sabes? se le entró un obús en el cuarto.

¿Cabe una historia más simple que la historia de Lola y una manera más simple de contarla? Así, desnuda, con esa veracidad desnuda con que la dicen, me parece mentira que pueda existir una Lola tan valiente, y siento que el vaso tiembla en mis manos.

—Bueno, pero, y a ella ¿qué le ha pasado?

—Nada, una esquirra la cogió una mejilla; pero como eso cicatriza pronto ¡sabes! cuando la chica se haya curado, saldrá.

La patrona de la horchatería habla luego de otra cosa y las muchachas la siguen la conversación, mientras Lola, la pobre, no podrá salir y andará vendada, suspirando un poco por su mejilla que durante un tiempo largo quedará con la cicatriz estampada en la piel, como el trazo de una cuchillada, de esas que tiran los hombres celosos sin dar la cara.

Frente a la máquina de escribir, me he puesto a pensar en Lola y en el obús que se entró al cuarto de Lola y en esa herida roja, como una estrella de bordes rojos, que empalidecerá con el tiempo hasta tornarse blanca como los astros a la hora del crepúsculo, cuando asoma la noche y el espíritu quiere reposar...

Y esto que es sorprendente, me aturde y lo cuento así como sale, como oí que lo contaban esta mañana en la horchatería, donde las muchachas de la vecindad van a chimorrear, a matar el tiempo y a hablar de muchas cosas.

EN EL AUDITORIUM

Muchos mensajes: el de los niños de Castellón, el del camarada de Minglanilla, el de esa madre de Valencia que me enseñó su dolor cuando destrozaban la ciudad, y luego, el de los tercios de Guadalajara, y tantos, tantos que han ido surgiendo por el camino y en el aire, allá donde no se leen los mensajes y las palabras son mensaje y las lágrimas son mensaje.

Luego, hemos visto caer obuses y hemos visto trincheras y oído el idioma sonoro con que hablan los hombres de trinchera.

Wilde, que narraba cuentos maravillosos de sirenas imaginarias, de sirenas que fabricaba en la imaginación para hacerlas nadar en sus charlas de café, de sus charlas de salón, un día este Wilde vió una sirena de verdad, vió tal vez una mujer sorprendentemente bonita que a él le pareció una sirena, y ese día Wilde se limitó a decir: "Hoy he visto una sirena", y ahí terminó su historia.

Nosotros, los de este segundo Congreso, convocado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, podemos decir como Oscar Wilde: "Hemos visto"...

Pero ¿cómo callar? Sobre el techo del "Auditorium se cruzan las detonaciones estremeciendo los edificios de la Ciudad Universitaria y el piso se sacude bajo la bota llena de polvo y de sangre de los hombres de Lister, de los bravos milicianos de la Brigada "El Campesino", de los que en el frente de Madrid han dejado la trinchera para certificar la presencia de los ciudadanos escritores que no vienen a hablar de literatura ni de problemas literarios, sino de humanidad.

La voz camaradas no es sólo fórmula marxista, el saludo con el puño en alto no es un rito puramente marxista: una y otro son la reacción que producen los obuses, son producto de la reacción que dejan los hombres que saludan con el brazo extendido y extienden el brazo cuando disparan.

Y a esos hombres que esperan con el fusil al brazo la palabra de amistad, no se les puede despedir con un silencio egoísta o una palabra bella

La muerte está demasiado próxima para callar. Se combate en Brunete y en las puertas de Madrid; y la muerte dicta esas palabras llenas de amistad, de sentido humano que aguardaban los soldados.

Al mediodía el espacio de cielo que cubre el "Auditorium" se llena de zumbidos, de pequeñas sombras que ruedan calmas, desplazándose hacia Madrid. Vistas sin ayuda de anteojos parecen sencillas e inofensivas y hasta hermosas estas sombras en las que no se distingue sino el corte de las alas de los aviones. Pero del otro lado surgen otras sombras que vienen mordiendo el viento en una carrera desesperada, y sombras contra

sombras, las mayores se enfrentan con las pequeñas y todo el espacio crepita con el tiroteo de las ametralladoras. Durante cinco o seis minutos no se oyen sino disparos, disparos y de en medio de los disparos, los cazas se unen en un movimiento sorpresivo y caen rectos sobre las enormes máquinas de bombardeo y las dispersan.

Cuarto intermedio singular, el cielo recobra su limpidez, la vida su ritmo sobresaltado, los escritores la palabra.

Brunete, la victoria de Brunete llega tremolando en el trapo ennegrecido que flamea tembloroso entre el resplandor de las candilejas del escenario y con la bandera enemiga tomada en Brunete traen una casaca y del bolsillo de la casaca del coronel vencido en la acción de guerra de esa tarde... En fin, se hace demasiado duro decirlo.

Segundo intermedio no menos singular que el primero, en medio del escenario cae un fusil y un soldado que, como una pieza del fusil o una prolongación del fusil, escuchaba los discursos impasible, rígidamente impasible, se echa sobre la bandera y con un llanto convulsivo la desgarrar entre los dientes...

Wilde, las sirenas de Wilde, confundidas en una gran sombra que cae sobre las seis de la tarde, piden ya un poco de silencio, una puerta de escape, por donde echarse a la calle.

Pero falta el último intermedio, y oigo elevarse una voz llena de impulsos, de efervescencias:

—En nombre de mis camaradas de la Escuela "Alerta", de los niños pioneros de España — saltan

los acentos infantiles por sobre nuestro cansancio angustioso y vibran como un aire de madrugada henchido de aroma al rozar los nervios laxos.

Voz de niño que no ha llegado a la adolescencia, va contándonos lo que siente, lo que él y los muchachos de su generación que trabajan en la retaguardia de la sociedad, esperan de la vida. Muy del español hidalgo que no pide conmiseración, ni sale a la calle a exhibir pobreza, ese niño tiene para nosotros, para nuestras flaquezas de hombres de otras tierras y de otras latitudes, palabras de consuelo.

—Os conmueven nuestros sufrimientos, os impresionan la destrucción de nuestras joyas artísticas, de los museos—va diciendo el orador.—Pero la guerra terminará, camaradas, y nosotros, los pioneros que ahora estamos formándonos para la vida nueva, ya seremos hombres conscientes y cuando todo haya acabado, vendremos a reemplazar a los que faltan y a reemplazar lo que ha destruido el enemigo.

El adolescente no está solo allá sobre lo alto del escenario donde entre el resplandor de las candilejas han pasado tantas cosas durante las horas de este día inoivable, de este día feroz. Los muchachos que forman la delegación de los pioneros, lo rodean con una ansiedad que se les sale por los ojos, y aprueban.

—Queremos que vengáis a España después de esta guerra y que veáis nuestra España, la España nueva...

El muchacho no es orador y habla así de España con acento quebrado, y luego piensa, y quiere vernos

alegres; quiere darnos una impresión exacta de la temperatura de España, y dice lo que sólo puede decir un español en esta hora rayada por el estruendo rabioso de los cañones.

—...porque ésta — se refiere a España — con la guerra, vosotros os habréis dado cuenta, camaradas, "está un poco mal".

¡España está un poco mal, niños de América!

¡España está un poco mal, niños de todo el mundo!

Hombres de poca fe, hombres indiferentes, hombres que compadecéis a España, oíd lo que ha dicho un niño español a las seis de una tarde sacudida por el detonar rabioso de los cañones:

"España está un poco mal".

ULTIMA NOCHE

El presagio se enanchece, parece más claro esta noche en que la palabra "partir" suena en el oído con una tristeza densa, oprimente y angustiada como el egoísmo que se angustia mirando lo que deja en la ciudad estertorante, en este inmenso corazón que es la ciudad, que es España llena de vida, de anhelos, de presagios, de voces que suben del fondo de la tierra y cantan por los caminos.

Oigo un paso doble y un responso, una copla y el puñetazo de un mortero y en el altavoz de los destinos humanos suena la palabra España hablando al porvenir, a los hombres del porvenir.

Como en esos dramas en los que la escena del primer acto se repite en el último, esta noche comemos en nuestro hotel de la Plaza del Angel con las persianas tiradas, conteniendo las palabras, procurando no hacer ruido para que no se alarmen los que tiran bombas sobre Madrid y hacen crujir los muros del hotel, tambalearse el hotel.

No logro explicarme por qué entre tanto ruido hay tanto silencio, no sé de dónde sale este silencio

que pone sordina a las detonaciones, al silbido de las detonaciones, al estremecimiento de los muros.

Uno de los compañeros se inquieta:

—¿Qué hacer si esto continúa; dispondrá la casa de un buen refugio?—inquire, mordiendo el cigarrillo.

José Mancisidor, poeta y guerrillero, veterano de la eterna revolución mejicana, pasa junto a nosotros con paso tranquilo, el rostro inalterable.

—Vea, Mancisidor es técnico en revoluciones. Siga sus pasos.

Los dos camaradas se pierden por el rellano de la escalera y al cabo de un tiempo vemos que regresa el amigo timorato.

—¿Y qué tal?

—Nada; que ahí no se puede estar y he tenido que venirme — regaña el hombre.

Mancisidor, poeta; Mancisidor guerrillero de Méjico, no entiende de esta táctica de emboscada, de esta táctica de tirar sobre las ciudades desde tan lejos, desde tan alto, y tranquilamente se queda en la calle fumando su cigarrillo, escuchando el aullido de los obuses.

—Pegan con más rabia porque les quitamos Brunete; siempre es así: cuando los nuestros se anotan algún triunfo, Madrid duerme mal, sabe usted.

Despecho de Brunete, por detrás de Madrid están ardiendo los bosques que rodean la Casa de Campo y entre el resplandor crepitante de la inmensa hoguera, los obuses escupen odio sobre Madrid, rabia sobre Madrid que no parece tener odio ni rabia, y calla, arrebujaado en su gran capa de noche.

El ascensorista se niega a ir con nosotros a la terraza:

—Tengo orden de no llevar a nadie, camaradas; podrían descubrirlos.

Chico resuelto, no quiere que pensemos mal de su valor, de su madrileñidad:

—Por mí, iría con ustedes donde quisieran ir; pero es orden: uno nunca está seguro de que no lo cojan y en casa tenemos huéspedes y por la seguridad de ellos es que se ha cerrado la terraza. Pero si insisten, bueno, ¡vamos allá! y que no se diga que este camarada no ha querido complacerlos. Pero a tirar los cigarrillos y a cerrar el pico si no quieren llevarse un mal rato.

¡Ah, chico de Madrid! Cómo se te conoce hasta en la desobediencia que eres madrileño.

Silencio lleno de voces y voces henchidas de silencio flotan entre las estrellas que se derraman coloreadas por el rojo de las llamas que suben hacia lo alto entre penachos grises, entre flotantes penachos de humo gris, denso.

Evocación aplicada a esta cosa brutal que es la guerra, a esta torpe realidad de la guerra, contemplando los techos de las casas, el cielo anchísimo, rojo, recuerdo las noches del Brasil con el ruido extraño de sus mariposas en celo, de sus luciérnagas, de sus astros cantarines. La noche quema como las noches de Rio, como las noches de Recife; pero las estrellas tienen los ojos ennegrecidos y los ruidos, esos que nos llegan por el presentimiento, a veces trepidando entre el silbar de los obuses, son clamor de niños, de mujeres; son gritos humanos, desgarrados, tremendos.

Los siete pisos del hotel son como una varilla de silencio desde lo alto de la cual nos asomamos para contemplar una calle silenciosa, una gran ciudad silenciosa, y lo que es terrible, silenciosa y que habla, y que dice cosas, y grita y balbucea.

El madrileño del ascensor ha dicho: "a cerrar el pico" y no hacía falta la advertencia.

Mirando hacia lo hondo de la noche, parece que uno fuera a quedarse mudo por mucho tiempo, tal vez toda la vida.

"España está un poco mal".

Las palabras trepidan con nuestros pasos cuando echamos a andar por la calle, y vamos rodando, y a los acentos de esa voz moza se mezclan los de una voz vieja, llena de sabiduría y de adivinación, y oigo lo que Macaulay dijo de España hace ya muchos, muchos años:

"España es acaso el único país de Europa que conserva íntegras las reservas de su espiritualidad para aplicarlas en la hora de la desesperación."

¿Será esta hora la hora de la desesperación; la hora que ha desatado la espiritualidad en España para que reboten sobre su corazón, sobre su alma, los obuses que no tienen espíritu, la metralla que sin castañuelas quiere imitar el castañalutero de lo que no puede imitarse?

El destino de tu destino histórico, la voz de la fatalidad gritan también como Alberti: "Pueblo, pueblo", como Martín Cañas: "Pueblo Macho" y el pue-

blo que estaba lejos y cerca curvado sobre la gleba y junto al corazón, responde: "España".

La telefónica, símbolo; y Alcalá y la Gran Vía y la Cibeles, símbolos también, resplandecen esta noche, que es nuestra última noche de Madrid, la que nos grita la voz de partida, la que nos hace pensar en nuestro egoísmo.

Tocan a muerte los cañones y encintillada de luces veo surgir la imagen de Madrid en la perspectiva ancha de la calle, y me quedo contemplándola como la primera noche durante unos minutos que no tienen fin.

Revoloteando sobre la ardiente cabellera de la Casa de Campo, sobre el cielo de la ciudad, surgen los reflectores de la defensa aérea: diez, veinte, y se miran y se desplazan. Grandes cintajos de plata caen sobre la Gran Vía, brillan en la telefónica.

Hora de morir, Madrid parece una novia bonita con ese traje de luces, con esos cintajos de plata que se enlazan en lo alto del moño.

Un cohete se empina a mirarla, y luego, saludado por la salva de los cañones, agoniza en medio de una luminaria de estrellas.

Yo quisiera quedarme con esta visión de Madrid, con esta visión de España, tan hermosa, tan magnífica, y luego, cuando cumpla mi compromiso con el viejito de Minglanilla y lo haya contado todo, con las pupilas llenas de lágrimas y el corazón apretado de inquietud, de angustia y de goce, de goce, quisiera de-

cirle a los niños de Chile, a los buenos niños de mi América: España no está mal, España está un poco mal; pero sanará y será la tierra fuerte, la bonita tierra de todos.

FIN

INDICE

	Pág.
PRESAGIO DE ESPAÑA	7
Visperas	15
En marcha	17
NOTAS DE ALTA MAR	23
A bordo	25
Intermedio brasileño	33
Islas	36
ENTRADA A EUROPA	43
Portugal	45
Cherbourg-París	51
París	56
Un congreso	67
París-Cerbère	77
ESPAÑA	83
Port-Bou	85
Gerona	93
Noche de Barcelona	97
Lo que quiere un chofer	101
Hacia Valencia	106

	Pág.
Benicarló	108
Viejas, viejas	110
Paco	112
Niños en la guerra	114
Encuentro de Valencia	118
Dos anécdotas	122
Discursos	126
En "Las Arenas"	128
Mariana Pineda y Federico	130
¿Qué... Qué hay?	133
De nuevo en el camino	138
Minglanilla	142
 MADRID	 149
Aires de guerra	151
La ciudad	156
Divagaciones en la noche	161
Hasta la línea de fuego	165
Los peces y la revolución	170
Piropos en el "colador"	173
Guadalajara	177
Lola, chica de Madrid	183
En el auditorium	185
Última noche	190